

**EN LA PÉRDIDA Y EL DUELO: EL CUIDADO SE VUELVE PRESENCIA
INTERVENCIÓN Y EXPERIENCIA PROFESIONAL EN DUELO INFANTIL EN LA
FUNDACIÓN CHIQUITINES**

Andrea Fernanda Játiva Chalparizan

Elizabeth Barona Marulanda

José Rodolfo Gaona Reales

**Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano
Santiago de Cali
2025**

**EN LA PÉRDIDA Y EL DUELO: EL CUIDADO SE VUELVE PRESENCIA
INTERVENCIÓN Y EXPERIENCIA PROFESIONAL EN DUELO INFANTIL EN LA
FUNDACIÓN CHIQUITINES**

Andrea Fernanda Játiva Chalparizan

Elizabeth Barona Marulanda

José Rodolfo Gaona Reales

Trabajo de Grado para optar Título Profesional de Trabajo Social

Directora

María Cénide Escobar Serrano

Universidad del Valle

Facultad de Humanidades

Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano

Santiago de Cali

2025

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no habría sido posible sin el apoyo, la compañía y la generosidad de muchas personas que nos acompañaron a lo largo del proceso. Agradecemos a la Fundación Chiquitines, por permitirnos llevar a cabo esta investigación, por abrirnos las puertas y permitirnos conocer y aprender sobre su labor. Igualmente, les agradecemos a los(as) profesionales que participaron en esta investigación, por el tiempo, la disposición y la confianza para compartir con nosotros(as) sus experiencias, emociones y reflexiones, incluso en medio de agendas apretadas y desafíos cotidianos.

Este trabajo es también un reconocimiento a quienes están día a día con los niños y niñas desde su entrega, su cuidado y compromiso. Gracias por mostrarnos que la intervención se construye en lo cotidiano, con respeto, escucha y presencia. A la Universidad del Valle, por brindarnos el privilegio de formarnos como Trabajadores Sociales en una institución pública que apuesta por la reflexión crítica y la transformación social. A nuestros(as) profesores quienes nos han guiado con compromiso y exigencia a lo largo de nuestro camino académico.

En especial, queremos expresar nuestra gratitud a la directora del trabajo de grado, María Cénide Escobar, quien ha sido una guía valiosa durante todo este proceso. Su compromiso, sensibilidad, dedicación, comprensión y, sobre todo, su paciencia, han sido fundamentales en cada etapa de este camino. Sabemos que probablemente le hemos causado más de un dolor de cabeza, pero, aun así, nunca dejó de acompañarnos con firmeza y cercanía. Gracias por creer en nosotros, incluso en los momentos en que nosotros mismos dudábamos.

Finalmente, extendemos nuestro agradecimiento a nuestras familias, quienes estuvieron presentes durante este largo proceso. Gracias por el amor incondicional y la confianza inquebrantable en nuestra capacidad para estar aquí. Sin ustedes este logro no tendría el mismo valor, este trabajo también les pertenece.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
1. CONSIDERACIONES GENERALES	10
1.1 Situación problema	10
1.2 Antecedentes	15
1.3 Justificación	23
1.4 Pregunta de investigación	26
1.5 Objetivo general.....	26
1.6 Objetivos específicos	26
1.7 Categorías de análisis	26
2. MARCO CONTEXTUAL	27
2.1 Fundación Chiquitines	27
2.2 Marco normativo	30
3. MARCO TEÓRICO.....	34
4. METODOLOGÍA.....	46
4.1 Población	47
4.2 Técnicas aplicadas para la construcción de conocimiento	48
5. RESULTADOS Y REFLEXIONES DEL PROCESO INVESTIGATIVO	54
5.1 Sentidos, saberes y caminos del acompañar: fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que guían la intervención en la fundación chiquitines.....	55
5.1.1 Fundamentación ontológica: los niños y las niñas son más que sus adversidades ...	55
5.1.2 <i>Fundamentación epistemológica: un conocimiento situado, construido y movilizador</i>	60
5.1.3 <i>Fundamentación teórica: diversidad de teorías para comprender la particularidad</i> ...	65
5.1.4 <i>Fundamentación metodológica: la intervención con escucha y presencia</i>	69
5.2 del primer encuentro a la despedida: momentos del proceso de intervención profesional en duelo con niñas y niños de la fundación chiquitines.....	76
5.2.1 <i>El ingreso a la Fundación Chiquitines: primer momento del proceso de intervención en duelo</i>	78
5.2.2 <i>Adaptación inicial y valoraciones diagnósticas: intervención basada en la observación, el acompañamiento y lo pedagógico</i>	86
5.2.3 <i>Adaptación continua y construcción de vínculos</i>	92
5.2.4 <i>El egreso: adopción, reintegro familiar u otra institución</i>	98

5.3 Voces del acompañar, cuando el hacer también transforma: las experiencias de los profesionales en la implementación del proceso de intervención	111
5.3.1 <i>El rol de los profesionales en la intervención en duelo: la experiencia una oportunidad de reflexión</i>	113
5.3.2 <i>La dimensión cognitiva: saberes, marcos institucionales y trayectorias profesionales</i>	114
5.3.3 <i>La dimensión emocional: vínculos, desafíos y contratransferencia</i>	116
5.3.4 <i>La dimensión volitiva: agencia, decisiones y resistencias</i>	120
5.3.5 <i>La experiencia transformativa</i>	122
6. CONCLUSIONES.....	125
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	129
ANEXOS	136
Anexo A. Consentimiento informado.	136
Anexo B. Guía de entrevista individual	137
Anexo C. Guía de entrevista de entrevista grupal	139

RESUMEN

Cuando un niño o niña ingresa a una institución de protección, enfrenta la separación del entorno familiar, la llegada a un espacio nuevo y la adaptación a personas y rutinas desconocidas. Estos cambios generan sentimientos de dolor, temor, incertidumbre y desconfianza que deben ser comprendidos y atendidos por el equipo profesional encargado de su cuidado.

Esta investigación abordó la intervención en el duelo infantil en el contexto institucional de la Fundación Chiquitines desde la perspectiva de los y las profesionales. Su experiencia permitió comprender cómo acompañan las pérdidas que viven las niñas y los niños durante la institucionalización, los vínculos que se interrumpen, los lazos que se construyen en la cotidianidad del cuidado y las experiencias que atraviesan quienes intervienen.

El estudio se desarrolló bajo un enfoque cualitativo y se respaldó metodológicamente en entrevistas semiestructuradas individuales y una entrevista grupal con el equipo profesional de la Fundación. Desde sus voces se buscó comprender cómo se acompaña el duelo infantil en el proceso institucional y cómo la intervención se construye desde el cuidado, la sensibilidad y el reconocimiento de la singularidad de cada niña o niño.

Palabras clave: Intervención en duelo infantil; Experiencia; Cuidado institucional; Complejidad; Vínculo afectivo.

INTRODUCCIÓN

La infancia es un momento vital en el que las relaciones, los afectos y entornos, permiten el desarrollo emocional del niño o niña. Cuando un niño(a) ingresa a una institución de protección, este desarrollo se ve atravesado por cambios como la separación del entorno familiar, la llegada a un nuevo espacio y el encuentro con personas desconocidas. Estos momentos transforman la cotidianidad del niño(a), activa sentimientos de pérdida, incertidumbre o desconcierto. Ante esta situación, la intervención adquiere un papel central, pues son los equipos de profesionales quienes acompañan a los niños(as) les sostienen emocionalmente, muchas veces en condiciones institucionales complejas.

Es en este contexto donde surge el interés que da origen al presente trabajo de investigación, centrado en la intervención, el acompañamiento, el cuidado y la experiencia profesional en situaciones de duelo infantil. A partir de este interés, el presente documento se estructura en distintos apartados. Inicialmente se exponen las consideraciones generales del estudio, que parten de una situación problema identificada: La intervención profesional en duelo infantil en contextos de institucionalización, una vivencia que implica para los niños y niñas una carga emocional, marcada por el desconcierto, la ruptura de vínculos afectivos y la pérdida de referentes familiares. En algunos casos, estas experiencias son abordadas desde lógicas técnico-administrativas que dejan de lado su dimensión simbólica y emocional. Lo que no solo afecta la trayectoria emocional de los niños y niñas, también involucra de manera directa a los y las profesionales que acompañan estos procesos, al enfrentarse cotidianamente al dolor, la fragilidad y la necesidad de construir intervenciones y vínculos reparadores en medio de un sistema institucional que impone tiempos, procedimientos y límites.

En función de lo anterior, se llevó a cabo una revisión de algunas investigaciones previas relacionadas con el duelo infantil y las estrategias de intervención profesional en diversos contextos. Esta revisión permitió identificar que, si bien parte de estas investigaciones, especialmente desde el campo del Trabajo Social, han centrado su

atención en el niño o la niña como sujeto doliente; también resulta relevante dar voz a la experiencia de quienes acompañan estos procesos dentro del sistema de protección.

La investigación se justifica en la necesidad de comprender y visibilizar la intervención en procesos de duelo infantil en contextos institucionales, como el de la Fundación Chiquitines, reconociendo el papel fundamental del equipo profesional que acompaña estas vivencias. Desde esta perspectiva, se busca aportar una mirada a la comprensión y a la reflexión teórica sobre la intervención en duelo en una infancia institucionalizada, a las formas en que los niños y niñas elaboran y expresan la pérdida; a los sentidos y alcances de la intervención profesional y a las implicaciones metodológicas y emocionales que dicha labor tiene sobre los y las profesionales que la ejercen.

Para ello, se planteó como objetivo general comprender el proceso de intervención en duelo realizado por las y los profesionales de la Fundación Chiquitines con niñas y niños desde su ingreso hasta su egreso, así como analizar la experiencia de quienes intervienen en este proceso. Con el fin de sustentar esta intención investigativa, se construyó un marco teórico el cual recoge diversas aproximaciones sobre el duelo, la infancia, la intervención profesional y el paradigma de la complejidad, permitiendo situar los procesos analizados en un entramado conceptual más amplio.

Ahora bien, para dar cumplimiento a este propósito investigativo, se diseñó una estrategia metodológica que permitiera comprender las experiencias y sentidos construidos por las y los profesionales en torno a la intervención en duelo infantil. Así, esta investigación se desarrolló bajo una metodología cualitativa e interpretativa que se desarrolló durante los semestres 2024-2 y 2025-1. A través de entrevistas individuales y una grupal, se buscó recoger las voces de algunos profesionales de la Fundación¹, quienes acompañan de manera directa o indirecta a los niños y niñas, reconociendo el valor de su perspectiva, experiencia y los vínculos que construyen en la intervención.

¹ Se escogieron profesiones pertenecientes al equipo psicosocial-PARD (Proceso Administrativo de Restablecimiento de Derechos), al equipo de adopciones y del equipo de desarrollo liderado por las formadoras.

Esta metodología supuso importantes retos, dado el carácter sensible del tema, la disponibilidad de las y los profesionales y la necesidad de construir un espacio de apertura para recoger las voces de quienes intervienen cotidianamente en estos procesos.

A partir de las narrativas de las y los profesionales, se definieron algunos hallazgos y se organizaron en tres ejes de análisis: en primer lugar, los fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que orientan el acompañamiento del duelo y la pérdida ocasionado por la institucionalización; en segundo lugar, los momentos del proceso de intervención, que abarcan desde el primer encuentro con los niños y niñas hasta su egreso institucional y en tercer lugar, la experiencia de los y las profesionales en su práctica cotidiana, así como los sentidos, tensiones, emociones y aprendizajes que emergen en dicho proceso.

Esta investigación pone en el centro la vivencia de quienes intervienen, reconociendo que acompañar el duelo infantil implica también una experiencia transformadora para los(as) profesionales. Comprender estos relatos, abre la posibilidad de pensar una intervención que reconozca el dolor, la pérdida y la capacidad de reconstrucción que emerge en los vínculos cotidianos del cuidado.

1. CONSIDERACIONES GENERALES

1.1 Situación problema

En el año 2024, el panorama de protección de derechos para niñas, niños y adolescentes en Colombia evidenció problemáticas sociales persistentes. Según datos del ICBF, al cierre de diciembre se encontraban registrados 72.005 niñas, niños y adolescentes en proceso administrativo de restablecimiento de derechos a nivel nacional (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF], 2024). El Valle del Cauca concentró el 13% de estos casos, ubicándose como la segunda región con mayor incidencia después de Bogotá. Estas cifras evidencian una problemática social estructural, marcada por la ruptura de vínculos familiares, el abandono, la violencia intrafamiliar y otras formas de vulneración de derechos que afectan profundamente la vida de los niños y niñas. Esta situación legal o de cuidado físico configura para los y las niñas una vivencia emocional de pérdida que puede ser comprendida como un proceso de duelo.

Esta realidad, además de reflejar experiencias individuales de dolor, evidencia las condiciones sociales e institucionales en las que se desarrolla la infancia en Colombia. Por ello, la temporalidad de esta investigación se sitúa en el contexto reciente, específicamente en los años 2023 y 2024, periodos en el que persisten las problemáticas sociales y familiares que inciden en el ingreso de niñas y niños a las instituciones de cuidado y protección. Esta temporalidad resulta relevante, porque permite situar el análisis del acompañamiento emocional y del proceso de intervención en duelo en un contexto contemporáneo, caracterizado por la necesidad de fortalecer las prácticas profesionales que promueven el restablecimiento de derechos y el bienestar integral de la infancia. En este sentido, analizar el proceso de intervención en duelo durante este periodo posibilita comprender cómo los lineamientos del ICBF y las dinámicas institucionales influyen en las prácticas de acompañamiento y en las experiencias de los profesionales que intervienen en estos procesos.

En Colombia, la protección y restitución de los derechos de la niñez son asumidas por distintas instituciones que articulan esfuerzos entre el Estado y la sociedad civil. El

ICBF es la entidad responsable de orientar las acciones dirigidas a garantizar el bienestar y la atención integral de niñas, niños y adolescentes que enfrentan situaciones de vulneración o riesgo. A su labor se suman diversas organizaciones no gubernamentales que fortalecen este propósito, entre ellas se pueden destacar, Aldeas Infantiles SOS quien desarrolla programas de prevención del abandono y apoyo familiar; la Fundación Los Pisingos acompaña procesos de adopción y fortalecimiento familiar; y la Fundación CRAN acompaña a niñas, niños y adolescentes en situaciones de protección mediante estrategias de acogimiento, apoyo emocional y reintegración familiar.

Varias de estas entidades hacen parte de la Alianza por la Niñez Colombiana (s.f.) una red que reúne a más de treinta organizaciones, tanto colombianas como internacionales (por ejemplo, Save the Children, World Vision, entre otras) que buscan fortalecer la garantía de derechos de la infancia y promover políticas públicas a favor de la infancia. En conjunto, estas organizaciones reflejan la diversidad de actores y prácticas que intervienen en la atención y el acompañamiento a la niñez en el país, especialmente frente a casos en que se requiere acompañamiento frente a experiencias de pérdida, vulneración o separación familiar.

Si bien estas instituciones buscan salvaguardar los derechos de la niñez, las medidas que implementan particularmente aquellas orientadas a la protección pueden implicar procesos complejos de separación y pérdida para los niños y niñas involucrados. En el marco del sistema de protección colombiano, la institucionalización de niños y niñas se presenta como una medida de emergencia orientada a garantizar sus derechos fundamentales. Sin embargo, aunque necesaria, esta medida produce rupturas afectivas, pues el ingreso a una institución supone para el niño o la niña la separación de sus referentes familiares, sociales y territoriales; es decir, pérdidas y duelos que no siempre son reconocidos ni abordados por las instituciones, pese a que la orientación del ICBF lo reconoce y lo contempla en sus lineamientos.

La intervención exige una comprensión técnica que garantice la protección y el restablecimiento de derechos, al tiempo que permita comprender las biografías de estos

niños y niñas, en las que hay una separación forzada que, si bien responde al objetivo de garantizar su seguridad y cuidado, implica un cambio abrupto que disrumpe su cotidianidad. Dicha ruptura constituye el distanciamiento de figuras afectivas con las cuales los niños y niñas han construido vínculos, además de la pérdida de entornos, como el barrio, los parientes, los amigos y amigas, que proporcionaban certezas y familiaridad en medio de la inestabilidad (Moneta, 2014).

El duelo infantil en contextos de institucionalización no puede comprenderse desde una lógica lineal, individualista, exclusivamente psicológica. Por el contrario, se trata de un fenómeno complejo, multidimensional y relacional, que se inscribe en tramas de desigualdad estructural, exclusión social, crisis del cuidado familiar y tensiones entre los marcos normativos del sistema de protección y las necesidades emocionales de los niños y niñas.

Por ende, entender los aportes teóricos que han buscado comprender el duelo desde distintas disciplinas y enfoques resulta necesario para construir una mirada más integral de esta experiencia. Sobre el duelo hay una amplia y diversa producción de conocimiento. Desde que Freud (1917) lo refirió, ha sido objeto de estudio por muchos investigadores e investigadoras. Aquí, se van a referir a algunos autores como Worden (2013), quien se refiere al duelo como un trabajo psíquico que el sujeto cumple a través de una serie de tareas para aprender a vivir con la pérdida; Neimeyer (2002), quien desde la narrativa comprende el duelo como un proceso de reconstrucción de significados, mediante el cual hay una reconfiguración de la propia identidad y del mundo que rodea al doliente tras la pérdida, y enfatiza que el duelo implica encontrar nuevas narrativas que permitan integrar la pérdida en la vida cotidiana de la persona. En esa misma línea, la noción de duelo sugiere que la pérdida de un objeto amado no implica necesariamente su desaparición o la falta de afecto hacia él, sino que puede representar un cambio en la relación con ese objeto. Es decir, el duelo también puede surgir cuando esa relación se transforma ya sea por una pérdida total o por una modificación importante, lo cual, aunque a veces conlleva aspectos positivos o logros en otros aspectos, también implica dejar

algo atrás. Estas renunciaciones o cambios generan sentimientos de pérdida que pueden dar lugar a un proceso de duelo.

En el caso de los niños(as) institucionalizados, este proceso se torna aún más complejo, ya que implica la elaboración de una pérdida afectiva, la resignificación de una historia de vida. Esta realidad resalta la necesidad de un acompañamiento sensible y sostenido, capaz de acoger el dolor y, al mismo tiempo, de abrir caminos para la reconstrucción de su sentido vital. Por todo lo anterior, se hace evidente que las instituciones de protección requieren, entre otros aspectos, una perspectiva interdisciplinar, que reconozca las necesidades, potencialidades y contextos específicos de cada niño(a). En consecuencia, se requiere la disponibilidad de profesionales con la formación adecuada, el tiempo de dedicación para brindar acompañamiento y seguimiento acorde a los lineamientos del ICBF y los principios misionales institucionales. El duelo se configura como una experiencia central para los niños y niñas que ingresan al sistema de protección, atraviesa sus vidas y, por tanto, requiere ser comprendido, lo cual plantea implicaciones importantes para los y las profesionales que los acompañan. Sin embargo, la alta cifra de niños y niñas en instituciones de protección puede dificultar una intervención desde una perspectiva compleja, que, además de los asuntos técnico-administrativos, atienda con el rigor y el tiempo necesario el acompañamiento emocional. Esto se convierte en un imperativo que exige a las instituciones y a sus equipos de trabajo la implementación y construcción de estrategias efectivas que respondan a la complejidad de estas vivencias infantiles.

Las separaciones de estos niños y niñas de sus familias afectan dimensiones del desarrollo emocional y simbólico de la infancia. De ahí que la respuesta institucional requiera profesionales capacitados para leer, acoger y sostener los sentidos que los niños(as) atribuyen a sus pérdidas.

Es precisamente en este entramado donde nace el interés por investigar cómo se lleva a cabo el abordaje del duelo infantil en instituciones de protección, particularmente en una institución como la Fundación Chiquitines, explorando las metodologías

empleadas y los sentidos que guían la intervención de los equipos profesionales que acompañan estos procesos.

En este escenario, el papel de los y las profesionales que trabajan en instituciones como la Fundación Chiquitines se vuelve crucial. Son ellos quienes, desde campos como el Trabajo Social, la Psicología, la Pedagogía y otras disciplinas, deben construir intervenciones que no solo garanticen el bienestar físico y legal de los niños y niñas, sino que también acompañen emocional y simbólicamente sus procesos de duelo. Tal como lo plantea Bermúdez-Peña (2011), la intervención social no es únicamente una práctica técnica, sino un acto ético-político, inserto en una red compleja de relaciones institucionales, normativas y vínculos afectivos en las que circulan saberes, responsabilidades y tensiones que configuran el encuentro entre el profesional y el sujeto intervenido.

Frente a este panorama, caracterizado por la complejidad emocional, simbólica e institucional que implica el duelo infantil en el sistema de protección en Colombia, es necesario preguntarse: ¿cómo se comprende y se implementa la intervención en duelo infantil en estos escenarios? ¿Qué fundamentos teóricos, metodológicos y éticos orientan la acción de los profesionales? y, sobre todo ¿Qué impacto tiene el acompañamiento al duelo infantil en la experiencia y el bienestar de quienes intervienen? Por lo tanto, esta investigación parte de la necesidad de comprender a fondo el proceso de intervención en duelo realizado por los y las profesionales de la Fundación Chiquitines, desde el ingreso hasta el egreso del niño(a).

Si bien las investigaciones sobre el duelo infantil han centrado su atención principalmente en el niño(a) como sujeto doliente, resulta igualmente relevante visibilizar la experiencia de los profesionales que acompañan estos procesos. Como lo plantea Casillas-Cárdenas (2018), intervenir en situaciones de alta carga afectiva puede generar implicaciones emocionales en quienes desempeñan esta labor. Chávez-Carapia (2017), sostiene que entre las subjetividades del profesional y del sujeto partícipe de la intervención se establece una relación que moviliza emocionalmente a ambas partes,

haciendo emerger experiencias, creencias y temores, algunos más reconocibles que otros, pero que deben ser identificados por el profesional para favorecer un vínculo ético y de cuidado. Acorde con esta mirada, Mosquera-Rosero-Labbé (2010) propone entender este ejercicio como una práctica reflexiva, en la que los y las profesionales son llamados a reconocer sus propios marcos de sentido, prejuicios y contextos.

Finalmente, esta situación problemática no solo evidencia la complejidad que implica intervenir en procesos de duelo infantil dentro de contextos de institucionalización, sino que también plantea la necesidad de pensar la intervención no como una acción meramente técnica, sino como una práctica que se configura como un proceso circular, donde coexisten certezas e incertidumbres, avances y contradicciones, reconociendo así que la intervención en duelo es una experiencia social que atraviesa y transforma tanto a los niños(as) como a quienes los acompañan.

1.2 Antecedentes

Con el fin de contextualizar el interés de esta investigación dentro del panorama académico actual, se llevó a cabo una revisión documental entre los meses de febrero y julio del 2024, en bases de datos nacionales e internacionales. Para orientar esta búsqueda, se establecieron cuatro criterios temáticos: en primer lugar; se identificaron investigaciones que aborden el duelo en la infancia; en segundo lugar, se revisaron estudios que abordan cómo los niños y niñas experimentan y expresan el duelo; en tercer lugar se rastrearon trabajos relacionados con la intervención profesional; y finalmente, se incorporaron investigaciones que exploran el impacto emocional de las y los profesionales en su labor profesional al intervenir duelo infantil.

A continuación, se presentan los antecedentes identificados y organizados en función de estos ejes, con el propósito de visibilizar los aportes más relevantes para los propósitos de este ejercicio de investigación. Las investigaciones se llevaron a cabo en Colombia (2 investigaciones), en latinoamericanos (6 investigaciones) y en otros continentes (16 investigaciones).

En cuanto a los hallazgos de estas investigaciones, se destaca que el duelo ha sido objeto de estudio en múltiples disciplinas, especialmente desde la psicología. Uno de los aportes fundamentales procede del psicoanálisis, particularmente de la obra “Duelo y melancolía” de Freud (1917), quien en su intento de comprender la melancolía, propone la noción del duelo, como una respuesta psíquica ante la pérdida de un objeto amado, que implica un proceso interno de desvinculación afectiva. Este planteamiento marcó un punto de partida para la comprensión clínica y teórica del dolor y el sufrimiento asociados a la pérdida, sentando las bases para reflexiones posteriores sobre la forma en que los seres humanos y los niños y niñas elaboran el dolor emocional vinculado a las separaciones.

Décadas más tarde, Kübler-Ross y Kessler (2016), enriquecen esta mirada con una propuesta humanista. En su obra "Sobre el duelo y el dolor", los autores introducen el modelo de las cinco etapas del duelo: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Este modelo busca dar cuenta de las distintas formas en que las personas pueden reaccionar ante una pérdida significativa. Desde este lugar, las propuestas teóricas de autores como Worden (2013) y Neimeyer (2002), resultan pertinentes para comprender y abordar estas experiencias. Worden (2013), por ejemplo, plantea un modelo de tareas específicas del duelo que, más allá de una secuencia lineal, ofrece una guía comprensiva para reconocer la variabilidad del duelo. Este modelo subraya la importancia de asumir activamente el trabajo de duelo, ajustado al contexto y a las características de cada persona. Herrero y Neimeyer (2006), en su capítulo sobre “Duelo, Pérdida y Reconstrucción Narrativa: estudio de caso”; sostienen que el duelo no se define exclusivamente por el transcurso del tiempo, sino por un trabajo activo de reconstrucción de significados. Tras una pérdida, la narrativa personal se ve interrumpida y el proceso de duelo exige articular una nueva comprensión que integre la experiencia en la historia de vida. Esta construcción de significado no solo depende de factores internos como emociones y cogniciones, también está mediada por el contexto social, cultural y relacional del doliente.

Por ello, el duelo no se vive igual para todas las personas ni en todos los contextos; depende de la historia de vida, los vínculos previos, y de las posibilidades de expresión y validación del dolor en su entorno. Entendemos el duelo, entonces, como la reacción ante una pérdida que puede ser la muerte de un ser querido, pero también la pérdida de algo físico o simbólico cuya elaboración no depende del paso del tiempo sino del trabajo que se realice (Neimeyer, 2002).

Al centrar la mirada en la infancia, se vuelve necesario considerar que los niños y niñas también enfrentan pérdidas y en consecuencia procesos de duelo, aunque estos adopten formas distintas a las del mundo adulto. En el manual escrito por Artaraz-Ocerinjaúregui *et al.* (2017) en su campaña “El Camino del Duelo”, subraya que el duelo es un proceso de adaptación que debe recorrer tanto niños(as) como adultos(as) cuando enfrentan la pérdida de algo o alguien significativo en sus vidas, implicando aprender a vivir sin aquello que se ha perdido.

El duelo infantil, al igual que el de los adultos, es un proceso complejo que involucra una gran gama de emociones y experiencias. No obstante, a diferencia de los adultos, los niños y niñas no siempre pueden verbalizar su dolor de manera directa. Esto no significa que no sufran, sino que expresan su duelo de manera diferente, a través de canales simbólicos, corporales o conductuales. Sin embargo, la ausencia de una lectura de estas expresiones puede profundizar sentimientos de soledad en los niños(as), quienes, además de la pérdida vivida, deben enfrentar la incompreensión de su entorno. Esta incompreensión, muchas veces es alimentada por mitos sociales que minimizan la realidad del niño(a) ante una pérdida; uno de los más comunes es la idea de que los niños(as) no comprenden la pérdida y lo que sucede tras la misma, esta creencia lleva a los adultos a intentar protegerlos del dolor, ocultándoles información bajo la premisa de que estos puedan generarles algún trauma.

En conexión con esta idea, Smith (1999) argumenta que proteger en exceso a los(as) niños durante un proceso de duelo puede ser contraproducente, ya que se les niega la oportunidad de atravesar la pérdida y desarrollar habilidades para gestionar

situaciones dolorosas. Considerando esto, es fundamental reconocer que los niños(as), al igual que los(as) adultos, tienen derechos que deben ser respetados durante su proceso de duelo. Estas ideas amplían la comprensión del duelo como una experiencia diversa, lo cual resulta relevante en escenarios donde las pérdidas no son siempre reconocidas o visibilizadas, como puede ser el caso del duelo en la infancia institucionalizada.

Investigaciones como la de Ospina-Velasco (2014) han aportado a la comprensión del duelo en la infancia desde una perspectiva psicoanalítica y constructivista, resaltando que los niños(as) también viven procesos de duelo frente a múltiples formas de pérdida que no se restringen únicamente a la muerte física. La autora señala que situaciones como el abandono, la migración, la separación de figuras significativas o la adopción pueden generar experiencias de dolor similares a las de una pérdida por fallecimiento, especialmente cuando estas ocurren en etapas tempranas del desarrollo y no son debidamente reconocidas ni acompañadas por los adultos(as). A partir de esta comprensión se puede afirmar que los niños(as) experimentan el duelo ante pérdidas diversas, que no se restringen a la muerte física: pueden vivir duelos frente a separaciones familiares, mudanzas, rupturas vinculares o abandono. Cuando se trata de niños y niñas que han sido separados de sus familias por medidas de protección, el duelo toma una forma compleja y muchas veces silenciada. Estas pérdidas no siempre son reconocidas por el entorno institucional, ya que no hay un fallecimiento, sino una separación forzada o legalmente decretada. Sin embargo, para el niño(a), la experiencia puede ser igualmente compleja. Estudios como Yslado-Méndez *et al.* (2019) han mostrado cómo el ingreso a una institución es vivido como una pérdida abrupta de su mundo conocido, su hogar, su familia, su escuela y su entorno.

Por lo anterior, los hallazgos de estas investigaciones evidencian que los niños y niñas en situación de institucionalización suelen presentar niveles de ansiedad, temor, confusión e inseguridad, lo que puede impactar de forma negativa su estancia en la institución (Bejarano, 2022). La institucionalización, aunque puede ofrecer protección física, no siempre garantiza un entorno seguro si no se reconocen y atienden estos

procesos subjetivos. Bajo esta perspectiva, la intervención profesional ante estas situaciones adquiere un papel fundamental, pues implica reconocer manifestaciones de dolor, pérdida y duelo de los niños y niñas dentro del entorno institucional.

Según diversos autores como Carballada y Mosquera en sus investigaciones plantean que, la intervención profesional ha ido transformándose, de una mirada asistencialista a una más reflexiva y situada. Carballada (2002), plantea que la intervención social puede entenderse como un conjunto de acciones intencionadas que buscan incidir en situaciones que afectan a sujetos, grupos o comunidades, con el propósito de transformar condiciones de desigualdad, exclusión o vulnerabilidad. Se trata de un proceso atravesado por construcciones históricas y significados culturales que configuran tanto el problema como la forma de abordarlo. Carballada (2002), explica que intervenir en lo social implica reconocer que lo que se considera “intervenible” es el resultado de una construcción histórica y simbólica, y que toda intervención está condicionada por la forma en que entendemos al sujeto, la sociedad y el cambio. Por lo tanto, la intervención social se comprende como una producción de sentido sobre el mundo social, lo cual implica tomar decisiones éticas, políticas y metodológicas que orientan su accionar.

Mosquera-Rosero-Labbé (2010) plantea que los saberes de intervención no son únicamente técnicos o derivados del conocimiento científico hegemónico, también emergen de la experiencia relacional con las comunidades y sujetos intervenidos. Desde su propuesta de “pluralismo epistemológico”, se reconoce la intervención social como un espacio legítimo de producción de conocimiento, especialmente en contextos marcados por la diversidad cultural, como el caso de poblaciones afrocolombianas desplazadas. Desde esta comprensión de la intervención social, resulta pertinente abordar la intervención desde el Trabajo Social ya que desde esta disciplina se ha configurado marcos teóricos, metodológicos y estratégicos que permiten acompañar, transformar y generar respuestas ante situaciones de vulnerabilidad. Como señala Quintero-Velásquez (2014), la intervención desde el Trabajo Social constituye el eje teórico-metodológico de la disciplina, diferenciándola de otras profesiones. La autora destaca que esta, implica

conducir procesos planificados y sistemáticos que permiten transformar situaciones sociales, mediante el desarrollo de capacidades, la movilización de recursos y la construcción de acciones participativas.

Por otra parte, se destaca que la intervención social también está atravesada por el mundo personal de quien la ejecuta. Fombuena-Valero (2011), subraya la importancia del factor personal en la intervención, señalando que las competencias del Trabajo Social no solo provienen de su formación académica, sino también de sus experiencias familiares, emocionales y éticas, la autora destaca cómo las historias personales y familiares del profesional influyen en su capacidad para tejer vínculos, sostener procesos de ayuda y enfrentar situaciones de sufrimiento.

En cuanto a la intervención en duelo, varios trabajos destacan que este no se reduce a una contención emocional momentánea, en contraste debe entenderse como un proceso de acompañamiento que reconoce el sufrimiento y facilita la expresión simbólica de la pérdida. Desde el ámbito clínico y psicológico, Lema y Varela (2021) junto con González-Calvo (2006), han abordado el duelo desde una mirada integradora, en la que se conjugan componentes afectivos, cognitivos y relacionales. Resaltan que intervenir en duelo requiere escuchar los relatos del doliente, reconocer su forma única de vivir la pérdida y acompañarlo desde una presencia empática y respetuosa.

En el caso del duelo infantil, es necesario reconocer que algunas pérdidas no se limitan únicamente a la muerte, también incluyen experiencias de abandono, separación o desvinculación afectiva. Un estudio realizado por Nite-Rodríguez y Espinosa-Guzmán (2011), con niños de 5 a 10 años evidenció que el duelo por abandono genera emociones intensas como tristeza, retraimiento, ansiedad y dificultad para establecer nuevos vínculos que requieren de un acompañamiento especializado. Frente a ello, los autores proponen una intervención desde el enfoque tanatológico, el cual no se restringe al duelo por fallecimiento, sino que busca acompañar todo el proceso de la pérdida. Este trabajo aporta elementos clave para comprender la necesidad de ampliar las perspectivas

de intervención en duelo infantil más allá de la muerte, reconociendo el sufrimiento que el abandono puede generar.

En los últimos años, ha emergido una línea de trabajo que resalta la importancia del vínculo entre el profesional y el sujeto intervenido como un eje central del proceso de intervención. Esto debido a que se evidencia que la calidad de la relación entre el profesional y los cuidadores se configura como un factor esencial para la efectividad de la intervención, y que esta interacción implica dimensiones técnicas y afectivas. Puyana-Villamizar (2000), señala en su obra “La entrevista: un diálogo permanente”, que el acompañamiento implica una presencia sensible, donde el profesional valida las formas de expresión del actor intervenido, creando espacios que posibilite al otro narrarse, resignificar su experiencia y reconocerse como sujeto.

En contextos de instituciones de protección infantil, este acompañamiento se torna especialmente importante ya que el niño(a) ha sido separado de sus vínculos primarios. Así, el profesional se convierte en una figura transicional, dando lugar a una intervención, que puede llevar la creación de vínculos con los niños(as) al estar presentes en su cotidianidad. Desde la teoría del apego, Bowlby (1969) plantea que las primeras experiencias de interacción con figuras adultas significativas dejan una huella duradera, pues moldean las expectativas del niño frente a los vínculos que podrá establecer más adelante. El autor destaca la necesidad de una figura estable disponible para acompañarlo, pues la ausencia de dicha figura puede generar respuestas de ansiedad, enojo o retraimiento. Aunque su estudio se centró originalmente en el vínculo madre-hijo, sus implicaciones han sido retomadas en contextos institucionales para pensar el papel que pueden jugar los(as) profesionales como figuras en ausencia del entorno familiar.

En esta línea, Martínez-González (2008), desde el área de la pediatría, sostiene que para que un vínculo de apego se establezca no basta con la presencia física de un adulto, sino que se requiere continuidad en el tiempo, sensibilidad ante las necesidades del niño y una forma de estar, respetando lo que el niño expresa y siente, sin imponer una interpretación que invalide su experiencia. La autora también señala una falta de

formación en los profesionales de salud sobre estos aspectos del desarrollo psíquico, lo cual limita el reconocimiento del vínculo como una herramienta de cuidado y reparación.

Por su parte, Horno-Goicoechea (2008) enfatiza que los vínculos afectivos son determinantes en el desarrollo del niño, ya que desde lo afectivo se estructura lo cognitivo y social. Reconoce, además, que no todo vínculo es protector, puede haber relaciones afectivas que resulten dañinas, confusas incluso ausentes, no obstante, la autora insiste en que el indicador más claro de falta de vínculo no es el conflicto, sino la indiferencia. En el contexto profesional, esto implica reconocer que el vínculo afectivo es la relación construida entre el adulto y el niño, donde ambos aportan y se afectan mutuamente.

Partiendo de lo anterior, algunas investigaciones han comenzado a indagar sobre la vivencia emocional de los y las profesionales en contextos de intervención, sobre todo aquellos que implican acompañar situaciones de vulneración o el sufrimiento del otro(a). Se ha señalado que el encuentro con estas realidades no deja indiferente al profesional, lo moviliza emocionalmente, generando implicaciones que pueden ir desde el desgaste hasta la transformación personal. En esta línea, Casillas-Cárdenas (2018) señala en su investigación que quienes trabajan directamente con personas que han atravesado situaciones de trauma o sufrimiento social tienden a verse afectados por la cercanía con estas realidades. Esta exposición constante puede provocar un desgaste no solo emocional, sino también físico y psicológico, manifestándose en síntomas como ansiedad, tristeza, cansancio extremo o sentimientos de culpa. Si bien muchos profesionales intentan hacer frente a esta carga emocional a través de mecanismos como el distanciamiento afectivo o la racionalización, estos también pueden ser señales de un inicio de desgaste que termina afectando su salud mental y su desempeño laboral.

Por otro lado, en medio de una entrevista con la cadena de radio española SER, Susana Corral comparte las conclusiones preliminares de su estudio, y aunque se puede evidenciar que reconoce las mismas consecuencias contempladas por Casillas-Cárdenas (2018), la investigadora Susana, plantea una mirada complementaria a través del concepto de “resiliencia vicaría”. En su estudio, destaca que el trabajo constante con

el sufrimiento ajeno también puede abrir espacios de reflexión que transforman la manera en que los y las profesionales entienden la realidad y la dimensión de los problemas que enfrentan las personas. Según Corral, esta experiencia puede enriquecer tanto las prácticas profesionales como las relaciones y rutinas personales, promoviendo un mayor sentido del cuidado y una transformación positiva en lo profesional (Velasco, 2025).

Las investigaciones revisadas proporcionan información valiosa sobre la importancia de comprender el duelo infantil desde una perspectiva amplia, que no solo considera las expresiones propias de la infancia, sino también los contextos en los que este duelo ocurre y los actores que intervienen. A su vez, permiten evidenciar que la intervención en estos escenarios requiere de una mirada sensible, situada y compleja, que reconozca tanto el sufrimiento de los niños y niñas institucionalizados, como el impacto emocional que este trabajo genera en los y las profesionales que lo acompañan.

Ahora bien, este trabajo de investigación se inscribe dentro de este campo de estudio y busca aportar desde la intervención de los(as) profesionales la comprensión del duelo en la infancia institucionalizada; a las formas en que niños y niñas expresan las pérdidas; a los sentidos y alcances de la intervención profesional y finalmente, las implicaciones emocionales que dicha labor tiene sobre los y las profesionales que la ejercen. Así, esta investigación no sólo pretende describir una realidad, sino contribuir a la reflexión teórica sobre las prácticas de cuidado, acompañamiento e intervención en contextos de vulnerabilidad y la necesidad de una reparación simbólica.

1.3 Justificación

El duelo infantil en contextos de institucionalización representa una realidad social, emocional y ética de gran complejidad, atravesada por múltiples dimensiones interconectadas. La pérdida que viven estos niños y niñas trasciende la separación de sus figuras afectivas, ya que, a menudo, enfrentan sucesivas rupturas vinculares durante su permanencia en el sistema de protección. En este escenario, la intervención profesional desempeña un papel necesario, ya que no se trata solo de atender el sufrimiento por la pérdida, sino de comprender cómo ese dolor se inscribe en el mundo

emocional y subjetivo del niño o la niña. Por ello, comprender cómo los y las profesionales viven y significan su práctica permite visibilizar los sentidos que ellos(as) otorgan a estas experiencias y reflexionar sobre los alcances y desafíos de su intervención en el contexto del duelo infantil.

Desde el Trabajo Social, la intervención es el núcleo de la profesión; surge como respuesta a la cuestión social y a las problemáticas que afectan a poblaciones en condiciones de vulnerabilidad (Corvalán, 1996). Por ende, la relevancia de este estudio radica en su intención de comprender cómo se desarrolla la intervención en duelo infantil en la Fundación Chiquitines, abordando no sólo la vivencia de los niños y niñas, sino también la experiencia de los(as) profesionales que acompañan estos procesos, quienes se ven interpelados emocional, ética y relacionalmente en el ejercicio de su labor. De esta manera, la investigación se inscribe en el paradigma de la complejidad de Morin (1990), el cual permite abordar la intervención en duelo reconociendo la interdependencia de los factores emocionales, familiares e institucionales. Asimismo, se fundamenta en el concepto de sentipensamiento de Mosquera-Rosero-Labbé (2005), el cual desafía la fragmentación entre razón y emoción en la práctica profesional, permitiendo comprender cómo el duelo no solo impacta a los niños, sino también a quienes los acompañan.

Como futuros profesionales de Trabajo Social, resulta imprescindible analizar la intervención en profundidad, ya que nuestra labor implica a una interacción cara a cara con los sujetos de intervención, pasada por la reflexión crítica sobre las estructuras sociales que generan y perpetúan las problemáticas que abordamos. Bermúdez-Peña (2011) plantea que la intervención no es solo un campo de acción, sino también un espacio de conocimiento en el que los(as) profesionales se ven confrontados por la realidad que enfrentan al estar expuestos a situaciones de alta carga emocional. Por ello, es fundamental investigar cómo los(as) profesionales gestionan su rol en estos procesos y qué estrategias utilizan para el autocuidado y la supervisión.

De este modo, comprendemos que la intervención desde el Trabajo Social no se limita únicamente al acompañamiento, sino que se configura como una praxis

transformadora orientada a incidir en las condiciones estructurales que perpetúan la desigualdad y la vulnerabilidad. En el caso del duelo infantil en contextos de institucionalización, no basta con abordar la pérdida como una vivencia individual, sino que también es necesario comprender cómo esta afecta la trayectoria emocional, social y simbólica del niño o la niña, especialmente en lo que respecta a su preparación para el egreso, ya sea hacia una familia adoptiva, de origen o a otra institución. Desde la perspectiva de Neimeyer (2002), el duelo no es sólo la superación de una pérdida, sino la construcción de un nuevo significado en la historia del niño. En esta línea, la intervención en la Fundación Chiquitines adquiere un papel clave en la preparación del niño para su egreso, ya sea hacia una familia adoptiva, su familia de origen o a otra institución. Sin embargo, se requiere profundizar en cómo este proceso es acompañado por los(as) profesionales y qué impacto tiene tanto en los niños como en los equipos de trabajo.

Si bien las investigaciones sobre el duelo infantil desde el área de Trabajo Social han centrado su atención principalmente en el niño(a) como sujeto doliente, resulta igualmente relevante visibilizar y dar voz a la experiencia de los(as) profesionales que intervienen en estos procesos. Por lo tanto, es necesario realizar una revisión más profunda sobre cómo se comprende y se aborda este proceso desde la perspectiva específica de los(as) profesionales.

En síntesis, esta investigación es relevante porque busca visibilizar y comprender la intervención que realizan las y los profesionales en duelo infantil dentro del sistema de protección. Igualmente, al analizar la experiencia de los(as) profesionales en la Fundación Chiquitines, se pretende generar reflexiones sobre la intervención y, con ello, nutrir el debate académico sobre la intervención en general y, en particular, sobre el Trabajo Social.

1.4 Pregunta de investigación

¿Cómo se desarrolla el proceso de intervención en duelo con niñas y niños institucionalizados en la Fundación Chiquitines, y qué experiencias construyen los y las profesionales que los acompañan desde el ingreso hasta el egreso de los niños y niñas?

1.5 Objetivo general

Comprender el proceso de intervención en duelo realizado por las y los profesionales de la Fundación Chiquitines con niñas y niños desde su ingreso hasta su egreso a partir de sus experiencias, reflexiones y aprendizajes construidos en su labor profesional.

1.6 Objetivos específicos

- Describir el proceso de intervención en duelo que llevan a cabo los profesionales de la Fundación Chiquitines con las niñas y niños desde su ingreso hasta su egreso.
- Identificar los fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que orientan la intervención en duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines.
- Analizar las experiencias de los profesionales en la implementación del proceso de intervención en duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines.

1.7 Categorías de análisis

- Procesos de intervención en duelo realizados por las y los profesionales de la Fundación Chiquitines con niñas y niños desde su ingreso hasta su egreso
- Fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos para la intervención en el duelo con las niñas y niños de la Fundación Chiquitines.
- Las experiencias de las y los profesionales durante la implementación del proceso de intervención.

2. MARCO CONTEXTUAL

2.1 Fundación Chiquitines

La Fundación Chiquitines (s.f.) es una organización con más de cuatro décadas de trayectoria en la protección y atención integral de niñas y niños en situación de vulnerabilidad. Su labor comenzó en 1978 como respuesta a la necesidad de restablecer los derechos fundamentales de niños y niñas que habían sido abandonados o separados de sus familias. Desde entonces, se ha desarrollado hasta consolidarse como un referente en el suroccidente colombiano en temas de acogimiento institucional, adopción y fortalecimiento familiar.

Actualmente, la Fundación ofrece acogida temporal a aproximadamente cien niñas y niños que se encuentran bajo medida de protección y en un Proceso Administrativo de Restablecimiento de Derechos (PARD)², bajo lineamientos del ICBF, entidad responsable de garantizar los derechos de la niñez en Colombia. Su labor no se limita a atender las necesidades inmediatas de los niños y niñas, también a trabajar con sus familias y comunidades en la búsqueda de entornos más seguros y protectores que hagan posible el regreso o la construcción de nuevos vínculos familiares.

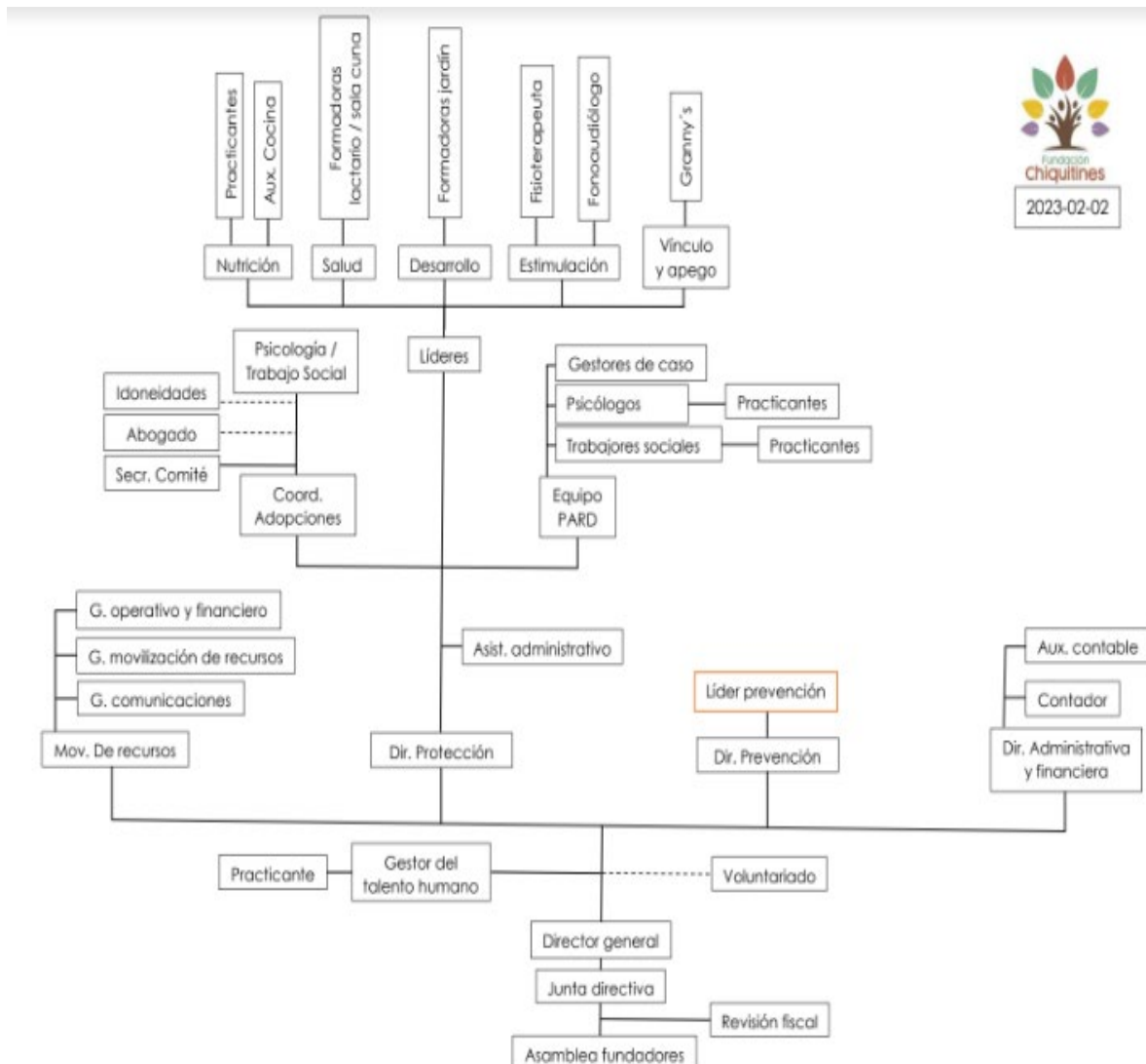
La estructura organizacional de la Fundación Chiquitines está conformada por diversos niveles y áreas funcionales (véase figura 1). En la base se encuentran los órganos de dirección general, integrados por la Asamblea de Fundadores, la Junta Directiva y la Dirección General. A partir de estos, se despliegan diversas áreas estratégicas y operativas que garantizan el funcionamiento de la institución. Entre los primeros niveles de apoyo se ubica la gestión de talento humano, liderada por el Gestor de Talento Humano, su practicante y acompañada por la Revisoría Fiscal, además del apoyo de voluntarios. Posteriormente, se identifican varias dependencias clave: el área de Movilización de Recursos, que reúne funciones de comunicación, recaudación de

² PARD es el Proceso Administrativo de Restablecimiento de Derechos, establecido por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para proteger y garantizar los derechos de niñas, niños y adolescentes que han sido vulnerados.

fondos y gestión financiera-operativa; el área de Prevención, conformada por su líder, liderazgos intermedios y estudiantes en práctica; y el área de Protección, a cargo de un equipo especializado.

Así mismo en lo visto en el informe de gestión de la Fundación Chiquitines (2024) se puede evidenciar que dentro del área de Protección se encuentran subprocesos como la Coordinación de Adopciones, donde intervienen profesionales en psicología, trabajo social, derecho y personal externo encargado de evaluar la idoneidad de las familias adoptantes. También forma parte de esta área el equipo PARD, constituido por gestoras de caso, psicólogas, trabajadoras sociales y practicantes, quienes acompañan los procesos de protección. De igual manera, la Fundación cuenta con coordinaciones específicas por áreas de atención: el área de Nutrición, integrada por las auxiliares de cocina y sus practicantes; el área de Salud, responsable de las formadoras de sala cuna y lactario; el área de Desarrollo, que lidera al equipo de formadoras; y el área de Estimulación, el cual cuenta con fisioterapeutas y fonoaudiólogas. Finalmente, se destaca la figura del líder de Vínculo y Apego, quien orienta el trabajo de las cuidadoras referenciadas como “Grannys”.

Figura 1. Organigrama institucional.



Fuente: Recursos Humanos Fundación Chiquitines.

Además, las niñas y niños están acompañados de forma permanente por Formadoras que cuidan de su alimentación, salud, juego, descanso, educación y afecto. A esto se suma un grupo amplio de voluntarias que apoyan tanto los procesos con los niños como las tareas administrativas que hacen posible el día a día de la institución, entre las voluntarias se resalta el programa “Granny”, quienes asumen el rol de abuelitas para los niños, con el fin de generar vínculos durante su permanencia institucional.

Más allá del trabajo al interior del hogar de acogida, la Fundación también desarrolla procesos de intervención comunitaria con familias en contextos de vulnerabilidad, buscando prevenir la pérdida del cuidado parental. Del mismo modo, realiza un seguimiento a las familias que han egresado del programa de acogimiento, acompañando la transición hacia nuevas dinámicas familiares, ya sea en contextos de adopción o reintegro. Este acompañamiento se orienta al fortalecimiento de redes de apoyo, vínculos seguros y prácticas de cuidado basadas en el respeto, la protección y el reconocimiento del interés superior del niño(a).

Con base en lo expuesto, se puede afirmar que la Fundación Chiquitines es una Institución que no solo se dedica al cuidado y la protección de niños y niñas, sino que también ofrece un acompañamiento integral. Su labor no se limita al niño o niña en sí, sino que considera todo el entorno que lo rodea, especialmente cuando ha sido víctima de vulneración de derechos. Bajo esta perspectiva, más que un lugar de atención, la Fundación se entiende como un centro de fortalecimiento familiar, enfocado en apoyar tanto a familias con hijos en medida de protección como a aquellas que viven en situaciones de alto riesgo o vulnerabilidad.

2.2 Marco normativo

En comunión con los anteriores párrafos, es importante resaltar que la Fundación Chiquitines actualmente se rige bajo un marco normativo por el cual se constituye como una operadora del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), guiándose por su modelo de Atención Integral, así mismo por la Declaración de los Derechos del Niño, la Constitución Política de Colombia (1991) y el Código de Infancia y Adolescencia (Ley 1098 de 2006). Bajo este marco legal, se desarrollan programas de protección como Acogimiento y Adopciones, dirigidos a niños, niñas y adolescentes que han sido víctimas de vulneración de derechos. Así mismo, la Fundación Chiquitines, en su labor como operadora del ICBF, orienta su intervención y define los principios que guían la atención a la infancia a partir del marco normativo vigente. Basados en los valores y principios (vocación, compromiso, integridad, compasión y respeto) que orientan su trabajo. Lo cual,

se sustenta en un conjunto de leyes y políticas públicas que han sido fundamentales en la construcción del sistema de protección en Colombia. Estas normas no solo establecen una estructura legal y operativa, sino que también reflejan la evolución histórica de los enfoques y prioridades en torno a la garantía de derechos de la niñez.

En este recorrido, se destacan hitos legislativos que han marcado el rumbo del sistema de protección en Colombia, todo comienza con la Ley 75 de 1968, que establece normas sobre la filiación y también da origen al propio Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, entidad rectora en materia de infancia en el país. A esto se suma la Ley 12 de 1991, ratifica la Convención sobre los Derechos del Niño, reconociendo formalmente el compromiso del Estado colombiano con la garantía de los derechos de esta población. Posteriormente, la Ley 1098 de 2006, establece el Código de Infancia y Adolescencia, se convierte en uno de los pilares fundamentales para la labor de la Fundación. Esta ley redefine el enfoque de protección integral y resalta, en su artículo 29, la importancia del desarrollo pleno desde la primera infancia.

En línea con este marco, el CONPES 109 de 2007 representa un hito al trazar una hoja de ruta concreta para la atención de los niños y niñas del país. Este documento estratégico involucra al ICBF, al Ministerio de Educación y al de Protección Social, asignando metas y recursos que hoy siguen vigentes en la implementación de programas como los que desarrolla la Fundación. La Ley 1295 de 2009 refuerza esta línea de acción al enfocarse en la atención a la primera infancia de sectores vulnerables, especialmente madres gestantes y niños clasificados en el Sisbén, garantizando el acceso a servicios de calidad desde los primeros años de vida. De igual manera, el Decreto 987 de 2012 también juega un papel clave, ya que reorganiza la estructura del ICBF para optimizar su operación. En él se definen las funciones específicas de cada dirección vinculada con la atención a la primera infancia, asegurando que los programas implementados, como los de Chiquitines, respondan de forma técnica y coordinada.

Por otro lado, la Ley 1804 de 2016, conocida como la Ley de Cero a Siempre, consolida el enfoque de atención, reafirmando el derecho de los niños y niñas a recibir

cuidado, protección y acompañamiento desde el nacimiento, lo cual es completamente coherente con la visión que guía el trabajo diario de la Fundación. Asimismo, lo que se busca con esta normativa es garantizar el restablecimiento de sus derechos mediante la ubicación en entornos protectores distintos a su familia de origen, conforme al artículo 22 de la Ley 1098 de 2006 (Código de infancia y adolescencia). Esta norma respalda la protección integral de la niñez en Colombia y especifica que los niños, niñas y adolescentes tienen el derecho de crecer y desarrollarse dentro de su entorno familiar, sin ser separados de él arbitrariamente. Solo en situaciones donde la familia no les garantice las condiciones mínimas para ejercer sus derechos, puede considerarse la separación, y aun así, esta medida debe estar muy bien justificada. Es importante señalar que la falta de recursos económicos no puede ser motivo para apartar a un niño o niña de su familia.

En esos casos donde sí se da la separación, entran en acción las instituciones encargadas de la protección de la niñez en Colombia, como el ICBF y sus diferentes operadores, entre ellas la Fundación Chiquitines. Estas entidades operadoras del sistema son responsables de poner en marcha los programas, acciones, estrategias y políticas que hacen posible la protección real y efectiva de los niños y niñas, siguiendo los lineamientos que marca la ley. En otras palabras, la norma ofrece el marco general, y son estas instituciones las que deben garantizar que ese marco se cumpla con programas y acciones concretas que respondan al bienestar de los niños y niñas.

Aunque las leyes y normativas generales establecen los lineamientos que deben seguir todas las entidades del sistema de protección infantil, cada institución también tiene sus propios principios y valores que orientan su misión, visión y forma de actuar. En el caso de la Fundación Chiquitines, además de ser parte del sistema de protección de la infancia, actúa como IAPA (Institución Autorizada para la Adopción), es decir, una entidad avalada oficialmente para llevar a cabo procesos de adopción en Colombia. La adopción en Colombia se divide en dos tipos: la determinada, que ocurre entre familiares y es gestionada directamente por el ICBF, y la indeterminada, que es tramitada por instituciones como Chiquitines (Ramírez, 2022). Esta última puede ser de carácter

nacional o internacional, siguiendo los lineamientos del ICBF y los acuerdos de la Haya, respectivamente, lo que refuerza su papel clave en la región dentro de estos procesos.

A partir de lo anterior, la Fundación Chiquitines parte de la idea de que la familia es el entorno más adecuado para que todo niño o niña crezca, reciba amor, cuidados y se desarrolle con seguridad. Se cree firmemente en las capacidades parentales de las familias y en los recursos que estas pueden movilizar para cuidar y acompañar a sus hijos. Además, la fundación considera que cuando se establecen vínculos de confianza con las familias y se les acompaña de forma cercana, se generan cambios sostenibles a largo plazo, lo cual reduce significativamente el riesgo de que los niños y niñas vuelvan a ser separados de su entorno familiar.

Por eso, se le apuesta al trabajo articulado entre profesionales, cuidadores, servicios y sectores relacionados, con el objetivo de que los procesos sean más efectivos y, en consecuencia, los niños y niñas pasen el menor tiempo posible en una institución como Chiquitines, favoreciendo su pronta reintegración familiar o adopción, según sea el caso.

3. MARCO TEÓRICO

Este proyecto se fundamenta en el pensamiento complejo de Morin (1990), un paradigma que busca comprender la realidad en su diversidad y entrelazamiento, reconociendo las interconexiones e interdependencias entre fenómenos y disciplinas. Dicho enfoque integra la simplicidad dentro de una visión más amplia y matizada de la complejidad, promueve la aplicación práctica de sus principios en contextos cotidianos y fomenta la transdisciplinariedad para enriquecer el análisis. Asimismo, asume la incertidumbre como parte inherente del conocimiento, entendiendo que la realidad no puede simplificarse sin perder su esencia. Es decir, el pensamiento complejo aborda el mundo desde múltiples dimensiones y acepta su naturaleza dinámica e incompleta. Esta fundamentación permite mantener una visión amplia para analizar y entrelazar los diversos factores abordados en este proyecto: la intervención, la experiencia y el duelo. Estos temas, ampliamente investigados desde diversas perspectivas, requieren ser abordados desde el principio hologramático, el cual ofrece una visión integral de todos los aspectos involucrados.

Morin (1990) sostiene que la complejidad implica integrar lo diverso y lo contradictorio. El duelo infantil, que viven niños y niñas en instituciones de protección, no es solamente una respuesta psicológica individual, sino también un fenómeno que emerge de la interacción entre la cultura, el niño(a), sus cuidadores, los profesionales y el entorno institucional. La intervención social debe considerar esta red de relaciones para comprender cómo se construyen y gestionan las experiencias de pérdida. Desde el paradigma de la complejidad, la intervención en duelo es un proceso adaptativo y contextualizado, Morin (1990) destaca la necesidad de un pensamiento que asuma la incertidumbre y la ambigüedad, capacidades esenciales para los profesionales que enfrentan situaciones con particularidades únicas, como aquellos que abordan la intervención en duelo infantil. Este paradigma rechaza soluciones estandarizadas y promueve intervenciones ajustadas a realidades cambiantes, considerando los vínculos afectivos, historias previas, el presente y el futuro.

Morin (2005) argumenta que la intervención implica reflexionar sobre las propias prácticas para comprender la experiencia profesional. Esta reflexión contempla las emociones y creencias de los profesionales, que influyen en el abordaje del duelo infantil. Desde esta perspectiva, la intervención en duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines se concibe como un entramado de interacciones emocionales, familiares, institucionales y sociales.

Ahora bien, comprender la intervención desde una lógica compleja no solo implica reconocer la diversidad de factores que inciden en la experiencia del duelo, sino también entender que estas prácticas están insertas en estructuras sociales más amplias que condicionan tanto las problemáticas que se abordan como las respuestas generadas. En este aspecto, Corvalán (1996) amplía la discusión al argumentar que el surgimiento de la intervención social está vinculado con la incapacidad de la dinámica social para resolver ciertas problemáticas que afectan a grupos específicos. La intervención social, entendida como una acción organizada, responde a situaciones insostenibles derivadas del funcionamiento del sistema socioeconómico, especialmente en el marco del capitalismo y las políticas públicas. Corvalán (1996) sostiene que estas intervenciones no solo están influenciadas por el Estado y las organizaciones no gubernamentales, sino que también se articulan a partir de paradigmas que explican lo social, como la integración, la competitividad y el conflicto. Así, la intervención se configura no sólo como una respuesta técnica, sino también como un acto ético que cuestiona las desigualdades estructurales y busca la transformación social.

Profundizando en esta idea, Carballada (2002) reflexiona sobre la cuestión social como el núcleo problemático que da sentido a la intervención en lo social, entendida no como un fenómeno estático, sino como un proceso dinámico que refleja las transformaciones de la sociedad, especialmente tras la crisis del Estado de bienestar y la emergencia de nuevas formas de exclusión. En este contexto, la intervención social debe comprender la construcción histórica de los problemas sociales, evitando enfoques simplistas que naturalizan las desigualdades y perpetúan estigmas. Aunque en algunos contextos el concepto ha adquirido connotaciones negativas, para el Trabajo Social es

fundamental en tanto está orientada a la transformación social y permite no solo acompañar, sino también incidir críticamente en las realidades que generan desigualdad y vulnerabilidad. Así, la intervención en el Trabajo Social se concibe como un proceso ético, reflexivo y situado, el cual busca generar cambios significativos en la vida de las personas y las comunidades, considerando sus contextos históricos y sociales.

En este sentido, la cuestión social se convierte en el eje que da sentido a estas intervenciones, visibilizando cómo problemáticas que afectan a niños y niñas, como la desprotección, no se limitan al ámbito familiar, sino que también están vinculadas a condiciones estructurales como la pobreza, la exclusión y la vulneración de derechos. Estas problemáticas en muchos casos son el punto de partida que explica por qué muchos niños y niñas llegan a ser institucionalizados, enfrentando duelos complejos por la separación de sus familias de origen y la ruptura de vínculos significativos.

De este modo, el Trabajo Social aborda la intervención no solo desde una dimensión subjetiva, sino también desde un análisis crítico de los factores estructurales que perpetúan la desigualdad, articulando el acompañamiento con una lectura compleja de la realidad social que atraviesa la vida de estos niños y niñas. Considerando lo anterior, la intervención social parte de la premisa de que cuando un sujeto interviene en una realidad, no lo hace de manera neutral, ya que, al observar, comprender y actuar sobre esa realidad, ya está implicándose en ella, porque la lectura que hace está condicionada por su perspectiva.

En otras palabras, el proceso de intervención social no es solo una acción dirigida hacia el otro o hacia la situación que se está abordando, sino que también tiene un impacto en quien interviene. Bermúdez-Peña (2011) plantea que la intervención social no solo es un campo de acción, sino también de conocimiento, donde múltiples fuerzas convergen. A partir de la metáfora del campo de Bourdieu (s.f., citado en Bermúdez-Peña, 2011), resalta la importancia de reconocer las fuerzas en pugna que configuran la intervención, las cuales no solo afectan a quienes son intervenidos, sino también a los profesionales que participan en este proceso. La intervención es vista como un espacio

donde las relaciones y dinámicas sociales son alteradas, lo que implica un juicio de valor y una interacción entre los actores involucrados.

El concepto de pluralismo epistemológico propuesto por Mosquera-Rosero-Labbé (2005) invita a reconocer la coexistencia de múltiples formas de conocimiento, desafiando la supremacía del saber científico tradicional sobre los saberes locales y experienciales. En el ámbito de la intervención en duelo, este enfoque permite valorar no sólo las teorías psicológicas y sociales sobre el duelo, sino también los conocimientos prácticos que los profesionales desarrollan a partir de su interacción directa con los niños, niñas y sus familias. Así, los saberes de acción se construyen en el terreno de la experiencia, donde la reflexión crítica sobre la práctica cotidiana se convierte en una fuente legítima de conocimiento.

La reflexividad es otro pilar fundamental en este marco teórico. Mosquera-Rosero-Labbé (2005) destaca que la reflexividad implica una actitud crítica que permite a los profesionales cuestionar sus propios supuestos, metodologías y relaciones de poder en el proceso de intervención. En el contexto del duelo infantil, la reflexividad se manifiesta en la capacidad de los profesionales para reconocer sus propias emociones, prejuicios, creencias y cómo estos pueden influir en su práctica. Este proceso reflexivo no solo enriquece la comprensión del duelo desde una perspectiva más humana y empática, sino que también potencia la capacidad de adaptación y respuesta a las necesidades específicas de cada niño o niña. La autora también introduce el concepto de sentipensamiento, el cual alude a la integración de la razón y la emoción en la construcción del conocimiento.

Este enfoque resulta especialmente relevante en la intervención en duelo, donde las emociones juegan un papel central tanto para los niños y niñas en proceso de duelo como para los profesionales que los acompañan. El sentipensamiento permite una aproximación más compleja, donde la dimensión emocional no se relega a un segundo plano, sino que se reconoce como un componente esencial del proceso de intervención. Mosquera-Rosero-Labbé (2005) sostiene que el sentipensamiento es un acto

epistemológico que desafía la fragmentación del saber impuesta por la modernidad, proponiendo una visión integral donde el conocimiento no solo se construye desde la lógica racional, sino que incorpora la sensibilidad, la intuición y la experiencia emocional como fuentes legítimas de saber.

A partir de los aportes de Mosquera-Rosero-Labbé (2005) es pertinente integrar las reflexiones de Lorente-Molina (2010), quien profundiza en la comprensión de la intervención social como un campo de saberes y prácticas complejas influenciadas por factores epistemológicos, culturales y éticos. Un elemento clave en el análisis de Lorente-Molina (2010), es la influencia de las culturas profesionales en la configuración de la intervención social. La autora sostiene que las identidades profesionales están moldeadas por valores, creencias y experiencias que definen no solo lo que se hace, sino también cómo y por qué se hace. En el contexto del duelo infantil, estas culturas profesionales influyen en la manera en que los y las profesionales comprenden el proceso de duelo, abordan las emociones de los niños y niñas, y construyen relaciones con las familias. Además, Lorente-Molina (2010) destaca la dimensión ética de la intervención social señalando que esta no puede reducirse a la aplicación de normativas o códigos deontológicos. La intervención en duelo implica enfrentarse a dilemas éticos complejos, relacionados con el respeto por la autonomía de los niños y niñas, la confidencialidad, el manejo de la información sensible y la gestión de las emociones propias y ajenas. La autora aboga por una ética del cuidado que complemente las éticas de la justicia, resaltando la importancia de la empatía, la sensibilidad y la atención a las relaciones interpersonales en la práctica profesional.

De esta manera, la ética del cuidado se conecta con el concepto de sentipensamiento desarrollado por Mosquera-Rosero-Labbé (2005), ya que ambos enfoques promueven una comprensión integrada de la razón y la emoción en la intervención social. La ética del cuidado reconoce la interdependencia entre las personas y la necesidad de construir vínculos basados en el respeto, la confianza y la solidaridad, elementos fundamentales para el acompañamiento efectivo de niñas y niños en situación de duelo.

Esta comprensión relacional del cuidado no solo se limita a los vínculos interpersonales, sino que también se extiende a la forma en que se concibe la intervención social en su totalidad, donde las experiencias individuales están entrelazadas con dinámicas más amplias que configuran tanto al sujeto como a su entorno. Desde esta perspectiva, y en el marco del principio hologramático donde las partes se interconectan con el todo y el todo influye en las partes, y teniendo en cuenta que la intervención social parte de la premisa de que, cuando un sujeto interviene en una realidad, no lo hace de manera neutral, ya que su observación, comprensión y acción están condicionadas por su perspectiva personal, lo cual implica que el proceso afecta a todas las partes involucradas, es por ello que se aborda el concepto de experiencia como una acción social.

Dicha acción está intrínsecamente ligada al contexto en el que se desarrolla, a la subjetividad de los individuos y la moral social que la enmarca. Desde esta perspectiva, la experiencia no se entiende de manera aislada, sino como un fenómeno dinámico y relacional, donde lo individual y lo colectivo se influyen mutuamente, aportando una visión para su análisis en este proyecto de investigación. El manejo de este concepto puede fundamentarse en los planteamientos que realiza Víctor W. Turner (1988, citado en Cruz-Santana, 2017), para explicar que la experiencia se construye en base a tres pilares: la cognición, los sentimientos y la voluntad. Con el primero, se hace referencia a ese conjunto de ideales, valores y principios de conducta que están puestos como el deber ser en la sociedad; con el segundo, se alude a aquellas interpretaciones y reflexiones que, desde la conciencia personal, se hacen sobre esos principios de la realidad; con el tercero, se refiere a la capacidad de agencia que puede ejercer el sujeto sobre su propia experiencia y la de los demás. Por lo tanto, es a través de estos tres pilares que se construye la visión del mundo de cada sujeto en particular.

En comunión con las ideas anteriores, Cruz-Santana (2017) también expone en su texto cómo los sujetos no son autómatas frente a las circunstancias del mundo, sino que siempre tienen la posibilidad de actuar sobre las mismas o abstenerse de hacerlo. De ahí

que se entienda la experiencia no solo como la suma de sucesos en la vida de un sujeto, sino como el entramado de decisiones, reflexiones, interpretaciones y acciones por medio de los cuales los sujetos van construyendo lo que se denomina experiencia. Además, esta no puede verse como algo lineal, puesto que, como lo expone Turner (1986, citado en Cruz-Santana 2017), la experiencia no tiene ni un principio ni un final determinado cronológicamente hablando. Aunque algunas experiencias están sometidas a un espacio-tiempo, Turner explica que los sujetos conviven con estas experiencias a lo largo de su vida y, muchas veces, por medio de lo que este autor llama "experiencias transformativas", se reviven o rememoran experiencias del pasado que vuelven al presente y se combinan en la construcción de una nueva experiencia o visión del mundo. De ahí que la experiencia pueda verse como algo con un carácter cíclico, pero no lineal.

Por otro lado, para el fin de este trabajo, también es importante abordar un apartado más tradicional de la experiencia, puesto que el objetivo es analizar una experiencia dada en un marco de trabajo de diferentes profesionales. A partir de eso, apoyándose en los planteamientos de Garabito-Ballesteros (2013), se puede entender que la experiencia es básicamente el cúmulo de conocimientos, aprendizajes y emociones que se adquieren a través de la práctica de ejercer una labor, este elemento es de gran impacto para forjar una carrera profesional y también puede influir en la vida personal. En síntesis, la experiencia es un entramado de decisiones, reflexiones y acciones que se desarrollan en un contexto social y moral, donde los sujetos no son pasivos, sino que actúan y dan significado a su realidad.

En este entramado de experiencias surgen dinámicas emocionales complejas que influyen tanto en el ejercicio profesional como en la construcción de significados personales, donde fenómenos como la contratransferencia forman parte de las vivencias que atraviesan a los profesionales en su práctica cotidiana. En ese sentido, la contratransferencia se comprende como una de las manifestaciones emocionales más relevantes, ya que refleja la manera en que las vivencias, sentimientos y comportamientos de las personas intervenidas impactan en el profesional. Heimann (2000) destaca que las respuestas emocionales del profesional pueden revelar aspectos

ocultos del proceso terapéutico y del propio paciente. Además, argumenta que estas reacciones emocionales no deben ser ignoradas, ya que pueden proporcionar un acceso profundo a las dinámicas transferenciales y a los conflictos internos del paciente. De este modo, comprender la contratransferencia resulta necesario para analizar cómo las experiencias emocionales de las y los profesionales pueden influir en su bienestar psíquico y en la calidad de la intervención.

Por ello, la incorporación de los conceptos de sufrimiento, estrés traumático secundario y autocuidado son necesarios para contextualizar las prácticas de intervención y el impacto emocional de los(as) profesionales en este tipo de procesos. En el contexto de la intervención en duelo de niñas y niños institucionalizados, es fundamental considerar no solo el proceso emocional de ellos, sino también el sufrimiento que experimentan los profesionales que acompañan este proceso. Según Casillas-Cárdenas (2018), el trabajo en situaciones de alta vulnerabilidad y trauma conlleva una implicación emocional significativa por parte de los profesionales, quienes, a través de las relaciones con los usuarios, pueden experimentar lo que se denomina estrés traumático secundario. Este fenómeno, que ocurre cuando los profesionales asumen emocionalmente las experiencias traumáticas, puede tener efectos negativos en su bienestar personal y en su capacidad para seguir brindando apoyo efectivo.

Una parte crucial de la obra de Casillas-Cárdenas (2018) es la reflexión sobre el autocuidado y la supervisión. La autora destaca que, para prevenir los efectos del estrés traumático secundario, los profesionales deben adoptar estrategias de autocuidado entendido como la capacidad de los profesionales para reconocer sus propias limitaciones emocionales y psicológicas. Es decir que, los profesionales deben implementar estrategias que les permitan mantener un equilibrio entre su vida personal y profesional, y no dejarse consumir por el sufrimiento ajeno, que podría comprometer su salud emocional.

Por ello, la supervisión juega un papel esencial, Casillas-Cárdenas (2018) sugiere que los profesionales deben contar con espacios regulares de supervisión, donde puedan

reflexionar sobre sus emociones, procesar las cargas emocionales de los casos y recibir apoyo profesional. La supervisión no solo es una herramienta técnica, sino también emocional, ya que permite a los profesionales gestionar el sufrimiento que experimentan y prevenir que este afecte su capacidad de intervención. Este enfoque teórico subraya la necesidad de una intervención social donde los profesionales no solo sean agentes de cambio para los demás, sino también se protejan a sí mismos y su salud emocional a través de prácticas de autocuidado, supervisión y reflexión crítica.

Esa necesidad de gestionar el impacto emocional en la intervención profesional se hace aún más relevante cuando los profesionales intervienen en contextos donde el duelo es un eje central, dado que el acompañamiento en estos procesos expone al profesional a una carga emocional compleja que puede afectar su propia estabilidad psíquica. Ospina-Velasco (2014) señala que la vida humana transcurre de pérdida en pérdida, ya que “toda separación origina pérdidas” y estas, a su vez, desencadenan procesos de duelo que demandan una comprensión profunda tanto desde la perspectiva del sujeto que lo experimenta como del profesional que lo acompaña.

El duelo se puede presentar de diversas formas a lo largo del desarrollo humano. Desde la infancia, el individuo experimenta pérdidas que van desde la ausencia temporal de la madre hasta la pérdida de relaciones significativas en la adultez. Tradicionalmente, se ha entendido como una reacción natural y necesaria para reorganizar la vida tras una ausencia. Freud (1917), en su obra *Duelo y Melancolía*, introdujo el concepto de duelo en su intento de comprender la melancolía, lo definió como “la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc.” (p. 241). No obstante, más allá de su dimensión individual, el duelo se encuentra atravesado por factores sociales, relacionales y subjetivos que influyen en su desarrollo y resolución. De tal forma, no solo importa lo que se ha perdido, sino también el significado de esa pérdida para quien la experimenta y el contexto en el que ocurre.

Ospina-Velasco (2014) considera que el desarrollo humano está marcado por pérdidas necesarias para el crecimiento emocional. Sostiene que la pérdida de un objeto

amado no implica necesariamente su desaparición física, sino que representa un cambio en la relación con dicho objeto, como ocurre, por ejemplo, con el nacimiento de un hermano. Este cambio genera una modificación en la dinámica afectiva que puede provocar duelos, incluso ante situaciones consideradas positivas.

Uno de los aspectos fundamentales en el duelo es el vínculo que existía con la persona, objeto o situación perdida. Desde la teoría del apego, Bowlby (1980) plantea que los seres humanos desarrollan lazos afectivos con figuras significativas, los cuales pueden brindar seguridad en relación con lo emocional. De ese modo, la intensidad del duelo está relacionada con la naturaleza de estos lazos; mientras más fuerte y seguro sea el apego, mayor será la afectación ante la pérdida. Luego, la respuesta al duelo depende de la historia de apego previa, de la posibilidad de comprender y dar sentido a la pérdida y del apoyo recibido para enfrentarla.

En la infancia, el duelo adquiere características particulares. La pérdida de una figura de apego puede generar reacciones de angustia, confusión e inseguridad, especialmente si el niño(a) no cuenta con recursos emocionales o apoyo suficiente para elaborar su experiencia. La manera en que los niños viven el duelo está influida por su edad, su capacidad para comprender la pérdida y la respuesta del entorno ante esta. Factores como la estabilidad en sus relaciones, la continuidad del cuidado y la posibilidad de expresar sus emociones juegan un papel clave en su proceso de adaptación.

Además de los vínculos y la historia de apego, otros factores pueden incidir en la manera en que se elabora el duelo: la naturaleza de la pérdida (esperada o repentina), la presencia de otros duelos acumulativos, la disponibilidad de redes de apoyo, entre otros. Desde la perspectiva de Worden (2013), atravesar un proceso de duelo requiere de una serie de tareas; no basta con aceptar la realidad de la pérdida; también es preciso procesar las emociones asociadas, adaptarse al entorno sin la figura ausente y reconstruir un significado que permita continuar con la vida. Este modelo pone énfasis en la acción del sujeto; en ese sentido, la intervención y el acompañamiento son fundamentales para que el niño o la niña pueda transitar el duelo de manera saludable.

Neimeyer (2002) amplía esta visión al enfatizar que el duelo no solo implica superar una pérdida, sino resignificar dentro de la propia historia. En la infancia, esto cobra especial relevancia, ya que la identidad del niño aún está en formación y el duelo puede alterar su manera de entender el mundo y sus relaciones. La posibilidad de construir un nuevo significado de la pérdida dependerá tanto de los recursos internos del niño como del acompañamiento que reciba de los adultos, quienes pueden facilitar o dificultar su proceso de adaptación.

En esta misma línea, el duelo en la niñez especialmente en aquellos niños y niñas institucionalizados representa una experiencia compleja que compromete diversidad de factores y dimensiones, tanto para los niños y las niñas, como para la institución y los profesionales que les atienden. Ospina-Velasco (2014) enfatiza la importancia de considerar el duelo infantil desde una perspectiva integral, teniendo en cuenta no solo los factores psicológicos, sino también los contextos familiares y sociales que influyen en el proceso de elaboración de la pérdida. Su enfoque resalta la necesidad de brindar acompañamiento emocional y estrategias de afrontamiento adaptadas a la edad del niño, reconociendo que su manera de expresar el duelo puede diferir significativamente de la de los adultos. Además, Ospina-Velasco subraya el papel fundamental de los cuidadores y profesionales en la contención emocional, destacando la importancia de la estabilidad y la comunicación abierta para facilitar la elaboración del duelo en la infancia.

En el marco de la experiencia humana, el duelo se conoce como un proceso complejo que no solo implica la respuesta individual ante la pérdida, sino que también está atravesado por factores sociales que influyen en su elaboración. De igual modo, no es un proceso uniforme ni universal, sino una experiencia moldeada por la historia personal, los vínculos afectivos y el contexto en el que ocurre. En la infancia, estas variables adquieren un peso aún mayor, ya que la manera en que el niño elabora la pérdida influirá en su desarrollo emocional y en la construcción de sus futuras relaciones. En entornos como la Fundación Chiquitines, donde los niños han atravesado separaciones significativas, la intervención adquiere un papel fundamental, no solo en el acompañamiento del duelo, sino también en la creación de un entorno que les brinde

seguridad y estabilidad. A través del trabajo de los y las profesionales, se facilita la adaptación y resignificación de la experiencia, promoviendo que los niños puedan reconstruir sus lazos afectivos y continuar con su desarrollo. Así, el duelo no es solo una reacción ante la ausencia, sino una transformación en la manera de percibirse a sí mismo y al mundo; un proceso en el que el apoyo adecuado puede marcar la diferencia en la construcción de nuevos significados y vínculos.

4. METODOLOGÍA

Esta investigación se desarrolló bajo un método cualitativo. Se centró en comprender la intervención en duelo a partir de las voces, saberes y experiencias de los profesionales que acompañan a niñas y niños institucionalizados en la Fundación Chiquitines. Esta perspectiva metodológica permitió acercarse a la realidad desde lo vivido y sentido por quienes están involucrados en los procesos institucionales de acompañamiento, reconociendo la subjetividad y la complejidad que atraviesan tanto el trabajo cotidiano como los vínculos que se construyen en ese contexto.

Como plantean Rodríguez-Sehk y Bonilla-Castro (2013), “el método cualitativo busca conceptualizar sobre la realidad con base en el comportamiento, los conocimientos, las actitudes y los valores que guían la actuación de las personas estudiadas” (p. 87). Este enfoque permite explorar de manera sistemática los significados que comparten los individuos dentro de un contexto determinado. En esa misma línea, los autores destacan que una de las principales características de este tipo de investigación es su interés por captar la realidad social “a través de los ojos” de quienes participan en ella, es decir, desde la percepción que tienen los sujetos sobre su propio entorno. Así mismo, Parrilla (2000, citado en Cotán-Fernández, 2016) sostiene que en la investigación cualitativa adquiere especial relevancia “la experiencia subjetiva de los individuos en la construcción del mundo social”, considerando que “la realidad es múltiple y divergente”. Por ello, esta metodología se compromete con estudiar y analizar el mundo desde la perspectiva de quienes lo habitan situando sus vivencias, sentidos y trayectorias como fuente central del conocimiento.

El enfoque cualitativo resulta pertinente para esta investigación, ya que permite acceder a las experiencias, interpretaciones y sentidos que los y las profesionales construyen en torno a su labor de acompañamiento en el duelo infantil. Dado que se trata de un tema sensible y con múltiples dimensiones, como lo emocional, lo profesional y lo institucional, se requería un enfoque que permitiera comprender cómo se vive y se significa la intervención en duelo desde quienes están involucrados en ella. Este enfoque

facilitó no sólo la descripción de las prácticas de intervención, sino también el análisis de las formas en que dichas prácticas son vividas, reflexionadas y resignificadas por quienes las llevan a cabo. A este propósito, el enfoque cualitativo ofreció herramientas coherentes con el propósito de comprender la intervención en duelo, reconociendo las distintas formas en que es experimentada y narrada por los profesionales.

4.1 Población

Para esta investigación se seleccionaron profesionales de la Fundación Chiquitines cuya labor está vinculada, de diferentes formas, con la intervención en duelo de niñas y niños. La elección se realizó con base en los objetivos del estudio, teniendo en cuenta tanto la experiencia directa con los niños como la posibilidad de comprender los lineamientos institucionales que orientan dicha intervención. La participación incluyó a personas que trabajan directamente en el acompañamiento de los niños(as), así como a profesionales responsables del seguimiento familiar y del diseño de estrategias institucionales. Esta diversidad permitió recoger distintas miradas sobre el duelo, desde las acciones concretas hasta los marcos que orientan la intervención.

Con el fin de resguardar la identidad de las personas entrevistadas, no se incluyen sus nombres, cargos específicos ni ningún otro dato que pudiera hacerlas identificables. Por esta razón, en el desarrollo del documento se recurre a letras del alfabeto para referirse a cada participante.

No obstante, es importante reconocer que detrás de cada letra utilizada en las citas hay trayectorias profesionales diversas y comprometidas. Los(as) profesionales que participaron en este trabajo hacen parte de distintos equipos dentro de la Fundación, algunos tienen una larga trayectoria en el sistema de protección; otros han estado en instituciones similares y llevan menos tiempo vinculadas a la Fundación; y también hay quienes están dando sus primeros pasos en este campo. Si bien sus recorridos varían, todos participan de manera directa o indirecta desde sus roles en el acompañamiento que se desarrolla con las niñas y niños.

Cabe destacar que casi todas son mujeres, con perfiles en Psicología, Trabajo social, Salud, Pedagogía, entre otros; en general, varios de ellos han estado en la Fundación entre dos y cuatro años. Algunos han transitado por varios programas, lo que les ha permitido conocer el trabajo desde distintos ángulos; otros llegaron para asumir un rol específico y desde allí han ido ampliando su mirada; también hay quienes venían de escenarios distintos y se fueron acercando al campo de protección con el tiempo. Aunque sus trayectorias no son iguales, hay una preocupación compartida por lo que viven los niños(as) para brindarles el mejor acompañamiento posible.

Más allá de sus títulos o funciones, en sus voces aparecen no solo saberes técnicos, sino también emociones, desafíos y aprendizajes que atraviesan su trabajo cotidiano. Compartieron lo que viven dentro de la Fundación, lo que las moviliza, lo que duele y lo que da sentido, sus relatos permitieron acercarse a los vínculos que se tejen con los niños y niñas.

4.2 Técnicas aplicadas para la construcción de conocimiento

El trabajo de campo se desarrolló entre noviembre de 2023 y marzo de 2024, y se estructuró a partir de entrevistas individuales semiestructuradas y una entrevista grupal. Las técnicas fueron diseñadas con base en las categorías de análisis: la forma en que se realiza la intervención en duelo, los fundamentos que la orientan, y la experiencia subjetiva de quienes la llevan a cabo. Esta organización buscaba no fragmentar la información, sino permitir una exploración que abarcara desde asuntos instrumentales hasta lo vivencial, reconociendo que ambas dimensiones se hacen parte de la práctica profesional.

Antes de iniciar el proceso de entrevistas, se llevó a cabo una presentación formal del proyecto a los profesionales y al director de la Fundación, lo que permitió abrir un espacio de diálogo y recoger, desde sus trayectorias, observaciones teóricas que fortalecieron el proyecto en su delimitación y en la ruta metodológica. La coordinación con los y las participantes se realizó a través de WhatsApp. Una vez confirmada su

disposición, se coordinaron las entrevistas según la disponibilidad horaria y modalidad preferida (presencial o virtual). La intención de la entrevista fue lograr información sobre el hacer cotidiano que materializa la intervención, y reflexionar, a través de las preguntas sobre las propias vivencias de los profesionales. Como plantean Rodríguez-Sehk y Bonilla-Castro (2013), la entrevista es “un intercambio de ideas, significados y sentimientos sobre el mundo y los eventos, cuyo principal medio son las palabras” (p. 159). Así, el proceso de entrevista no tuvo una intención de extracción de datos, sino que procuró un espacio relacional que favoreciera la emergencia de sentidos.

Se hicieron seis entrevistas, cinco individuales y una grupal, orientadas por dos personas del equipo investigador. Uno(a) asumió el rol de liderar la conversación y el otro brindó apoyo en la observación y el registro para complementar la transcripción en aspectos como la comunicación no verbal. Por razones de tiempo y disponibilidad de las profesionales, solo se hizo una entrevista presencial. En la siguiente tabla se presenta un resumen de las entrevistas con sus respectivas fechas.

Tabla 1. Cronograma y organización de entrevistas

Modalidad	Participante	Fecha	Entrevistador(a)
Entrevista individual	Profesional A	1 noviembre 2024	Entrevistadora: Fernanda Játiva Acompañante: Elizabeth Barona José Rodolfo Gaona
	Profesional B	9 octubre 2024	Entrevistadora: Elizabeth Barona
	Profesional C	15 octubre 2024	Entrevistadora: Fernanda Játiva Acompañante: Elizabeth Barona
	Profesional D	4 octubre 2024	Entrevistador: José Rodolfo Gaona Acompañante: Fernanda Játiva
	Profesional E	4 octubre 2024	Entrevistadora: Fernanda Játiva Acompañante: José Rodolfo Gaona
Entrevista grupal	Profesional A	28 marzo 2025	Entrevistadora: Elizabeth Barona
	Profesional F		

	Profesional G		
	Profesional H		
	Profesional I		

Fuente: elaboración propia con base en entrevistas realizadas (2025).

- **Entrevistas individuales**

Las cinco entrevistas individuales se programaron para una duración estimada de una hora. Todas fueron grabadas en audio con el consentimiento informado de cada participante (ver anexo A). Para ello, se realizaron preguntas abiertas con el fin de permitir que los participantes expresaran sus perspectivas sin verse limitadas por opciones cerradas (ver anexo B).

Las entrevistas de tipo semiestructurado permitieron establecer un diálogo abierto con los y las profesionales. Esta decisión metodológica tuvo como intención brindar un espacio que permitiera aflorar tanto descripciones de la intervención, como interpretaciones de la misma y de su labor. Como señalan Hernández-Sampieri *et al.* (2010), este tipo de entrevistas “se basan en una guía de asuntos o preguntas y el entrevistador tiene la libertad de introducir preguntas adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información sobre los temas deseados” (p. 460). Así, se trató de promover una conversación guiada pero flexible, donde cada relato pudiera seguir su propio ritmo y profundidad.

La disposición de los y las profesionales a compartir sus experiencias y emociones fue clave para enriquecer el proceso. En sus relatos aparecieron saberes técnicos, desafíos, silencios y sentimientos que hacen parte de la experiencia cotidiana en una institución de protección para niños y niñas. Estos elementos dieron lugar a nuevas preguntas, incomodidades y hallazgos que no habrían surgido en un espacio exclusivamente estructurado.

Dentro de estos intercambios, es importante resaltar que las emociones surgidas en medio de su realización eran parte central de la experiencia profesional y de su comprensión. Por eso, se intentó leer cada relato también desde su interpretación, la manera en que se expresaban, las pausas o los gestos que acompañaban las palabras. Esta forma de escuchar y analizar dio lugar al “sentipensamiento” como vía de conocimiento, en tanto pensar y sentir no son procesos divididos, sino dos momentos de una misma capacidad, configurada en medio de vínculos, contextos culturales e institucionales (Robayo-Corredor, 2021).

- **Entrevista grupal**

Inicialmente, se había planteado realizar un grupo focal; sin embargo, las condiciones y horarios llevaron a reformular la estrategia y optar por la realización de una entrevista grupal (ver anexo C). Esta se llevó a cabo con cinco profesionales del equipo psicosocial (PARD) de la Fundación y tuvo una duración aproximada de una hora y media. Se cuidaron ciertos detalles que permitieran construir un ambiente propicio para la conversación, reconociendo que estos espacios se sostienen desde la técnica y desde el vínculo. La disposición de un espacio tranquilo que nos brindó la institución, sin interrupciones, e incluso gestos sencillos como compartir algo de comer, hicieron parte de ese intento por generar una atmósfera cercana, respetuosa y abierta al diálogo.

Este espacio fue diseñado a partir de los primeros análisis de las entrevistas individuales, con el propósito de profundizar en aspectos que no habían sido suficientemente desarrollados o que requerían ser dialogados colectivamente. La entrevista grupal fue entonces un escenario para complementar la información y enriquecer la comprensión de sentidos contruidos colectivamente. La riqueza de este espacio radicó en que permitió observar la manera en que los sentidos que sostienen la intervención no son individuales, sino que se producen en red, a partir del contacto con otros, de las experiencias compartidas y de los acuerdos que se construyen en medio de la práctica.

Cabe resaltar que, en este ejercicio, las emociones no fueron vistas como algo secundario, sino como un elemento central en las experiencias de las y los profesionales para comprender cómo se vive y se sostiene el trabajo con niños y niñas. Al ir apareciendo en el diálogo, estas emociones, permitieron ver que no se trataba de algo individual, sino que estaban atravesadas por las condiciones en las que se ejerce la intervención: las relaciones que se tejen entre los y las profesionales, las responsabilidades asumidas, las exigencias institucionales y los significados que cada profesional va construyendo sobre su trabajo. En estos intercambios se hizo evidente que, en la intervención, el sentir y el pensar van de la mano; son experiencias construidas desde los vínculos, marcadas por la cultura, las condiciones materiales y el rol que cada uno tiene en su práctica profesional (Robayo-Corredor, 2021).

El análisis de los relatos de las profesionales se reconoció desde un comienzo como un ejercicio comprensivo de los significados que los y las profesionales atribuían a su quehacer, sus emociones y desafíos, esta mirada guio la construcción del análisis. En coherencia con ello, una vez finalizadas las entrevistas, se procedió a la transcripción.

El primer momento del análisis fue intratextual e intertextual: se trabajó cada entrevista por separado y luego se miraron en su conjunto para identificar de entrada algunas características generales. Esta lectura detallada permitió reconocer temas repetitivos, conceptos relevantes o fragmentos contradictorios, así como también elementos emocionales o simbólicos que no siempre aparecían de forma explícita. Posteriormente, se realizó la codificación según categorías preliminares que dieran cuenta de la intervención; los fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos, metodológicos y técnicos; y la experiencia profesional.

Como señalan Rodríguez-Sehk y Bonilla-Castro (2013), “los códigos que se asignan a un conjunto de textos no presentan hechos en sí mismos, sino perspectivas del investigador, los cuales son muy tentativos al comienzo de la categorización”, y es precisamente en la designación de esos códigos donde el investigador comienza a

identificar “relaciones entre los datos, emergencias, patrones, contradicciones, explicaciones plausibles, etc.” (p. 252).

Fue en la etapa de codificación axial donde se logró establecer relaciones entre las distintas categorías y subcategorías, lo que permitió condensar, reorganizar y, sobre todo, identificar categorías emergentes que no habían sido previstas desde el inicio, pero necesarios para comprender la complejidad de la intervención realizada en la institución. Este ejercicio no fue lineal, cada integrante del equipo tuvo a cargo un conjunto de entrevistas para su análisis inicial. Luego, se realizaron sesiones de socialización en las que se expusieron interpretaciones. Dichas interpretaciones se organizaron en tablas que permitieran ver contrastes, repeticiones, diferencias, entre otros asuntos.

Los temas que se fueron configurando a lo largo del análisis no solo se vincularon con los objetivos de la investigación, sino que también señalaron vacíos o aspectos que requerían mayor profundización. A partir de esto se ajustó la entrevista grupal, incluyendo preguntas orientadas a ampliar esas cuestiones. El desarrollo de esta entrevista siguió la misma ruta metodológica (transcripción, edición, análisis intratextual, codificación y categorización) integrándose al conjunto de datos como una pieza clave para contrastar y enriquecer lo construido en las entrevistas individuales.

Como comentan Rodríguez-Sehk y Bonilla-Castro (2013), “interpretar es buscar sentido y encontrar significado de los resultados, explicando las tendencias descriptivas y buscando relaciones entre las diferentes dimensiones que permitan construir una visión integral del problema” (p. 269). Bajo esa premisa, el análisis no buscó respuestas cerradas, sino caminos posibles para comprender la intervención profesional en duelo infantil desde la voz de quienes la ejercen.

5. RESULTADOS Y REFLEXIONES DEL PROCESO INVESTIGATIVO

A continuación, se presentan los resultados y reflexiones construidos durante el proceso investigativo, con base en las conversaciones sostenidas con los y las profesionales de la Fundación. Las narrativas de dichas conversaciones se han organizado en tres apartados. El primero recoge los fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que, si bien no fueron mencionados de manera explícita en las entrevistas, lograron identificarse a través de sus relatos y las formas en que comprenden su quehacer profesional, el lugar del niño y la noción de duelo. El segundo apartado se enfoca en la intervención en duelo que realizan los y las profesionales, visibilizando las estrategias, las metodologías y formas de acompañamiento desplegadas en las distintas etapas del proceso institucional: desde el ingreso del niño(a), durante su permanencia y hasta su egreso. El tercer apartado se detiene en la experiencia vivida por los y las profesionales: su relación con los niños(as), los retos cotidianos que enfrentan, la implicación emocional que genera el acompañamiento al duelo, y las huellas que esta labor deja tanto en quienes cuidan como en quienes son cuidados. Cada uno de estos apartados comienza con un breve texto personal surgido a lo largo del proceso investigativo, como resultado de la reflexión constante que implicó abordar un tema de tal sensibilidad como el acompañamiento en duelo infantil.

Durante el proceso noté cómo ciertas relaciones e interacciones pueden marcar la diferencia en el proceso de los niños. Los profesionales, por ejemplo, conectan con los niños a través de gestos cotidianos, cuidados simples pero significativos, es en esos pequeños actos donde ocurre algo importante que puede dejar huella. Eso mismo me llevó a mirar hacia atrás y reconocer los vínculos que me han acompañado durante este recorrido: aquellas que, sin grandes gestos, han estado ahí cuando más las necesitaba. Este proceso me recordó que los vínculos no siempre son visibles, pero sí fundamentales. A veces, lo que permite avanzar no es la certeza, sino esas presencias discretas que sostienen.

Elizabeth Barona Marulanda

5.1 Sentidos, saberes y caminos del acompañar: fundamentos ontológicos, epistemológicos, teóricos y metodológicos que guían la intervención en la fundación chiquitines

En este apartado se presenta un análisis de los componentes ontológico, epistemológico, teórico y metodológico que soportan la intervención en duelo que desarrollan las y los profesionales con los niños y niñas con medida de protección ubicados en la Fundación Chiquitines. En primer lugar, se aborda lo ontológico, aludiendo a la forma en que se comprende la realidad que se estudia. Para los y las profesionales participantes de esta investigación, se trata de una realidad que no se reduce a hechos observables, sino que se construye desde experiencias subjetivas, los vínculos y significados. En segundo lugar, se abordan los fundamentos epistemológicos, los cuales definen el cómo se concibe el conocimiento sobre esta realidad, evidenciando el reconocimiento de las vivencias de los niños(as), así como el papel de las y los profesionales. En tercer lugar, se desarrolla el fundamento teórico, que permite comprender las diferentes perspectivas sobre el duelo, la intervención y la experiencia. Finalmente, se expone el fundamento metodológico, con el que se materializa en el hacer las formas de ver y comprender a los niños, las niñas, las pérdidas y el duelo, destacando el carácter situado que las y los profesionales otorgan a los relatos y las prácticas.

Cabe resaltar, que este interés no surge únicamente desde lo académico, sino también desde el reconocimiento del lugar que ocupan las personas que acompañan esos procesos día a día, desde sus propios saberes, límites y posibilidades.

5.1.1 Fundamentación ontológica: los niños y las niñas son más que sus adversidades

La intervención en duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines parte de una concepción ontológica vinculada con el reconocimiento del niño o la niña como un sujeto de derechos, un ser humano pleno, dotado de emociones, dignidad y agencia. Esta perspectiva se distancia de visiones tradicionales de la niñez que, históricamente han

relegado a la infancia al plano de la inmadurez, la dependencia y la incapacidad; y asume, en cambio, la subjetividad de cada niño y niña, es decir, una historia de vida significativa, con capacidad para resignificar su experiencia, incluso en medio del dolor que implica una pérdida, como la que afrontan los niños y niñas que ingresan a la Fundación, al ser separados de sus entornos familiares y barriales.

Para las y los profesionales, el duelo no es una respuesta patológica ante la pérdida; lo reconocen como un proceso vital, dinámico y humano, en el que el niño(a) no es un receptor pasivo de lo que acontece en su entorno, sino que es un agente activo en el trámite de sus experiencias. Tal como lo evidencian las entrevistas realizadas, el equipo profesional de la Fundación asume que muchos niños y niñas llegan a la institución no solo enfrentando una separación reciente de sus figuras significativas, sino con un historial acumulado de pérdidas. Sin embargo, estas pérdidas muchas veces son relegadas por los procedimientos administrativos centrados en lo legal, que tienden a priorizar la protección física y jurídica sobre el reconocimiento de las vivencias subjetivas y emocionales de los niños y niñas. Por lo tanto, esta perspectiva ontológica del niño(a) como sujeto de vivencias y emociones complejas implica no solo validar su dolor, sino acompañarlo desde una mirada ética y relacional. Las profesionales relatan que “Muchos niños han pasado por situaciones difíciles antes de llegar [se refiere al ingreso a la institución]. No es solo la separación del momento, son historias largas, con mucho dolor detrás” (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre de 2025).

Las profesionales reconocen que el duelo infantil comprende experiencias de pérdidas que están presentes incluso antes del ingreso de los niños(as) a la institución, ya que ellos y ellas traen consigo historias teñidas por la vulneración de derechos, el abandono, la violencia o la negligencia, y esas vivencias van a configurar la forma en que ellos y ellas perciben y transitan el duelo que se presenta al ser separados de su familia para quedarse en la Institución. Esta visión se alinea con los planteamientos de Ospina-Velasco (2014), quien sostiene que toda separación genera pérdida, y que está, en la infancia, debe ser leída no solo desde lo emocional sino desde lo social y relacional. Es

decir, la pérdida no es solo de una figura concreta, sino de un entramado de vínculos, rutinas, territorios y significados que daban coherencia al mundo del niño y la niña.

En esta misma línea, la perspectiva ontológica que las y los profesionales asumen se traduce en prácticas que validan este sufrimiento infantil que viven los niños y niñas al ingresar a la institución, lo revelan como un proceso con un sentido particular para cada niño(a), y que ellos y ellas esperan de la persona adulta un reconocimiento de la situación. Una de las profesionales entrevistadas expresa que, “Ellos esperan que los adultos entiendan su dolor, aunque no siempre lo digan con palabras. Lo muestran con su cuerpo, con su comportamiento” (Profesional H, comunicación personal, 28 de marzo de 2025).

La intervención, para estos(as) profesionales, no se orienta a “borrar” el dolor o a sustituir la figura perdida, lo que asumen es un lugar de acompañamiento en el que se generan estrategias adecuadas, que le dan lugar a la situación particular y no evadirla. De tal modo, se permite que cada niño o niña comprenda los motivos y circunstancias que provocan el ingreso y lo que deviene en el proceso. Esto se evidencia en los y las profesionales, quienes distinguen los procesos de comprensión adulto y niño, por ejemplo, se menciona en algunas entrevistas que, “se trabaja a través de cuentos, de historias, del juego. Eso ayuda a que el niño entienda lo que está pasando desde su mundo, no desde el de los adultos” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Reconocer y dar lugar a la pérdida y dar un sentido, se puede explicar de acuerdo con los planteamientos de Neimeyer (2002), para quien el duelo implica una reconstrucción de significado. En el caso de los niños institucionalizados, este proceso comprende cierta complejidad, puesto que la pérdida conlleva una ruptura en su narrativa, especialmente cuando se produce en etapas tempranas del desarrollo.

Asimismo, las participantes de esta investigación destacan la capacidad de resiliencia en los niños y niñas como una expresión de su agencia. Refieren las profesionales que, a pesar de las múltiples adversidades, los niños y las niñas desarrollan

capacidades para adaptarse, construir nuevos vínculos y resignificar su experiencia, lo cual evidencia su condición de sujeto que actúa para transformar su realidad. Señala una de las entrevistadas la “capacidad que tienen de seguir queriendo, de confiar, incluso después de todo lo que han vivido” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Esta concepción dialoga con el paradigma de la experiencia como acción social, propuesto por Cruz-Santana (2017), en donde el niño no se asume como autómatas frente a las circunstancias, sino un sujeto que reflexiona decide y actúa en relación con su mundo, aun cuando este esté marcado por la pérdida. De acuerdo con la capacidad que se reconoce en el niño(a), resulta pertinente aclarar que es así como Boris Cyrulnik (2012), quien comprende la resiliencia, como la capacidad de sobreponerse a las adversidades. Pero no se trata de una cualidad innata del ser, sino de una construcción que se desarrolla a partir de los vínculos y las condiciones que acompañan al sujeto. Coincidimos con esta postura, ya que consideramos que los vínculos tienen el poder de transformar y sostener, pues como él mismo Cyrulnik (2012), lo expone se trata de “una relación verdadera provoca una influencia recíproca. Son dos mundos íntimos que interactúan y uno modifica al otro” (p. 526).

La historia personal o el pasado de cada sujeto constituyen condiciones para la configuración de la identidad. Por ello es importante considerar, como un aspecto de la resiliencia, la forma en que las personas han recibido o no, apoyo en situaciones de dolor, estrés, dificultad o adversidad: si fueron abrazados, escuchados, invisibilizados o silenciados. Es precisamente en estas experiencias donde se gestan las formas de enfrentar adversidades. Igualmente, la resiliencia no debe entenderse como una cualidad estática y natural, sino como una construcción.

Así como el niño o la niña es comprendido como un sujeto activo en la construcción de sentido frente a la pérdida, el fundamento ontológico de la intervención en Chiquitines, también reconoce la implicación del profesional, que se ve afectado y atravesado por la experiencia de acompañar el duelo. Las entrevistadas revelan que el “ser del profesional”

se construye desde una postura ética, sensible y crítica, que no evade el sufrimiento infantil ni la incertidumbre de los procesos que enmarcan a las instituciones. Es así como enuncian, “Uno también se siente afectado. Ver ciertos casos te remueve cosas, te hace buscar ayuda para poder seguir acompañando bien” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

La forma en que se sienten implicadas las profesionales en el acompañamiento al duelo de los niños y niñas se encuentra mediada por condiciones del sistema de protección en el que se recoge la institución. El dolor experimentado por ellas no tiene un lugar en el cual expresarse, puesto que los procesos asociados a la restitución de los derechos, a los cuales debe responder la institución, no permiten que se configure un escenario para mostrar el dolor y por el contrario suma impotencia. La profesional así lo expresó, “A veces uno se siente maniatado. El sistema tiene muchos límites, y eso también nos duele a nosotros como profesionales” (Profesional D, comunicación personal, 4 de octubre de 2024).

Como se puede ver, los y las profesionales no se posicionan como técnicos externos, sino como sujetos con una presencia afectiva, conmovida y comprometida con el bienestar emocional de los niños y niñas. Este asunto es analizado por Mosquera-Rosero-Labbé (2005), refiriéndose a la necesidad de integrar razón y emoción en la práctica profesional.

La implicación afectiva de las profesionales corresponde con una dimensión ética, que Bermúdez-Peña (2011) denomina una intervención situada, donde el(la) profesional no actúa desde la neutralidad, sino desde una implicación subjetiva y relacional que transforma tanto a quien interviene como a quien es acompañado. Así, la intervención en duelo en la Fundación Chiquitines, según lo expresado por las profesionales, no puede entenderse por fuera de la implicación emocional de quienes la llevan a cabo, ni sin el reconocimiento de que el sufrimiento del otro interpela al propio ser.

Para cerrar lo referido a los fundamentos ontológicos, se debe destacar la mirada crítica de las profesionales, quienes hacen evidente las limitaciones estructurales del sistema de protección infantil. Como lo mencionan las entrevistadas, los retrasos institucionales y la rigidez de los procedimientos burocráticos vulneran muchas veces el principio ético que componen el bienestar integral, ya que la reparación o el trámite del duelo se ve alterado por la lentitud en los procedimientos administrativos, porque “Hay niños que esperan años una respuesta, y eso no es justo. Nosotros hacemos lo posible, pero hay cosas que se salen de nuestras manos” (Profesional C, comunicación personal, 15 de octubre de 2024). Reconocer la intervención no solo como una técnica, sino como una acción ético-política, situada en un entramado de relaciones de poder, tensiones institucionales y decisiones afectivas, responde a una postura crítica que se alinea con el pensamiento complejo de Morin (1990).

En síntesis, la fundamentación ontológica de la intervención en duelo con niños y niñas en la Fundación Chiquitines se sostiene en el reconocimiento del niño como sujeto de derechos, portador de historias y emociones legítimas, y del profesional como un ser implicado ética y emocionalmente. Esta mirada compleja, relacional y crítica se convierte en el punto de partida para comprender la intervención no solo como acompañamiento técnico, sino como un acto profundamente humano, donde el duelo se transita en el vínculo, la palabra, el juego y la presencia afectiva del otro.

5.1.2 Fundamentación epistemológica: un conocimiento situado, construido y movilizador

De acuerdo con lo manifestado por las profesionales entrevistadas, se puede colegir que la intervención en duelo infantil en la Fundación Chiquitines se sostiene en un entramado epistémico diverso, situado y complejo, en el cual convergen saberes disciplinares, experienciales, emocionales e institucionales. En correspondencia con los planteamientos de Morin (1990), el conocimiento no puede reducirse a formas fragmentadas o unidimensionales, sino que debe asumir la complejidad, la contradicción y la incertidumbre como parte constitutiva de los fenómenos humanos. De este modo, el

abordaje del duelo infantil en la institución no parte de verdades absolutas ni de recetas técnicas, sino que se construye desde la experiencia situada de cada niño y niña, en diálogo con sus trayectorias de vida, los vínculos previos, las emociones emergentes y los contextos relacionales en los que se inscribe su pérdida.

Los fundamentos epistemológicos que orientan la intervención en la Fundación Chiquitines, de acuerdo con lo expresado por las profesionales, se caracterizan por una apuesta por el conocimiento situado, en el que la historia de vida del niño es el punto de partida para comprender su dolor, sus respuestas emocionales y sus formas de afrontar la pérdida, es decir, se reconoce la singularidad, la particularidad de los sujetos de intervención, desafiando así la supremacía del saber científico tradicional y valorando los saberes locales, relacionales y afectivos que emergen de la interacción entre los profesionales y las niñas y niños que ingresan a la institución. Esto puede asumirse como el pluralismo epistemológico al que alude Mosquera-Rosero-Labbé (2005). La intervención, por tanto, según las y los profesionales, no se sostiene exclusivamente en marcos teóricos clásicos sobre el duelo, sino que "Es un trabajo que se aprende en libros. Es algo que se aprende estando con los niños, escuchándolos, acompañándolos" (Profesional G, comunicación personal, 28 de marzo de 2025). Es así como la escucha activa, el reconocimiento del otro como sujeto cognoscente y la validación de las emociones se constituyen en formas legítimas de conocimiento.

Las entrevistas y el grupo focal realizados en el marco de esta investigación revelaron que las y los profesionales construyen su saber desde la experiencia directa con los niños, desde la práctica cotidiana atravesada por la emoción, la intuición y la reflexión. En palabras de Mosquera-Rosero-Labbé (2005), se trata de producir conocimiento desde la razón y la sensibilidad, integrando tanto lo cognitivo como lo afectivo; es un proceso de *sentipensar*. Así, el acompañamiento al duelo infantil implica técnicas, pero también la lectura de la emocionalidad del niño, interpretar sus silencios, acompañar esas narrativas que se han fragmentado con las pérdidas y construir sentido desde la relación. La epistemología, en este caso, es relacional, empática y situada.

En las entrevistas, los profesionales reconocen que el saber institucional muchas veces entra en conflicto con el saber de la práctica. Mientras las normas y lineamientos del ICBF y de la Fundación ofrecen marcos generales de actuación, son las vivencias particulares de cada niño(a), su historia emocional, sus modos de expresión del dolor, las que se deben acoger para la intervención, lo cual exige adaptabilidad, apertura y reflexión crítica, porque “Cada niño es diferente. Uno tiene que estar dispuesto a cambiar la manera en que interviene según lo que ese niño necesita” (Profesional F, comunicación personal, 28 de marzo de 2025). Epistemológicamente, este entendimiento de la intervención en duelo con los niños y las niñas que afrontan pérdidas por la separación de sus entornos, al ingresar a la institución, se alinea con una comprensión de la intervención social como un campo de conocimiento atravesado por fuerzas en tensión, donde el saber no solo se construye desde lo técnico, sino también desde lo simbólico, lo ético y lo político (Bermúdez-Peña, 2011).

Este saber reflexivo, íntimamente ligado a la experiencia, también es destacado por Corvalán (1996) y Carballada (2002), quienes sitúan la intervención social como una respuesta a las tensiones estructurales que el sistema socioeconómico no ha logrado resolver. En el caso del duelo infantil, estas tensiones se expresan en la desprotección, la desigualdad, la exclusión y la ruptura de vínculos familiares. Así, la epistemología que guía la intervención no es neutral: está atravesada por una ética del conocimiento, una intención transformadora que busca no solo acompañar el sufrimiento, sino también cuestionar las estructuras que lo generan. La intervención, entonces, se convierte en un acto ético-epistémico, donde comprender al niño(a) en duelo implica reconocer que “el sufrimiento de los niños no es solo algo individual, está conectado con lo que pasa en sus familias, en sus barrios, en la sociedad” (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre de 2024). En el duelo convergen lógicas sociales, políticas y afectivas asociadas al dolor que afrontan estos niños y niñas.

Las entrevistas permitieron comprender que el conocimiento se construye a partir de múltiples fuentes: los lineamientos institucionales, las teorías del apego, los saberes técnicos del trabajo social y la psicología, pero también y con gran fuerza, se encuentra

la experiencia encarnada del profesional, que reconoce, además de sus propios movimientos emocionales, que “Las decisiones no se toman en solitario. Siempre hablamos entre el equipo para mirar lo mejor para cada niño” (Profesional B, comunicación personal, 9 de octubre de 2024). Este saber situado, se enriquece con el diálogo interdisciplinario, las reuniones de equipo y las estrategias de evaluación conjunta. Se trata, como señala Lorente-Molina (2010), de un conocimiento moldeado por las culturas profesionales, que no solo definen lo que se hace, sino también cómo se interpreta el sufrimiento infantil y cómo se decide intervenir frente a él.

Este carácter dialógico y reflexivo del saber se expresa en la escucha activa y acompañamiento emocional. Allí se muestra cómo los y las profesionales otorgan valor al relato del niño, a su manera de narrar el pasado y de construir sentido sobre su presente. Esto se evidencia en una de las entrevistas, que menciona que, con el fin de comprender al niño y su historia dentro de la fundación, se maneja un enfoque de revisión y trabajo por etapas. Con lo cual se entiende que hay tránsitos vitales diferentes, según la edad, la historia del niño y sus anhelos del futuro para que así se trabaja desde una visión integral de su historia, sus capacidades y potencialidades. El duelo es un proceso de reconstrucción de significados, Neimeyer (2002); por tanto, no se trata de imponer una interpretación sobre la pérdida, sino de facilitar que el niño o la niña, desde su subjetividad, otorgue sentido a lo vivido, lo integre en su historia y lo resignifique.

Del mismo modo, se reconoce que la experiencia profesional, como fuente de conocimiento, permite a los y las profesionales anticipar reacciones, interpretar comportamientos y adaptar sus estrategias de intervención. Esta experiencia no la entienden como acumulación de datos, sino, como plantea Garabito-Ballesteros (2013), un entramado de conocimientos, emociones y aprendizajes contruidos en la práctica, donde cada situación vivida se transforma en una oportunidad para profundizar en la comprensión del otro y de uno mismo.

Como se puede ver la epistemología que subyace a los procesos de intervención en Chiquitines, no es cerrada ni definitiva, el conocimiento sobre las situaciones de los niños y niñas que afrontan pérdidas y duelos es construido y reconstruido en el hacer cotidiano, en el diálogo entre teoría y práctica, en la constante revisión de los propios supuestos. Este volver de manera permanente sobre la experiencia, también implica la gestión del impacto emocional de los procesos., porque como lo refiere una de las profesionales, “Hay días en los que uno termina agotado emocionalmente. Pero seguimos, porque sabemos lo importante que es estar ahí para ellos” (Profesional I, comunicación personal, 28 de marzo de 2025). Casillas-Cárdenas (2018) alude a que este agotamiento emocional en el acompañamiento a niños y niñas en situación de duelo puede generar afectaciones secundarias en los profesionales.

De este modo, la epistemología que fundamenta la intervención, según las profesionales, reconoce que el conocimiento no se produce en un vacío emocional, sino que está atravesado por el sufrimiento del otro y por la propia vivencia al acompañarlo. De ahí la importancia de la supervisión, el autocuidado y los espacios de reflexión colectiva, no sólo como prácticas de bienestar, sino como condiciones necesarias para una intervención ética y sostenible.

Finalmente, esta epistemología situada se inscribe en el paradigma de la complejidad propuesto por Morin (1990; 2005), donde el conocimiento no es lineal, ni simple, ni definitivo, sino entrelazado, incierto y multidimensional. En la intervención en duelo infantil, esto implica asumir que no hay una sola forma válida de comprender la pérdida, que cada historia demanda un enfoque distinto, y que el saber se construye en la interacción entre el niño, el profesional, la institución y el contexto social. Este enfoque complejizante permite a las y los profesionales una articulación teoría, práctica y experiencia, reconociendo que toda intervención es también una forma de conocer, una forma de leer el mundo y de posicionarse éticamente en él.

5.1.3 Fundamentación teórica: diversidad de teorías para comprender la particularidad

De acuerdo con lo comprendido de lo expresado por las y los profesionales, la intervención en duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines se sostiene sobre un entramado teórico plural y dinámico, en el cual confluyen distintas escuelas del pensamiento psicológico, social y educativo, articuladas de manera situada a la experiencia concreta de los niños y niñas institucionalizados. Este tejido teórico no se reduce a la aplicación mecánica de modelos clásicos, sino que se reconfiguran constantemente desde la práctica, en función de las necesidades emocionales de los niños, las trayectorias profesionales del equipo, y las realidades institucionales y sociales que atraviesan la vida de estos sujetos.

Desde la voz de las y los profesionales, se evidencia que el enfoque más reconocido y aplicado, tanto de manera explícita como implícita, es el modelo del apego, especialmente a partir de los aportes de Bowlby (1980), quien postula que los vínculos afectivos tempranos constituyen la base de la seguridad emocional y del desarrollo psíquico del niño, convirtiéndose en una referencia esencial para comprender la magnitud del impacto que tiene la separación de las figuras significativas en los niños y niñas que ingresan a la Fundación. Tal como lo señala, la ruptura de los vínculos primarios puede generar una profunda sensación de abandono, miedo y desorganización emocional, lo que explica muchas de las conductas de los niños y niñas, observadas por los profesionales en los procesos iniciales de acogida.

Esta mirada se complementa con los aportes de Worden (2013), quien se ha ido mencionando a lo largo del documento; él plantea que el duelo no es un evento estático, sino un proceso activo que involucra una serie de tareas que deben ser atravesadas por el doliente: aceptar la realidad de la pérdida, trabajar las emociones asociadas, adaptarse a un ambiente sin el ser perdido, y recolocar emocionalmente a la figura ausente para seguir viviendo. Si bien este modelo fue originalmente formulado para adultos, los profesionales de Chiquitines lo han resignificado y adaptado a los niños(a), reconociendo

que el lenguaje simbólico, el juego y las narrativas metafóricas son herramientas centrales para que los niños puedan realizar estas tareas de manera segura y contenida.

En esta misma línea, la perspectiva construccionista y narrativa del duelo desarrollada por Neimeyer (2002), también se logra evidenciar en la práctica institucional que manifiestan los y las profesionales. De igual manera, sostiene que el duelo implica la reconstrucción del significado personal a partir de la pérdida, especialmente cuando se trata de duelos que desorganizan la narrativa vital del sujeto. Esta teoría adquiere especial relevancia en el contexto de Chiquitines, donde los niños y niñas no solo han perdido a sus familias, sino también su lugar de origen, sus rutinas, su sentido de pertenencia y, en algunos casos, su historia. Porque como lo refiere una de las profesionales, “Muchos niños no saben ni por qué están aquí. Hay que ayudarles a reconstruir su historia, a entender que lo que vivieron no los define” (Profesional H, comunicación personal, 28 de marzo de 2025).

La elaboración del duelo se convierte, entonces, en una tarea de reconstrucción del yo y del mundo, proceso que es acompañado desde el trabajo profesional mediante el uso de historias, metáforas, dibujos y conversaciones que permiten tejer nuevamente un relato vital coherente.

Asimismo, desde el quehacer, los y las profesionales reconocen que el duelo no puede ser entendido sólo desde una lógica intrapsíquica, sino que está atravesado por múltiples dimensiones: sociales, culturales, familiares e institucionales. Ospina-Velasco (2014) resalta que el duelo infantil no es un proceso uniforme, por lo que se debe mirar de manera integral que contemple tanto los factores individuales como los contextos sociales que influyen en la forma en que los niños procesan la pérdida. Esta mirada está plenamente alineada con las prácticas de la Fundación, enunciadas por las y los profesionales quienes reconocen las diferencias en los procesos de duelo según la historia de vida, el tipo de pérdida, la edad y los recursos afectivos de cada niño.

Como un referente importante, emergen otras teorías como la del trauma y del desarrollo emocional, especialmente en la adopción de enfoques como el TBRI³, que promueve la creación de vínculos seguros, la empatía y la comprensión profunda de los efectos de la adversidad temprana en el comportamiento infantil. Es claro el lugar preponderante que se le da al vínculo en este momento vital del niño(a), para permitir la confianza necesaria para tramitar las pérdidas; por esto “Lo primero es que el niño confíe, si no hay confianza es difícil trabajar cualquier cosa con él” (Profesional B, comunicación personal, 9 de octubre de 2024).

En las manifestaciones de las y los profesionales se encuentran presente aquellas prácticas institucionales que priorizan la contención emocional, la creación de rutinas seguras, el respeto por los tiempos del niño, para lo cual es primordial el fortalecimiento del vínculo afectivo con los cuidadores y profesionales. Una de las profesionales lo refirió así: “Desde el primer momento hay que construir un vínculo, si el niño no siente que está seguro contigo, no va a abrirse, no va a expresar lo que siente” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024)

La teoría de la complejidad, desarrollada por Morin (1990; 2005), también se constituye como un soporte teórico transversal para comprender la intervención en duelo desde una mirada amplia, no reduccionista. Esta perspectiva permite leer el duelo infantil como un fenómeno multidimensional, en el que se entrecruzan factores emocionales, institucionales, éticos y relacionales. La intervención, entonces, se convierte en un proceso de co-construcción donde no existe una sola vía de actuación, sino múltiples caminos que se deben explorar en función de cada caso particular. La complejidad implica aceptar la incertidumbre, adaptar las estrategias, cuestionar los saberes establecidos y, sobre todo, reconocer que cada niño y cada duelo es único.

Por otro lado, la noción de sentipensamiento propuesta por Mosquera-Rosero-Labbé (2005) introduce una clave teórica esencial para entender la intervención como un

³ Trust-Based Relational Intervention (Intervención Relacional Basada en la Confianza), según el ICBF (2021a) se enfoca en la observación del niño, la niña o adolescente de manera integral, y busca producir una conexión por medio de la confianza para suplir las necesidades del niño, niña o adolescente.

proceso que integra razón y emoción. Esta noción permite dar lugar a una comprensión del duelo que no disocia lo técnico de lo humano, sino que legitima las emociones como fuente de conocimiento y como parte central del acompañamiento. En la Fundación, esta mirada se evidencia en la voz de las(os) profesionales, en el modo en que estos y estas, no trabajan solo desde el saber disciplinar, sino desde ese lugar preponderante que le concede y reconoce de su sensibilidad, intuición y presencia afectiva. El duelo se acompaña desde la palabra, el gesto, la mirada, el silencio compartido y el juego simbólico.

En consonancia con Mosquera-Rosero-Labbé (2005) y Lorente-Molina (2010) la intervención social es un campo de saberes atravesado por culturas profesionales que definen no solo lo que se hace, sino cómo se hace y desde qué ética se interviene. Estas autoras plantean que la intervención no puede reducirse a la aplicación de protocolos, sino que debe contemplar la construcción de vínculos, la gestión de la incertidumbre y la responsabilidad ética frente al sufrimiento del otro. En el trabajo con niños y niñas en duelo, esto implica estar disponibles emocionalmente, crear espacios de confianza, y acompañar desde el respeto, sin forzar procesos ni imponer narrativas.

Freud (1917) en su obra *Duelo y melancolía*, plantea que el duelo es una reacción ante la pérdida, que permite reorganizar el mundo interno del sujeto, teoría que se evidencia en las expresiones de las y los profesionales de la Fundación, cuando explican el dolor de los niños y niñas ante las pérdidas que conlleva el ingreso a la institución; por esto, para ellas no se evita, reprimir o acelerar, sino acompañar con respeto y cuidado. Freud también destaca que la intensidad del duelo está en función del valor que el objeto perdido tenía para el sujeto, una idea que se entrelaza con lo que refieren las(os) profesionales al hablar de las vivencias de los niños institucionalizados, quienes, a pesar de haber vivido situaciones de maltrato o negligencia, desarrollaron vínculos profundos que al romperse generan una herida emocional significativa. Considerar las implicaciones emocionales en la intervención y en este sentido plantearla desde un ejercicio de co-construcción, implica una postura ética.

Las entrevistas con las y los profesionales evidencian que el equipo profesional considera necesario involucrar a la familia, cuando es posible, o preparar el vínculo con la nueva familia adoptiva como parte del proceso de elaboración del duelo. Esta perspectiva se puede articular con los aportes de Bronfenbrenner (1987) y con los enfoques del trabajo social sistémico, los cuales conciben al sujeto como un nodo dentro de una red relacional que necesita ser fortalecida. Desde estos enfoques teóricos, el niño(a) no es comprendido de manera aislada, sino como parte de una red de vínculos que influyen en su desarrollo emocional.

En síntesis, la intervención en duelo en la Fundación Chiquitines, desde la voz de las y los profesionales se nutre de un corpus teórico diverso, integrador y adaptativo, donde confluyen teoría del apego, del duelo, el construccionismo narrativo, el pensamiento complejo, el sentipensamiento, y las teorías éticas del cuidado. Este entramado no opera como un recetario cerrado, sino como un marco flexible y reflexivo, que permite a los y las profesionales acompañar procesos de pérdida desde el respeto, la sensibilidad y la co-construcción de sentido. Así, las teorías ni se enuncian, ni se aplican de manera mecánica, se coligen en las voces de las personas entrevistadas y son constantemente reinterpretadas y reconfiguradas en el encuentro con la singularidad de cada niño y de cada historia.

5.1.4 Fundamentación metodológica: la intervención con escucha y presencia

La intervención en duelo infantil llevada a cabo por las y los profesionales de la Fundación Chiquitines se configura como un proceso metodológico complejo, flexible y situado, que parte del reconocimiento de la singularidad de cada niño(a) y se adapta a sus particularidades, su historia emocional y su contexto de vida. Lejos de responder a modelos rígidos o protocolos estandarizados, la metodología que orienta el acompañamiento se construye desde la experiencia, el diálogo interdisciplinario, la observación constante y el compromiso ético con el bienestar emocional de los niños y niñas institucionalizados.

Cabe destacar que, en la Fundación, el equipo profesional se refiere a su labor cotidiana con los niños y niñas como acompañamiento, una noción que, para ellos, implica estar presentes de forma constante, brindar apoyo emocional y velar por su bienestar general. Esta forma de nombrar lo que hacen no es casual, responde a una postura clara frente a los límites de su rol institucional, así lo explicó una de las entrevistadas,

Es bien indicado, desde el ICBF al ser un modelo de carácter de protección, para nosotros poder tener un alcance de intervención, más específicamente hablando, debemos también configurarnos como una IPS, tener unos servicios con más características desde la parte clínica y pues no lo somos y tampoco lo queremos hacer porque ahí nos desviamos también de ese propósito misional que tenemos. (Profesional C, comunicación personal, 15 de octubre de 2024)

Desde la perspectiva institucional, el acompañamiento brindado a los niños y niñas parece estar fundamentado en una noción de intervención centrada principalmente en el bienestar físico y biológico, en consonancia con los lineamientos del ICBF. Esta concepción tiende a privilegiar dimensiones observables y medibles, como la salud, la nutrición o el desarrollo corporal, relegando a un segundo plano las experiencias emocionales y subjetivas de la infancia. Sin embargo, desde el enfoque del Trabajo Social y, en particular, desde la mirada de la intervención psicológica y social que orienta esta investigación, es posible interpretar que muchas de las acciones realizadas por las y los profesionales como hablar con los niños(as) sobre su situación legal, acompañarlos en procesos de ingreso o egreso constituyen intervenciones en sentido pleno, en tanto impactan de manera directa en sus procesos afectivos, simbólicos y relacionales. Aunque estas prácticas no siempre se nombran como “intervenciones” dentro del discurso institucional, su carácter transformador y su capacidad de incidir en la subjetividad infantil las posicionan como formas significativas de intervención psicológica y social.

Tal como se recoge de la voz de las y los entrevistados, la Fundación implementa un conjunto de estrategias metodológicas que permiten acompañar el duelo infantil desde el ingreso hasta el egreso, integrando herramientas clínicas, pedagógicas, psicosociales

y relacionales. Estas estrategias no operan de manera aislada, una de las profesionales menciona, “Aquí no hay una fórmula. Hay que leer al niño, entender qué necesita, cómo se siente, y a partir de ahí decidir cómo acompañarlo” (Profesional G, comunicación personal, 28 de marzo de 2025). Se evidencia que se trata de una intervención situada, porque nada de lo que se hace es automático. “Cada paso está en función de un proceso de atención de calidad para las niñas y para los niños”. (Profesional D, comunicación personal, 4 de octubre de 2024). Como lo plantea Salazar-Villava (2007), el contexto, las relaciones, las emociones y las narrativas del sujeto, son elementos centrales del diseño metodológico.

Desde el ingreso del niño o niña a la institución, expresan las(os) profesionales que se activan una serie de procedimientos metodológicos orientados a generar un entorno seguro, contenedor y afectivo. Este primer contacto, que es significativo desde el punto de vista emocional, es atendido con especial cuidado por el equipo profesional, que realiza valoraciones preliminares desde las áreas de Psicología, Trabajo Social, Salud y Pedagogía. Estas valoraciones no solo buscan identificar factores de riesgo, sino también reconocer fortalezas, expresiones emocionales y modos singulares de relación del niño, con el fin de construir un plan de intervención individualizado que responda a su realidad particular.

Uno de los pilares metodológicos más destacados es la segmentación del acompañamiento por etapas del desarrollo, lo que permite adaptar las estrategias según el momento de desarrollo del niño. Esta organización, basada en ciclos de vida, refleja una comprensión metodológica compleja, donde se reconoce que la forma en que un bebé de un año vive el duelo es distinta a la de un niño de siete años. En relación con esto, el enfoque metodológico plantea la necesidad de una mirada que asuma la complejidad, la diversidad y la singularidad como principios fundamentales de intervención. La figura de la profesional en el rol de formadora ocupa un lugar clave dentro de este proceso, ya que articula la dimensión pedagógica con la emocional; no sólo introduce al niño en las rutinas institucionales, también establece una primera relación de confianza, contención y reconocimiento. Así lo expresó una de las profesionales: “Las

formadoras son clave en el proceso de adaptación de los niños, ya que su acompañamiento constante ayuda a disminuir los miedos y facilita la integración a las actividades diarias de la fundación” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

La presencia, sensibilidad frente a los silencios y su lectura de las expresiones emocionales cotidianas por parte de las formadoras permiten que el niño(a) transite con mayor seguridad el proceso de adaptación inicial. Los(as) profesionales reiteran que “Uno puede tener muchas herramientas, pero si no hay vínculo, si no hay confianza, nada de eso sirve. La metodología empieza por el lazo” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024). Esta forma de asumir las estrategias metodológicas corresponde con lo que señala Mosquera-Rosero-Labbé (2005), con el sentipensamiento metodológico, en el que la razón y la emoción se integran para construir prácticas de acompañamiento más, sensibles y eficaces.

Otra estrategia metodológica destacada es la implementación del programa de las “abuelas institucionales” o Grannys, figuras adultas que asumen un rol afectivo con uno o dos niños. Para la Fundación Chiquitines, de acuerdo con lo expresado por las y los profesionales, tienen como propósito generar vínculos sanos y seguros, que les permitan a los niños y niñas sentirse acogidos(as), escuchados(as) y emocionalmente sostenidos durante su permanencia en la institución. Esta propuesta de intervención encarna los principios del modelo de apego propuesto por Bowlby (1980), al ofrecer una figura estable y confiable que acompaña la reorganización emocional tras la pérdida de los vínculos primarios.

A través del juego, la conversación cotidiana y su presencia constante, las Grannys se convierten en una figura significativa, especialmente en un contexto donde las transiciones, la rutina institucional y las separaciones hacen parte de la cotidianidad. Son ellas quienes están desde el inicio del día, ayudando a los niños(as) a bañarse, vestirse, desayunar, y acompañándolos en momentos que no solo se resuelve el cuidado físico,

sino que se cargan de sentido afectivo, lo cual es poderoso en el trámite del duelo para estos niños(as).

Además de lo que ofrecen a los niños y niñas, la presencia de las abuelas también impacta el trabajo del equipo, ya que ellas alivian parte de la carga que recae sobre las formadoras, ya que permite distribuir el acompañamiento cotidiano del grupo de niños sin que se pierda la calidad afectiva; no reemplazan a nadie, pero aportan una atención centrada y emocional. Aunque no se trate de una técnica terapéutica formal, esta estrategia responde a una lógica metodológica basada en el lazo, en la que el afecto, la disponibilidad y el reconocimiento de las emociones son formas legítimas de cuidado y acompañamiento.

Asimismo, la Fundación utiliza herramientas como el juego, el dibujo, la narración de historias y el lenguaje metafórico, que permiten al niño expresar emociones, resignificar experiencias y comenzar un proceso de reconstrucción de sentido en torno a su historia. Estas técnicas, aunque no formalizadas como parte de un protocolo del duelo, son fundamentales en el abordaje emocional y se alinean con los planteamientos de Neimeyer (2002), quienes señalan la importancia de crear espacios de expresión simbólica y narrativa en el trabajo con los dolientes. La presencia de estas herramientas en el día a día metodológico demuestra una comprensión del duelo infantil como un proceso que debe ser transitado desde lo lúdico, lo afectivo y lo comunicativo.

La autorregulación emocional, por su parte, también se presenta como una estrategia clave. A través de actividades que promueven la calma, la conciencia corporal, el reconocimiento de las emociones y la posibilidad de poner en palabras lo que se siente, se construyen condiciones para que el niño(a) desarrollen herramientas para gestionar el dolor y la incertidumbre. Esta línea de trabajo responde a los postulados del enfoque TBRI, que promueve metodologías centradas en la seguridad emocional, la empatía y el fortalecimiento de vínculos seguros. En este marco, cuando un niño o niña se desborda emocionalmente, la respuesta no se centra en el castigo, sino en acercarse, hablar desde la empatía, explicar lo que pasa y “quedarse allí”. En ese sentido, el enfoque TBRI no es

un conjunto de técnicas, sino una manera de relacionarse que le apuesta al cuidado como forma de contención real.

En cuanto al egreso, la metodología contempla un proceso de cierre gradual, afectivo y ritualizado, que busca acompañar la transición del niño(a) hacia una nueva etapa vital, ya sea en una familia adoptiva, en su hogar de origen o en otra institución. Las despedidas no son un trámite, por ejemplo, se escriben cartas, se reconoce y felicita por parte del personal, a veces es una celebración, otras un gesto sencillo pero cargado de sentido. Aquí, la metodología se traduce en la realización de actividades de despedida simbólica que permiten al niño integrar emocionalmente su experiencia en la Fundación y prepararse para el cambio. Esta práctica se articula con lo planteado por Ospina-Velasco (2014), quien señala que toda separación genera pérdida, incluso cuando se da hacia un entorno positivo. El duelo, entonces, es reconocido como una dimensión presente también en las transiciones que son vistas socialmente como favorables, estas acciones, aunque pequeñas, sostienen que irse también necesita ser procesado, que no se parte sin más.

En este proceso de egreso, también se trabaja metodológicamente con las nuevas figuras vinculares. A través de encuentros progresivos, acompañamiento en las visitas, y construcción conjunta de narrativas de vida, se busca generar un vínculo confiable entre el niño y sus futuros cuidadores. Esta mediación profesional, que exige sensibilidad, escucha activa y ética del cuidado, se vincula con lo propuesto por Lorente-Molina (2010), quien plantea que pensar en una intervención metodológica como algo ajeno a las emociones es una visión limitada; por el contrario, esta debe implicar afectos, abordar dilemas éticos y favorecer la construcción de vínculos significativos.

Un componente transversal en la metodología institucional es el trabajo interdisciplinario, que se expresa en la articulación permanente entre áreas como Trabajo Social, Psicología, Salud, pedagogía y coordinación administrativa. Esta articulación permite abordar cada situación desde distintos saberes, lo que enriquece la comprensión de los casos y favorece intervenciones más ajustadas a la realidad de cada niño o niña.

Por otro lado, la Fundación ha desarrollado un programa propio de seguimiento post-egreso, que da continuidad al proceso de acompañamiento y permite monitorear la adaptación del niño en el nuevo contexto. Esta estrategia, aunque no financiada por el ICBF, refleja una comprensión del duelo y el trámite que deben hacer niños y niñas, como un proceso que no se cierra con el egreso institucional, sino que continúa en el tiempo y requiere acompañamiento sostenido.

Desde lo dicho, se puede entender que la fundamentación metodológica de la intervención en duelo infantil, de acuerdo con lo expresado por las profesionales sostiene en una lógica de adaptabilidad, reflexividad, trabajo relacional y ética del cuidado. Las estrategias utilizadas, aunque no siempre formalizadas en protocolos escritos, responden a una práctica metodológica sensible, situada y compleja, que integra herramientas simbólicas, vínculos afectivos, trabajo interdisciplinario y acompañamiento continuo. Esta metodología no solo busca contener el dolor, sino facilitar procesos de resignificación, construcción de sentido y fortalecimiento emocional, respetando siempre el ritmo, la historia y la subjetividad de cada niño y niña que transita por esta experiencia.

En síntesis, el análisis de los fundamentos que orientan la intervención en duelo en la Fundación Chiquitines evidencia una práctica profesional situada, sensible y comprometida, que se aleja de miradas reduccionistas o exclusivamente técnicas. Desde una concepción ontológica que reconoce a los niños y niñas como sujetos activos, portadores de historias y emociones legítimas, hasta una epistemología que valora el conocimiento situado, relacional y afectivo, el acompañamiento en duelo se presenta como una acción ética que trasciende la aplicación de protocolos. El entramado teórico, plural y dinámico, se articula con una metodología flexible que prioriza el vínculo, la escucha, el respeto por los tiempos subjetivos y la construcción conjunta de sentido. Todo esto se inscribe en una comprensión compleja de la intervención, donde se reconoce que el dolor no es solo una experiencia individual, sino también una expresión de tensiones estructurales que atraviesan la infancia institucionalizada.

Esta mirada compleja y situada permite comprender que intervenir en el duelo infantil no se trata únicamente de responder a una pérdida, sino de habilitar un espacio donde las emociones, los vínculos y los relatos puedan emerger, tomar forma y encontrar un lugar. Las y los profesionales no se ubican como aplicadores de conocimientos rígidos, sino como acompañantes implicados, afectados e interpelados por las historias de vida de los niños, lo cual otorga a la intervención una dimensión ética. A través de esta lectura, se visibiliza la importancia de considerar la subjetividad de cada niño o niña, su contexto, sus tiempos y su modo único de significar el dolor. Así, la intervención no solo busca mitigar el sufrimiento, sino abrir posibilidades para que este pueda ser tramitado de manera respetuosa, simbólica y restauradora. Reconocer la intervención como un proceso de co-construcción sensible y contextualizado, permite avanzar hacia formas de cuidado más justas, profundas y transformadoras, que dignifican la infancia y enriquecen el quehacer profesional desde una apuesta crítica y sentipensante.

Mientras profundizó en la intervención en duelo infantil y en el impacto que tiene en los profesionales, no puedo evitar pensar en mi madre. Su fortaleza emocional ha sido un pilar en mi vida, una muestra constante de cómo, a pesar de las dificultades, es posible sostener, acompañar y reconstruir. La veo reflejada en cada niño que, aun después de haber vivido experiencias difíciles, sigue encontrando formas de expresar amor y esperanza. También la encuentro en los profesionales de la Fundación, quienes, como ella, enfrentan realidades complejas, pero siguen adelante con compromiso y entrega. Su capacidad para mantenerse firmes, para contener y guiar a los niños y niñas en sus procesos, me recuerda que la fortaleza no es solo sobre resistir, sino sobre transformar el dolor en nuevas oportunidades.

Andrea Fernanda Játiva Chalparizan

5.2 del primer encuentro a la despedida: momentos del proceso de intervención profesional en duelo con niñas y niños de la fundación chiquitines

La intervención en duelo realizada por las y los profesionales de la Fundación Chiquitines es un proceso que responde a los lineamientos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) y a los marcos filosóficos y metodológicos de la institución, que abarca una serie de momentos de la atención institucional, desde el ingreso hasta el

egreso de los niños y niñas, incluso el seguimiento post egreso. Se trata de un proceso que se desarrolla en escenarios atravesados por experiencias de pérdidas, ruptura vincular y vulneración de derechos, por lo que demanda una mirada sensible e interdisciplinaria, según lo expresaron los(as) profesionales, cuyas voces y relatos se abordaran a continuación.

Desde los fundamentos ontológicos expuestos en el primer apartado de esta investigación, este proceso de intervención que realizan los y las profesionales parte del reconocimiento del niño o niña como sujeto de derechos, con capacidad para resignificar sus experiencias aún en medio del dolor. En consonancia, se comprende que la intervención no ocurre con un sujeto pasivo y receptor, sino con un niño o niña atravesado por una trayectoria de pérdidas, en la que la separación de su medio familiar para ingresar a la institución es una más de las pérdidas que les han antecedido. De esta manera, Ospina-Velasco (2014), señala que cada pérdida que deja huella y la separación que se da al ingresar a la institución, sumara otra señal. Con base en el paradigma de la complejidad, el ingreso de los niños y niñas a la Fundación Chiquitines se entiende como una red de interacciones vinculares, biográficas, sociales e institucionales que se entrecruzan. Cada niño o niña llega con una historia propia, muchas veces no verbalizada, que se manifiesta en sus emociones y formas de vincularse.

De acuerdo con lo manifestado por las y los profesionales participantes de esta investigación, se organizó el proceso de intervención en duelo con los niños y niñas que ingresan a la institución a partir de momentos. Estos momentos no fueron definidos explícitamente por las y los profesionales como categorías fijas, sino que emergieron del análisis realizado por el equipo investigador al reconocer las vivencias y descripciones aportadas. Así, los momentos delimitados son: el ingreso de los niños y niñas a la Fundación, caracterizado por los motivos de ingreso, su llegada y el día siguiente; la adaptación, que implica las valoraciones preliminares realizadas durante los primeros cinco días y el momento en el cual se empieza a construir vínculos con el equipo profesional y con el nuevo entorno; y finalmente el egreso, que puede materializarse en procesos de adopción, reintegro familiar o traslado a otra institución.

La organización en momentos permite estructurar analíticamente las conversaciones con los(as) profesionales y visibilizar cómo se transforma la intervención a lo largo del proceso que vive el niño(a). Igualmente, se espera evidenciar la diferencia del impacto que tiene cada momento en los niños(as) y profesionales.

5.2.1 El ingreso a la Fundación Chiquitines: primer momento del proceso de intervención en duelo

El ingreso de un niño o niña a la Fundación Chiquitines constituye un cambio relevante en su vida cotidiana y en sus vínculos afectivos. Los niños(as) se enfrentan a un ambiente nuevo, lejos de sus referentes afectivos y de las rutinas que le eran familiares, lo que suele generar sentimientos de incertidumbre, temor, desconcierto o ansiedad. Este escenario emocional complejo, marca el inicio del acompañamiento institucional, orientado a brindar contención y seguridad desde el primer contacto. Más allá del cambio físico de lugar, este ingreso supone una reorganización emocional derivada de la separación de sus referentes afectivos y de la pérdida de lo que hasta entonces constituía su mundo. Es un proceso, que requiere de adultos y adultas con sensibilidad y cuidado, capaces de reconocer el momento vital que atraviesa cada niño(a).

Así, el ingreso de un niño(a) a la Fundación, comprende una serie de acciones que, para efectos de esta investigación, se han agrupado y analizado como momentos específicos del proceso de intervención en duelo, dado que reúne una serie de actuaciones profesionales orientadas a atender el impacto emocional inmediato de una pérdida. Como ya se explicó antes, esta organización no parte de una clasificación previamente establecida por las y los profesionales entrevistados, sino que surgió como una decisión analítica del equipo investigador. No obstante, se tuvo en cuenta la manera en que las y los profesionales describieron la llegada de los niños y niñas, los desafíos emocionales que enfrentan y las acciones que desde la Fundación se ponen en marcha en respuesta a esas realidades.

Desde esta perspectiva, el criterio para abordar este proceso de intervención surge principalmente por el carácter emocional que marca los primeros contactos del niño o la niña con la Fundación, así como en la activación de respuestas profesionales que buscan proteger, sostener y brindar seguridad ante una situación que es vivida, muchas veces, como abrupta y desestabilizadora. Lo que conlleva a una experiencia distinta a cualquier otra, que exige una intervención centrada en la comprensión del dolor que genera la separación de sus figuras significativas.

Este momento abarca las primeras horas o días posteriores a la llegada del niño(a), en la que se expresan particularmente y con mayor intensidad sentimientos de confusión, miedo y silencios, en donde las acciones profesionales se centran en contener emocionalmente, establecer un vínculo primario de confianza, ofrecer señales claras de cuidado y facilitar el tránsito hacia una nueva realidad como lo será la convivencia en la institución.

Motivos de ingreso

En la Fundación Chiquitines, el ingreso de las y los niños a la institución se produce por solicitud de una Defensoría de Familia o Comisaría de Familia, quienes una vez establecida la situación de vulneración de derechos del niño(a), hace solicitud formal a la Fundación, quien a través de su equipo psicosocial evalúa el caso para confirmar el cumplimiento de criterios institucionales de atención.

Desde una perspectiva crítica del Trabajo Social, las situaciones que derivan en la separación de los niños y niñas de sus entornos familiares como la negligencia, la violencia intrafamiliar, el abandono o la falta de cuidado y desprotección, se contemplan como motivos de ingreso que deben ser entendidos como expresiones de dinámicas estructurales que comprendan tanto las situaciones específicas de cada niño(a) y su familia, como los factores sociales y políticos que los generan. Así, la institucionalización de los niños y niñas no es el resultado de una falla individual o familiar, es también una manifestación de la cuestión social, entendida como el reflejo de desigualdades que

atraviesan la vida cotidiana de muchas familias que ven limitadas sus posibilidades de garantizar el cuidado y protección de sus hijos(as).

Frente a este escenario, el quehacer profesional del Trabajo Social adquiere un papel central tanto en el abordaje de estas situaciones, como en su lectura e interpretación. La mirada del o la trabajadora social, al momento del ingreso, no se limita a constatar una vulneración de derechos, también realiza una lectura situada y crítica de las particularidades del niño o la niña que inciden directamente en la configuración del motivo de ingreso. Reconocer estas diversidades permite evitar generalizaciones y comprender que cada ingreso es también el resultado de una construcción social e institucional, donde las decisiones profesionales participan activamente en la forma en que se define y aborda la situación de vulneración. Este análisis profesional, sin embargo, puede entrar en tensión con las decisiones institucionales o administrativas, especialmente en el egreso, cuando no se consideran las valoraciones hechas por los equipos psicosociales. Esta mirada permite comprender que la intervención no puede centrarse únicamente en el síntoma visible (la vulneración del derecho), sino en las causas estructurales que lo producen y sostienen, lo cual interpela el rol del Estado, las políticas públicas y el mismo quehacer profesional del Trabajo Social.

Como lo señala Corvalán (1996), la intervención social no solo responde a situaciones insostenibles generadas por el sistema socioeconómico, además de ello, se configura como un acto ético que cuestiona estas desigualdades estructurales y busca la transformación social. En ese sentido, la intervención en contextos como el de la Fundación Chiquitines, aunque centrada principalmente en la protección y el cuidado de niñas y niños, también permite visibilizar los efectos de dichas desigualdades al atender situaciones de vulneración que implica reconocer que estas no ocurren de forma independiente, sino que son consecuencia de fallas estructurales más amplias, tanto en el sistema socioeconómico como en las políticas públicas. Desde esta perspectiva, la pérdida y el duelo que viven los niños y niñas institucionalizados debe entenderse como una vivencia individual, atravesada por factores familiares, sociales, afectivos y

estructurales que configuran la forma particular en que cada uno de ellos(as) enfrenta la ruptura de sus vínculos y la pérdida de sus referentes afectivos.

La llegada a la institución

El ingreso a la institución representa un cambio en la vida cotidiana y en el mundo emocional del niño(a), pues implica una ruptura con su entorno conocido y el inicio de una nueva experiencia completamente nueva. Para el niño(a), es un cambio que se manifiesta de manera abrupta: se pierde el contacto inmediato con sus referentes afectivos y se enfrenta a un espacio físico y humano desconocido, lo cual puede generar inseguridad y desorientación. Al mismo tiempo, para las y los profesionales de la Fundación, este momento también supone un reto, pues deben equilibrar la acogida con la valoración de las condiciones particulares de cada niño o niña y a la vez, comenzar la observación de sus reacciones, necesidades y formas de vincularse, todo ello sin invadir ni imponer.

Una vez el equipo psicosocial establece que el niño o niña puede recibir la atención en la Fundación Chiquitines, acorde a los criterios que abarcan la edad del niño (de 0 a 8 años y 11 meses) y la naturaleza del motivo de ingreso, se confirma a la defensora o comisaría(o) de familia que el niño(a) puede ingresar. Así, se activan una serie de pasos que inician al informar al equipo de la llegada de un nuevo miembro a la familia Chiquitines, como lo afirma una profesional, “el equipo psicosocial es el encargado junto con el área de salud, específicamente el área del lactario, de hacer el recibimiento de ese niño o esa niña [...] y se hacen unas valoraciones desde el área de salud” (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre de 2024). Esta secuencia de acciones evidencia que la llegada del niño(a) es planeada y cuidadosamente dispuesta por el equipo interdisciplinario.

Este procedimiento responde a los lineamientos establecidos en el Manual Operativo para la atención de NNA con proceso administrativo de restablecimiento de derechos del ICBF (2021b) que define el proceso de ingreso como una medida de

protección temporal basada en criterios administrativos y jurídicos. No obstante, lo que evidenciamos en la investigación es que el ingreso no se agota en una secuencia técnica; para las y los profesionales, este momento implica un reconocimiento del niño o niña como un sujeto con una historia previa, atravesada por vínculos rotos, pérdidas y tensiones afectivas. Así, el protocolo se convierte en un punto de partida para una intervención situada, donde el recibimiento es físico, médico, emocional y vincular. Esta lectura se sustenta en los fundamentos desarrollados en el apartado anterior que plantean que el niño o niña no es un receptor pasivo, sino un sujeto pleno, portador de vivencias y significados que deben ser acogidos desde la sensibilidad profesional y no solo desde la legalidad.

Esta etapa inicial del proceso implica la revisión de la documentación con la que llega el niño(a). Al mismo tiempo, se realizan valoraciones iniciales por parte de Psicología, Trabajo Social, Pedagogía y Salud. Estas valoraciones permiten identificar tanto los factores de riesgo como las fortalezas, y sirven de base para diseñar un plan de acción individualizado. A partir de esta información, se organiza su ubicación por grupos según sus ciclos de vida, lo que facilita una atención acorde con su etapa de desarrollo. Los grupos están distribuidos por edad: sala cuna hasta 1 año, pequeños 1 a 2 años, exploradores 2 a 3 años, aventureros 3 a 5 años, artistas 5 a 6 años y sembradores 6 a 8 años.

Según el manual operativo del ICBF, esta fase corresponde a la garantía de atención integral, bajo principios de enfoque diferencial y ciclo vital. Sin embargo, lo que se ha interpretado a partir de las voces de las profesionales es que esta estructuración va más allá de la segmentación etaria. La organización por ciclos de vida, aunque parte del lineamiento, refleja una apuesta metodológica que reconoce la singularidad del duelo en cada etapa del desarrollo. Así, las y los profesionales, configuran el ingreso como un momento de acogida simbólica, en el que se validan las emociones y los significados del niño(a), lo cual permite construir un vínculo protector desde el primer contacto.

Generalmente, el contacto inicial del niño(a) se da con una formadora o con un(a) integrante del equipo interdisciplinario, quien da la bienvenida al niño(a) y lo acompaña en este primer acercamiento al nuevo entorno. Las y los profesionales están atentos a las condiciones físicas y emocionales en las que el niño(a) llega, si viene dormido, llorando, inquieto, con alguna pertenencia o sin ella. Este momento es abordado con cuidado, procurando generar un ambiente de contención que mitigue la carga emocional que implica el ingreso.

Las formadoras se encargan de dar la bienvenida al niño(a), presentarlo a las y los compañeros del grupo en el que será ubicado, le realizan un recorrido por los espacios de la Fundación para el reconocimiento de los lugares, las rutinas y las personas que estarán presentes en su vida cotidiana mientras se encuentre en la institución. Este proceso de orientación inicial se convierte en un elemento clave para diferenciar su entorno anterior de lo que será su estancia en la Institución. Las acciones que se recogen en este momento de la llegada son fundamentales, porque se reconoce la ansiedad que puede surgir ante un entorno desconocido y en el que el niño(a) ha perdido referentes de las personas, su hogar, su grupo familiar, su barrio, amigos y vecinos.

Aunque el manual operativo de restablecimiento de derechos ICBF (2021b) establece lineamientos para una acogida respetuosa y sensible que permita la estabilización emocional y generación de vínculos de confianza, en las entrevistas se identificó que esta fase no se reduce solo a garantizar tranquilidad, implica un trabajo emocional por parte de las y los profesionales, especialmente de las formadoras, quienes asumen un rol que articula lo pedagógico y lo vincular. Ellas se convierten en figuras de referencia emocional, ofreciendo una presencia constante y contención afectiva. Esta dimensión relacional no está explicitada en los lineamientos institucionales, pero constituye el núcleo de lo que, desde los fundamentos metodológicos aquí desarrollados, denominamos una intervención situada y ética del cuidado, estas prácticas no representan una superación del marco normativo, sino un esfuerzo valioso para adaptarlas a las complejidades del niño(a).

En este momento de llegada, muchos niños y niñas lloran y verbalizan su deseo de regresar con su madre o cuidador principal, expresiones emocionales como el llanto, o el deseo manifiesto de regresar al hogar, revela el carácter abrupto de la separación y evidencia las particularidades de esta pérdida y duelo según la calidad de los vínculos previos, la forma en que se produjo la ruptura y el grado de comprensión que el niño o niña tiene de lo que está ocurriendo. A esto se suman dinámicas complejas que demandan una atención aún más cuidadosa, como cuando los niños y niñas ingresan junto a sus hermanos(as), lo cual implica evitar separaciones que agraven el impacto emocional. Como relata una profesional: “ellos van a querer estar juntos, y es entendible, porque sienten que se tienen el uno al otro; es lo único que conocen acá. Y si además llegan de noche, a un lugar oscuro y desconocido, eso les genera más temor”, (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Estas situaciones, aunque no previstas específicamente en los protocolos, muestran que el duelo que experimentan los niños(as), requiere una lectura de sus expresiones como formas legítimas de manifestar el dolor. Todo ello refleja con claridad que el ingreso no es solo el inicio de una atención institucional, sino una vivencia de pérdida, ruptura y desarraigo. En esta línea, la intervención psicológica y social como plantea Salazar-Villava (2007), supone una acción contextual y ética, en la que la contención emocional es un componente fundamental que se articula con procesos de transformación subjetiva y simbólica de las vivencias.

El día siguiente

Los(as) profesionales participantes de la investigación narran que, al día siguiente del ingreso, el mismo(a) profesional del equipo que recibió al niño(a) lo visita para preguntarle cómo pasó la noche, cómo se siente o si necesita algo. Esta acción denota, de una parte, el reconocimiento de la particularidad y singularidad de las niñas y niños y de otra una acción mediante la cual están ofreciendo continuidad de una presencia adulta, que funge como mediadora en la construcción del vínculo emocional y en la percepción de seguridad por parte del niño(a). Bowlby (2009) plantea que la previsibilidad y

constancia de la figura adulta favorecen la elaboración de experiencias de pérdida o separación, permitiendo que el niño comience a confiar en su entorno. En contextos institucionales como la Fundación Chiquitines que acogen a niños y niñas en situaciones en las que tienen experiencias de pérdidas, la presencia de la misma persona contribuye a que estos(a) tenga un marco de certidumbre que favorezca el proceso de adaptación. Este gesto de continuidad, aunque no aparece como requisito formal en los lineamientos, revela una comprensión del papel del vínculo en los procesos de duelo y adaptación institucional. La presencia adulta no solo estabiliza emocionalmente al niño o niña, también inaugura un espacio de confianza donde es posible construir sentido sobre lo que se está viviendo.

El ingreso puede entenderse como el momento en que el niño o niña experimenta el impacto inicial de un acontecimiento doloroso, como puede llegar a ser el retiro de su medio familiar, en ese sentido, y siguiendo el enfoque de Worden (2013), es importante generar condiciones que favorezcan una elaboración adaptativa del duelo desde sus primeras etapas. La Fundación, al estructurar una intervención sensible y organizada desde el primer momento, reconoce la importancia de brindar un espacio de contención emocional y resignificación para proteger al niño o niña del riesgo de un duelo que afecta su bienestar emocional. Si bien el lineamiento institucional bajo el manual operativo del ICBF, establece una serie de pasos y protocolos, en la práctica profesional, este momento no es para las profesionales de Chiquitines un acto administrativo, el ingreso es cuidadosamente planeado, involucra a un equipo dispuesto, una persona que lo recibe, valoraciones iniciales y un recorrido por el lugar; pero lo que atraviesa de forma esencial es el reconocimiento de que quien llega no es un caso, sino un niño o niña con una historia de pérdidas. Esta conciencia transforma la ejecución de un protocolo en un acto más humano.

5.2.2 Adaptación inicial y valoraciones diagnósticas: intervención basada en la observación, el acompañamiento y lo pedagógico

La adaptación del niño o niña en los primeros 5 días tras su ingreso a la Fundación, implica un proceso en que se prioriza el acompañamiento constante y se complementa con una observación cotidiana y atenta por parte del equipo psicosocial y las formadoras. Gracias a ello, los(as) profesionales pueden identificar signos de angustia, retraimiento o desorganización emocional, así como explorar la manera en que el niño(a) verbaliza su situación. Este momento de adaptación inicial, comprende valoraciones diagnósticas, evaluaciones y acciones cotidianas como la observación que buscan establecer un plan de acción para facilitar la integración del niño o niña al entorno y a los adultos responsables de su cuidado. En este proceso, las primeras valoraciones, el acompañamiento continuo de profesionales y el uso de un lenguaje comprensible para explicar el motivo del ingreso al niño(a), se enmarcan en una comprensión del duelo infantil como un proceso que debe ser contenido desde el primer contacto.

Cabe señalar que, si bien el acompañamiento y la observación no aparecen específicamente en el Manual Operativo del ICBF (2021b), los(as) profesionales de la Fundación, resignifican estos lineamientos y los encarnan en prácticas situadas superan el cumplimiento técnico. El acompañamiento, por ejemplo, se materializa en una presencia constante, la observación, por su parte, se despliega de forma transversal durante todo el proceso, pero cobra una importancia particular en los primeros días, ya que permite captar indicios sobre cómo el niño o niña está procesando la experiencia de separación y entrada a un nuevo entorno.

En este punto, el ejercicio pedagógico adquiere una dimensión ética y reparadora. La explicación que se ofrece al niño(a) sobre su ingreso, constituye un acto informativo que implica una mediación simbólica mediante la cual se le ayuda a comprender que su presencia en la institución no es consecuencia de una falta propia, sino el resultado de una situación que ha vulnerado sus derechos.

Por tanto, las acciones que se realizan en estos primeros días constituyen formas encarnadas de una intervención ética y situada, que reconoce la subjetividad infantil y la necesidad de acompañarla sin imponer tiempos ni lecturas adultocéntricas. Las formadoras, por ejemplo, en su ejercicio pedagógico brindan referentes que permiten certidumbres y ayudan al niño(a) a resignificar su experiencia de ingreso, al controvertir narrativas de culpa y facilitar una reconstrucción hacia una historia de autonomía y capacidad.

Acompañamiento: una presencia sensible que habilita la confianza

En los primeros días tras el ingreso, los niños y niñas pueden sentirse confundidos, tristes o asustados, por ello, el acompañamiento expresa una forma de estar comprometido(a) emocionalmente para el niño(a). Tal como lo relatan las profesionales, se materializa en una presencia constante a través de la labor de las formadoras, quienes acompañan situaciones que se expresa en gestos cotidianos como el seguimiento a las rutinas, la lectura atenta del comportamiento del niño(a), el cuidado de su sueño, su alimentación y la calidad de sus vínculos iniciales. Este acompañamiento no solo recae sobre las formadoras. En algunos casos, se activa la figura de la abuela institucional o *Grannys*, quienes acompañan de manera cercana a uno o dos niños. Esta figura representa un anclaje emocional clave en momentos de alta vulnerabilidad, como lo son los primeros días de institucionalización, y al mismo tiempo, tanto ellas como las formadoras se convierten en un puente esencial para el equipo psicosocial, ya que su contacto constante con los niños(as), permite recoger información para las valoraciones preliminares.

El acompañamiento descrito puede ser comprendido a la luz de lo planteado por Turner (1986, citado en Cruz-Santana, 2017), quien reconoce que la experiencia se constituye desde la voluntad, la cognición y la afectividad. El estar presente de manera sensible por parte de las formadoras y *Grannys*, permite al profesional construir una experiencia que trasciende lo instrumental. Esta presencia resignifica el cuidado como acción transformadora que, al estar atravesada por la voluntad de comprender, permite

leer lo no dicho, lo corporal y lo simbólico como parte del proceso de duelo infantil. Es en esa cotidianidad donde se hace posible una reconfiguración del vínculo, que da lugar a nuevas formas de habitabilidad emocional.

Observación: leer el duelo en la cotidianidad

El diario vivir se convierte en un escenario privilegiado para la observación, especialmente en los primeros días tras el ingreso del niño o niña. Esta práctica, entendida como herramienta transversal en los procesos de intervención, adquiere un valor fundamental ya que no se limita a una evaluación puntual, sino que se desarrolla de manera progresiva y situada a través de la vida diaria del niño(a) permitiendo al equipo profesional registrar actitudes, expresiones y modos de relación para comprender su estado emocional. Como se señala en los fundamentos de esta investigación, la metodología no se aplica mecánicamente, sino que se configura desde la observación, la relación y la adaptación continua de cada niño o niña.

Así, la observación permanente que realizan los y las profesionales se puede entender desde la concepción de saberes de acción como formas de conocimiento que se generan en el hacer cotidiano y que no siempre son formalizados en marcos institucionales. Esta observación no es meramente diagnóstica: es interpretativa, afectiva y vincular, pues se construye desde la relación directa y sentida con el niño(a). Desde este lugar, lo que se observa no es únicamente la conducta en sí, sino el relato emocional que se encuentra cifrado en ella como una forma en la que el niño(a) expresa aquello que aún no puede poner en palabras, pero que se manifiesta a través de sus gestos, silencios o reacciones.

- ***Rutina diaria***

Los(as) profesionales observan cómo el niño o niña interactúa en actividades básicas y repetitivas: si come o rechaza alimentos, si duerme bien, si busca el contacto o se aísla, si habla o guarda silencio prolongado. El día comienza con el llamado plan

día, un momento donde se conversa sobre las actividades que vendrán, los espacios de alimentación, higiene y descanso, lo que brinda la oportunidad para observar desde el lenguaje verbal y no verbal. Estas acciones, como rechazar la comida, quedarse callado o evitar el contacto visual se revelan, desde una lectura compleja del duelo infantil, como formas de narrar la pérdida. Una profesional destaca que, en estos primeros días, el solo hecho de permitir el contacto físico, representa un reto para algunos niños(as) que pueden expresar frases como “nadie me puede tocar, nadie me puede ver, y al mismo tiempo deben enfrentarse a situaciones como ser bañados o cambiados por adultos desconocidos”, (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

En estos casos, el vínculo de confianza comienza a construirse en especial con las formadoras, son ellas quienes, mediante rutinas cotidianas cargadas de cuidado, posibilitan que el niño o niña resignifique su experiencia en un entorno donde el cuerpo, el contacto y la palabra empiezan a sentirse seguros nuevamente. Mientras tanto, el equipo psicosocial recoge y hace una lectura de estos primeros comportamientos para comprender cómo el niño(a) está procesando su llegada y adaptar las intervenciones de forma respetuosa y situada.

- ***Respuestas frente a las normas***

En las respuestas frente a las normas, también se expresan señales del estado emocional del niño o niña. La manera en que responde a los límites, las reglas o a la interacción con otros ya sea a través de la agresividad, el llanto súbito, la risa nerviosa o el rechazo a ciertas dinámicas grupales es interpretada por el equipo psicosocial no como una conducta disruptiva, sino como una expresión legítima de una experiencia dolorosa. Así, el conocimiento que emerge en estas situaciones no proviene únicamente de categorías clínicas, o diagnósticos formales, sino de la capacidad de observación que tiene el profesional para leer lo emocional en el cuerpo, el silencio o el juego del niño(a). Por lo tanto, la observación es un acto interpretativo que no diagnóstica desde fuera, sino que acompaña desde adentro, el tránsito emocional del niño o niña.

Además, esta lectura empática se relaciona con lo que Puyana-Villamizar (1999), propone en torno a la escucha activa como una herramienta en la intervención: no se trata solamente de oír lo que el niño dice o hace, sino de darle un lugar a su experiencia subjetiva, incluso cuando esta se manifiesta a través de lo que socialmente se podría catalogar como mala conducta. La risa nerviosa, por ejemplo, puede ser una forma de defenderse ante una situación que activa memorias dolorosas; la agresividad puede ser un grito de ayuda ante la sensación de abandono o incompreensión. Así, el equipo psicosocial no se centra únicamente en establecer normas, sino en comprender qué significan esas normas para cada niño o niña en su propio proceso de duelo, adaptación y búsqueda de seguridad emocional.

Lo pedagógico: explicar, nombrar y dignificar la experiencia

Dentro de la valoración preliminar se reconoce una dimensión pedagógica especialmente para los niños y niñas mayores. Este componente no se limita a enseñar normas o rutinas, sino que se expresa en la explicación comprensible y respetuosa del motivo de ingreso, lo cual es necesario para evitar que el niño o niña lo asuma como un castigo o resultado de una falla personal. Para las profesionales el niño(a) no es un sujeto vacío, sino portador de significados, emociones y preguntas. Por ello, explicarle por qué está en la Fundación no es una formalidad, sino un acto ético que le devuelve sentido y dignidad a su vivencia. Como lo manifestó una profesional, “es importante que ellos reconozcan cuál fue su motivo de ingreso. Muchos dicen, es que yo me portaba mal, es que yo no hacía caso. Entonces es como quitarle eso en un momento” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Así, el rol del profesional no es solo contener, también nombrar con claridad, desmentir creencias erróneas, devolver al niño(a) la posibilidad de comprender su situación desde una perspectiva justa. Esta pedagogía de la explicación se convierte así en una forma de cuidado, donde la palabra no impone sentido, sino que acompaña la reconstrucción de esta, tal como lo propone Neimeyer (2002) al hablar del duelo como un proceso de resignificación.

En este sentido, la dimensión pedagógica de la intervención aparece como una acción de restitución simbólica, donde se devuelve al niño(a) la posibilidad de comprender su historia desde un marco de dignidad. Este acto, más que informativo, es reparador, pues permite que el niño o niña se apropie de su situación desde un lugar que no lo victimiza ni lo estigmatiza, sino que reconoce su capacidad de interpretar, resignificar y continuar su proceso desde una posición de sentido.

Ahora bien, las acciones desplegadas durante la primera semana obedecen a una fase de adaptación y constituyen el inicio de una intervención que permite a las formadoras o abuelitas (Grannys), leer los comportamientos de los niños(as) y alertar al equipo frente a reacciones reflejadas en gestos, silencios y palabras como expresiones de su estado emocional.

Acompañar, observar y explicar se configuran como prácticas que, aunque no siempre se contemplan en los lineamientos institucionales, adquieren sentido en la medida en que no se reducen a la elaboración de un expediente técnico de los niños(as); son acciones que implican la construcción de sentido en conjunto con el niño o la niña, esto implica una postura ética. Estas valoraciones preliminares, junto con la observación atenta de las interacciones cotidianas del niño(a) con adultos y pares, y de sus respuestas a las normas, permiten identificar situaciones complejas, como el hecho de que, a pesar de los esfuerzos por construir un entorno protector y contenedor, algunos niños y niñas expresan sentimientos de culpa frente a su ingreso. Esto remite a la manera en cómo han significado la separación desde sus experiencias previas, lo que permite al equipo profesional comprender el duelo, en la particularidad del sujeto y el reconocimiento del otro herido.

Desde esta mirada, Mélich (2015) señala que toda pérdida deja una marca en el cuerpo y en la memoria que puede reaparecer de manera inesperada. En el caso de los niños y niñas institucionalizados, el recuerdo de quienes han quedado atrás, madres, hermanos, lugares y rutinas, pueden irrumpir sorpresivamente, como una presencia

ausente que los atraviesa emocionalmente. Esta memoria, lejos de estar bajo un control consciente, se presenta como un acontecimiento involuntario que desestabiliza y revela su vulnerabilidad. En esa lógica, los(as) profesionales, como intervención inicial, están llamados a sostener este dolor, dar lugar a su expresión y construir, junto con ellos(as), un nuevo sentido que posibilite transitar el duelo sin negarlo ni apresurarlo, que permita abrir un espacio de relación significativa, desde donde sea posible acompañar. Ese vínculo, se convierte en el punto de partida de toda intervención.

5.2.3 Adaptación continua y construcción de vínculos

Superado el ingreso y una vez realizadas las valoraciones preliminares, se da paso a una etapa de permanencia cuya duración no está previamente delimitada, es en este momento donde, según lo identificado, el acompañamiento constante de los(as) profesionales que conviven con los niños(as) adquiere un papel fundamental en la configuración de su nueva cotidianidad. Se observa que las dinámicas diarias, adquieren un valor afectivo que incide en la manera en que los niños y niñas comienzan a adaptarse a la institución. En ese tránsito, los vínculos que se construyen cotidianamente se revelan como un componente esencial para sostener emocionalmente a los niños(as), y facilitar la elaboración de lo vivido.

Tal como se ha venido desarrollando, la estancia de un niño o niña a la Fundación representa más que un simple cambio de espacio, implica una transformación en sus lazos afectivos y en la manera en que se relacionan consigo mismos y con el mundo. Desde la teoría del apego de Bowlby (1980), la pérdida o separación de las figuras cuidadoras altera esa base segura sobre la cual los niños han construido su mundo emocional. Este tránsito institucional, por tanto, no solo requiere garantizar condiciones de protección, sino que también se encuentra la necesidad de una intervención que acompañe activamente la elaboración de esa pérdida, en un proceso que permita resignificar los vínculos y las experiencias asociadas al abandono o la separación. Desde los planteamientos de Neimeyer (2002), elaborar el duelo por la pérdida de figuras de apego implica un proceso de reconstrucción activo de significados; en el caso de los niños

y niñas, este proceso requiere un acompañamiento constante y empático por parte de los(as) profesionales que les permita facilitar la comprensión emocional de lo ocurrido y la posibilidad de construir nuevos vínculos afectivos.

En esta etapa de adaptación constante, el trabajo cotidiano de las y los profesionales no se reduce a la ejecución de tareas predeterminadas, se configura como una forma de intervención situada, que reconoce al niño o la niña como un sujeto portador de vínculos, afectos e historias previas. La repetición de gestos, palabras y presencias se convierte en un soporte fundamental para acompañar emocionalmente el duelo y favorecer la apertura a nuevas formas de relación. Así, prácticas como el contacto cotidiano, los cuidados básicos, la presencia de figuras de cuidado permanentes, el dibujo, el juego y las conversaciones informales cobran un valor significativo, al operar como medios concretos para la construcción de vínculos y la creación de un entorno afectivo seguro.

El contacto cotidiano, cuidados básicos

De acuerdo con lo manifestado, el acompañamiento emocional no se limita a intervenciones formales, sino que se construye en los gestos del día a día que permiten generar confianza y establecer un vínculo afectivo. Por ejemplo, las formadoras, en su contacto directo con los niños y niñas, realizan una intervención que ocurre mientras los cuidan, alimentan, visten o acompañan en rutinas básicas. Según lo manifestado, son precisamente estas acciones diarias las que crean espacios relacionales para la acogida y el establecimiento del vínculo: “cuando uno peina a las niñas, uno les va hablando, ellos también le van contando cosas a uno, [...] entonces, en la medida que hacen cosas, como en el aseo personal [...] va fluyendo naturalmente y termina uno conectándose con ellos” (Profesional B, comunicación personal, 9 de octubre de 2024).

Estas acciones, lejos de ser solo tareas rutinarias, se convierten en una forma de acompañar a los niños y niñas en su proceso de adaptación. Esta forma de intervención

responde a la necesidad de ofrecer contención, presencia y escucha a niñas y niños que transitan una experiencia de pérdida.

Para algunos niños y niñas, las formadoras llegan a convertirse en referentes de apego y afecto emocional, no solo porque les brindan cuidados básicos, como anteriormente se mencionó, sino también porque están presentes en sus rutinas, escuchan sus palabras y sostienen sus emociones. Ante la pérdida de sus figuras primarias, los niños(as) buscan nuevos referentes que les permitan restablecer un sentido de seguridad emocional (Bowlby, 1980). Esto se puede evidenciar en una de las entrevistas donde se expresa una interacción con el niño: “la niña que se fue me decía es que tú eres mi mamá; no, yo no soy, tu mamá está en la casa [...] yo a usted la quiero mucho, pero no soy su mamá” (Profesional B, comunicación personal, 9 de octubre de 2024).

Aunque en la institución se cuidan los límites del vínculo, estos casos evidencian que, en el marco del proceso de adaptación, el acompañamiento diario puede tomar un sentido afectivo muy importante para los niños y niñas. Tal como señala Ospina-Velasco (2014), el duelo infantil requiere una presencia que no minimice la pérdida ni la sustituya, sino que acompañe desde el respeto por la historia del niño(a); en esta misma línea, se hace visible que la intervención reconoce que el vínculo construido en la cotidianidad tiene una potencia real, pero también límites. No obstante, a pesar de los esfuerzos por mantener una distancia profesional, hay ocasiones donde las y los profesionales, en especial las formadoras, reconocen que es difícil separar por completo lo personal del trabajo, especialmente cuando acompañan día a día a los niños y niñas en sus rutinas, emociones y procesos. Esta experiencia, como plantea Cruz-Santana (2017), compromete no solo lo emocional, sino también lo volitivo y lo cognitivo, exige sensibilidad, criterio y una disposición para estar presentes manteniendo un equilibrio entre cercanía y contención profesional.

De esta manera, el cuidado dentro de la institución no es solo un trabajo enfocado en los niños y niñas, también representa una experiencia emocional para las

profesionales que lo llevan a cabo. En su labor cotidiana, lo que hacen es sostener una presencia de manera atenta y cuidadosa, que acompaña desde la cercanía, reconociendo al niño o niña como un sujeto que necesita reconstruir su cotidianidad en medio de un contexto nuevo. Por eso, es importante entender que la intervención no se trata solo de llenar vacíos afectivos, sino de acompañar a los niños(as) en su vulnerabilidad, creando un vínculo que les brinde seguridad.

Figuras de cuidado permanentes

Uno de los aspectos clave en la adaptación de los niños(as) en la Fundación es la posibilidad de contar con adultos que estén presentes con disposición para acompañar. Como lo manifiestan los mismos profesionales al señalar que “[...] requieren del acompañamiento por parte del adulto frente a esas situaciones emocionales que están viviendo [...] algunos encuentran referentes afectivos significativos con los cuales se vinculan y ayudan como en ese proceso o en ese tránsito para que no sea tan complejo para ellos” (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre de 2024). Este fragmento permite comprender la posibilidad de que los niños y niñas logren establecer nuevos vínculos y aunque no sustituyen el lazo perdido puede amortiguar el impacto de la separación y favorecer un tránsito emocional menos doloroso.

Aunque todo el equipo profesional está atento a su bienestar, se resalta el papel de las formadoras y las Grannys en el acompañamiento de los niños(as) debido a que tienen una presencia prolongada en su vida cotidiana, lo que les permite construir vínculos afectivos estables, que dan lugar a una relación de confianza y seguridad. Especialmente se resalta el rol de las formadoras en la institución, ya que, a través de su presencia continua, sostienen gran parte de la vida cotidiana de los niños y niñas. Su intervención además del cuidado básico implica interpretar gestos, leer silencios, contener angustias y generar condiciones donde se sientan seguros, desde la complejidad, lo que hacen no puede reducirse a funciones operativas, pues se trata de una práctica relacional que articula lo emocional, lo cognitivo y lo ético.

En el caso específico de las abuelitas o Grannys, su rol trasciende al de una simple cuidadora. Al ser una figura creada por la Fundación, su existencia expresa una apuesta intencional por acompañar desde el vínculo, se trata de una forma de intervención relacional, que no responde a un lineamiento previsto. Esta figura permite que el cuidado se realice desde el reconocimiento mutuo, la escucha continua y la repetición de gestos cotidianos que transmitan seguridad. Esta abuela acompaña emocionalmente a uno o dos niños, facilitando su adaptación y proporcionando una figura de apego confiable dentro de la institución. Desde la perspectiva ontológica, implica asumir al niño(a) como sujeto de derecho, lo cual se expresa en una relación cotidiana que les permite sentirse valiosos, escuchados y tenidos en cuenta. No se trata únicamente de acompañarlos, sino de validar sus emociones y brindar un espacio donde puedan reconstruir su confianza en la presencia del otro.

Ardila-Serna *et al.* (2024), en su trabajo de grado destacan el valor simbólico y emocional que adquiere la presencia de la Granny en la vida de los niños y niñas institucionalizados. Las autoras señalan que una de las expectativas del programa es: “llenar de momentos especiales a los/as niños/as, hacerles felices, que se sientan seguros y tranquilos”, con el propósito de que, en el futuro, “puedan recordar a alguien que algún día estuvo a su lado acompañándolos, cuando estaban enojados, tristes o tuvieron algún inconveniente” (p. 93).

A partir del análisis realizado, el vínculo que se genera con estas figuras no se da de inmediato, se va construyendo poco a poco, en medio de la rutina, a través de la repetición de encuentros, teniendo en cuenta que acompañar implica respetar el ritmo emocional del niño o niña, permitiendo que el vínculo se construya progresivamente. Cuidar, en este contexto, no se limita a cubrir necesidades básicas, sino que implica sostener una relación que acompaña los procesos de adaptación, resignificación y construcción de sentido tras la pérdida. En este tipo de intervención si bien existen lineamientos que orientan el quehacer institucional, no se trata solamente de aplicar fórmulas preestablecidas. Lo que la hace posible es la presencia continua del profesional, quien desde su rol sostiene el vínculo como parte del proceso de acompañamiento. Al

final, más que resolver la ausencia, estas presencias ayudan a reconstruir una cotidianeidad en la que el niño(a) pueda sentirse seguro nuevamente en relación con otros.

Dibujo, juegos, conversaciones informales

A lo largo de la jornada, el acompañamiento profesional no ocurre únicamente en los espacios estructurados, sino también en dinámicas cotidianas como la alimentación, el descanso o el juego. En ese marco, herramientas como el dibujo, el juego libre y las conversaciones espontáneas son empleadas por los profesionales como medios de intervención con los niños(as). Lejos de ser sólo actividades recreativas, estas prácticas les permiten a los niños(as) expresar temores, dudas o emociones en el caso que aún no logren verbalizar plenamente como se sienten, especialmente aquellas asociadas a la separación o el cambio de entorno.

El juego, en particular, ha sido identificado como una estrategia fundamental y creativa en la intervención, pues abre un espacio donde los niños(as) pueden elaborar aspectos emocionales del duelo de manera simbólica. Estas acciones permiten transitar el proceso sin forzar la narrativa de los niños(as), propiciando una expresión emocional acorde a su etapa del desarrollo. Además, como lo plantea Ospina-Velasco (2014), el duelo no puede ser entendido fuera del marco cultural en el que ocurre, ya que las formas de vivir y acompañar la pérdida están mediadas por significados sociales.

Si bien la intervención de la Fundación se enmarca dentro del modelo establecido por el ICBF, en la práctica los profesionales enfrentan el reto de adaptarlos a las particularidades de cada niño(a). No siempre es posible responder con la misma precisión a cada caso, pero se reconoce una preocupación por identificar lo que el niño(a) expresa, e intervenir sin imponer formas únicas de elaborar el duelo. Así, herramientas como las antes mencionadas como el juego, el dibujo o las conversaciones espontáneas no se aplican como técnicas rígidas, sino como herramientas flexibles que permiten acompañar desde lo que el niño(a) puede y quiera compartir.

Sin embargo, no todos los momentos dentro de la institución están marcados por la estabilidad, también hay situaciones que reactivan el dolor de la pérdida y evidencian la complejidad del proceso emocional que viven los niños(as). Aunque el acompañamiento cotidiano por parte de la Fundación y los otros niños(as) permite generar vínculos, el dolor asociado a la pérdida no desaparece del todo. A lo largo del proceso, surgen momentos en los que el dolor reaparece y confronta a los niños(as) con la ausencia de sus vínculos primarios, un ejemplo de ello, puede darse los días de visita: Una situación particular que permite evidenciar con claridad las huellas del abandono y la fragilidad de los vínculos, según relatan los(as) profesionales, es común observar comportamientos distintos en los niños y niñas en situación de abandono que no reciben visitas.

Estas reacciones, que contrastan con otras experiencias cotidianas dentro de la Fundación, son interpretadas por el equipo como expresiones de dolor o de una expectativa frustrada frente a la ausencia de vínculos cercanos, en este caso, su familia. Por ello, surge la necesidad de explicarles porque sus familiares dejaron de visitarlos o porque un compañero se va antes que ellos, aunque supone un momento sensible, representa también una oportunidad para acompañarlos en la elaboración de sus emociones. Esta intervención permite que los niños inicien un proceso de comprensión paulatina de su situación, en un entorno que, aunque desconocido, busca ofrecer calidez, protección y sentido.

5.2.4 El egreso: adopción, reintegro familiar u otra institución

Llega un momento en que los niños y niñas deben enfrentar otro tránsito vital: el egreso. Este no es simplemente el final de una etapa, sino la apertura hacia otro escenario que, nuevamente, moviliza emociones, reactiva preguntas y exige del equipo profesional una intervención. Si el ingreso supuso una pérdida y la necesidad de construir nuevos vínculos, el egreso plantea la tarea de separarse de aquellos lazos contruidos en la cotidianidad institucional, enfrentando una nueva reorganización afectiva.

El egreso de la fundación Chiquitines puede darse a través de tres modalidades: el retorno a la familia de origen, la remisión a otra institución, o la adopción. Independientemente de la modalidad, los(as) profesionales reconocen que puede ser un momento emocionalmente complejo, tanto para los niños y niñas como para quienes los acompañan. Se trata de un nuevo hito en el proceso de intervención, que conlleva enfrentar otra pérdida: dejar atrás la vida cotidiana en la institución para adentrarse en un contexto distinto, ya sea una nueva familia, un lugar de protección diferente o el reencuentro con su núcleo familiar. En todo caso, es un momento cargado de emociones, incertidumbres y expectativas.

Según lo expresado en las entrevistas por las y los profesionales, el egreso es un proceso que se construye de forma gradual y sostenida, a través del trabajo articulado de los distintos profesionales involucrados. Lo cual implica la preparación de los niños(as) para ese cambio, la gestión de los trámites necesarios, la organización de los momentos de encuentro y despedida, el acompañamiento a las familias, entre otros. Lejos de ser un cierre administrativo, el egreso se inscribe en la continuidad del proceso subjetivo vivido por los niños y niñas. Como plantea Cruz-Santana (2017), la experiencia no ocurre en momentos aislados, sino que se configura a través del recorrido afectivo y reflexivo de quien la vive. En ese sentido, el egreso no es un evento externo al proceso institucional, sino una etapa que concentra y reordena muchos de los vínculos, aprendizajes y emociones construidos durante la permanencia en la Fundación.

Ahora bien, mientras el equipo profesional prepara el egreso desde una planificación, para los niños(as) este momento representa también un nuevo desafío. Desde su ingreso, llegan con pérdidas previas que marcan su historia, a las que se suman otras asociadas a la institucionalización, como la separación de su entorno familiar y la adaptación a un nuevo contexto. A lo largo del proceso, van tejiendo vínculos que les permiten reorganizar su mundo emocional. Sin embargo, el egreso implica una nueva separación, decir adiós a los lazos creados dentro de la institución y enfrentar el desafío de integrarse a otro entorno, con todo lo que ello moviliza en términos de expectativas, miedos y transformaciones internas.

Preparación emocional para el egreso

Por todo lo que se ha mencionado anteriormente, es que el egreso de un niño(a) de una institución de protección implica una preparación cuidadosa, tanto para el niño(a) como para quienes lo recibirán, ya sea su familia biológica, adoptiva u otra entidad de cuidado. Independientemente del tiempo de permanencia en la institución, los niños y niñas han vivido allí experiencias significativas, han adquirido nuevas rutinas, construido vínculos y desarrollado formas de relacionarse que transforman su día a día.

Por eso, según lo expresado por las y los profesionales, este proceso de transición debe trabajarse con antelación, de forma progresiva y con acompañamiento. El objetivo desde su perspectiva es que el cambio no resulte abrupto, sino que se convierta en una oportunidad para que el niño(a) se sienta contenido, comprendido y seguro en su nuevo entorno. Ahora bien, incluso cuando el egreso se realiza hacia un lugar valorado positivamente, y que el cambio represente una oportunidad, por lo cual no se elimina el impacto que tiene dejar atrás una cotidianidad conocida, los vínculos construidos con los cuidadores, profesionales y pares, así como las rutinas que daban estructura y sentido a su experiencia, pues según lo que expresa Mosquera-Rosero-Labbé (2005), los vínculos creados en la intervención social, generan cierto grado de interdependencia provocando así que el perderlos implique una nueva pérdida a afrontar.

[...] al igual que lo hacemos como cuando se va un niño de reintegro o adopción, hacemos un ejercicio de preparación, es lo mínimo que podemos hacer para que estas niñas y esos niños puedan de alguna manera egresar de forma segura a la institución y llegar también hacia otro medio de cuidado, sintiendo que van a garantizar las condiciones de cuidado que ellos necesitan. (Profesional C, comunicación personal, 15 de octubre de 2024)

Los(as) profesionales describen que en los casos de egreso hacia una familia nueva o de origen, la preparación de quienes recibirán al niño o a la niña resulta fundamental para favorecer la construcción de un ambiente más cálido y propicio para su adaptación, reconociendo los procesos que ha vivido y respetando su ritmo. En contraste, cuando el egreso es hacia otra institución, el acompañamiento se orienta tanto hacia el niño(a) como

hacia el establecimiento de una comunicación efectiva con la con la nueva entidad, de modo que esta pueda contar con la información necesaria para continuar el proceso de cuidado de manera respetuosa y adecuada.

Preparación

Este proceso de preparación empieza con el permitir las expresiones de los niños y niñas. Los(as) profesionales describen cómo se trabaja con los niños y niñas para validar sus emociones, nombrarlas y reconocerlas; pues se procura permitirles la expresión del dolor, el miedo o la nostalgia que pueden emerger ante la partida. Esta validación emocional se convierte en una herramienta de contención y resignificación del duelo que se vive durante el egreso, puesto que como mencionan los(as) profesionales, el hecho de expresar sus emociones con libertad y que sean recibidas con empatía y atención permite a los niños y niñas reconocer a los profesionales, las familias adoptivas y biológicas como unos referentes de apoyo lo cual favorece la adaptación en un proceso de cambio como el egreso.

Cierre

Así como se da un momento de preparación emocional, en comunión con este, se genera un proceso de cierre simbólico y emocional del tiempo vivido en la institución, para dar la apertura hacia una nueva etapa. El concepto de despedida como ritual simbólico también emerge con fuerza a través de cartas, dibujos, actividades de cierre o recorridos por los espacios que fueron significativos, esto facilita un proceso de externalización de la experiencia institucional, lo que permite al niño/a integrar cognitivamente y emocionalmente lo vivido. Estas acciones tienen un doble propósito: por un lado, consolidar la memoria del paso por la institución; por otro, facilitar la internalización de una narrativa que le otorgue sentido a su tránsito hacia un nuevo contexto de vida.

Encuentros previos

Las y los profesionales comentan que otro de los momentos que acompañan el proceso del egreso son los encuentros previos, especialmente en los casos de reintegro familiar o adopción. Estos encuentros cumplen un papel en la preparación del niño(a) y de las personas que lo recibirán, ya que facilita el fortalecimiento de los vínculos afectivos y emocionales, lo que ayuda a que la transición se sienta más natural y menos abrupta. De manera análoga, este tipo de encuentros es una oportunidad para disminuir los temores, ansiedades y sentimientos que suelen aparecer en procesos de cambios, facilitan también el mitigar la sensación de extrañeza y desarraigo, al brindar un primer contacto que genera mayor familiaridad y confianza. Por otro lado, para las familias, estos momentos de encuentro permiten comprender mejor la historia, los derechos, las necesidades y los procesos que ha atravesado el niño o la niña, preparando así un entorno más acogedor y respetuoso. Al mismo tiempo, se establecen expectativas claras sobre lo que implica el egreso, definiendo responsabilidades y roles, lo cual contribuye a que todo el proceso se desarrolle de manera más organizada y en beneficio del bienestar del niño(a).

Reintegro familiar

En los casos específicos del reintegro a sus familias de origen los momentos anteriormente mencionados, se llevan a cabo desde otro ángulo. Aunque el objetivo es la reunificación, esta no siempre se da en condiciones óptimas ya que, algunas veces, las circunstancias que motivaron la medida de protección no han sido completamente superadas, o los vínculos entre el niño o la niña y su familia de origen se han visto afectados por la separación. Por ello, el proceso requiere un trabajo de fortalecimiento familiar que comienza antes del egreso y continúa después de este. Durante este tiempo, se promueve la realización de encuentros entre el niño(a) y su familia, los cuales permiten ir restableciendo el vínculo, generando confianza y preparando emocionalmente a ambas partes. El propósito es evitar que el egreso se convierta en una experiencia revictimizante,

y que este se desarrolle en condiciones de cuidado y protección, como mencionan las y los profesionales;

A nivel familiar también se debe hacer una preparación. Se orienta a la familia para que conozca cuáles eran las condiciones en las que estaba el niño o la niña hasta ese momento, y se explica en qué condiciones debe ahora garantizarse su bienestar en el entorno familiar. También se brinda orientación sobre los derechos que deben ser protegidos, y se acompaña a la familia para evitar que se repitan los errores del pasado. (Profesional G, comunicación personal, 28 de marzo de 2024)

Considerando lo anterior, el proceso de reintegro familiar está atravesado por la preparación y aceptación emocional del niño o la niña, y también implica ciertas condiciones que la familia de origen deberá cumplir progresivamente para garantizar un entorno adecuado a sus necesidades y derechos. Este proceso incluye expectativas claras en cuanto al compromiso, la disposición y la capacidad de la familia para ofrecer un espacio seguro, afectivo y protector. Además, conlleva trámites administrativos y legales, supervisados desde el área de Trabajo Social, desde la cual se realiza un seguimiento continuo a través de visitas y acompañamiento periódico. Esto permite verificar que se estén cumpliendo los estándares necesarios para el restablecimiento de derechos en el entorno de egreso.

No obstante, para comprender lo que implica el reintegro familiar, es necesario ir más allá de los aspectos administrativos y operativos, e incorporar una mirada que reconozca la complejidad del entorno familiar y social. Desde el Trabajo Social y bajo la perspectiva del paradigma de la complejidad, es posible afirmar que este proceso implica una intervención que abarca múltiples dimensiones: lo emocional, lo legal, lo social, lo económico y lo institucional. El retorno del niño o niña a su familia de origen conlleva el cierre de un ciclo dentro de la institución, y representa una nueva etapa que exige una comprensión de las realidades que viven estas familias, las cuales no siempre responden a soluciones simples o inmediatas.

El Trabajo social, desde esta perspectiva, asume un papel central al reconocer que los procesos familiares son dinámicos, cambiantes y a veces contradictorios. No basta con constatar que hay una disposición para el cuidado, también es necesario identificar si existen las condiciones reales y sostenibles para garantizar los derechos del niño o niña. El paradigma de la complejidad invita justamente a no caer en reduccionismos, a entender que cada situación es única y que requiere abordajes flexibles, sensibles y bien contextualizados. Por eso, más que seguir un protocolo, el proceso de reintegro familiar debe construirse como una intervención situada, que escuche las voces de todos los actores implicados y que se revise de forma constante, adaptándose a los cambios que puedan surgir.

Proceso de adopción

Cuando se trata de un proceso de adopción, la preparación es diferente, puesto que el proceso empieza de cierta forma en el momento en que el niño(a) entra en un proceso de restablecimiento de derechos, puesto que, la posibilidad de llegar a la adopción está presente como una alternativa en su proceso por ende, se realizan diferentes acciones en pro de buscar otro camino relacionado al reintegro familiar, pero en caso de que las familias no cumplan las acciones o tareas planteadas desde el ámbito institucional (ICBF) es que se transita a este proceso de adoptabilidad.

Así mismo, este modelo de egreso es más cercano a los niños(as) que llegan a la Institución desde muy temprana edad y que no cuentan con un registro familiar claro o cercano. Como menciona una de las profesiones: “hay niños que llegan recién nacidos, entonces nunca pertenecieron a una familia y esos son los niños que principalmente son declarados en adoptabilidad” (Profesional D, comunicación personal, 4 de octubre de 2024), Este proceso se relaciona con el objetivo principal de la Fundación, que siempre será el de generar un entorno seguro para aquellos niños(as) que no tienen una familia, así como procurar que quienes sí la tienen puedan regresar con sus familias de origen. Lo anterior no implica que los niños y niñas que ingresan a la institución siendo mayores

o que han sido separados de sus familias por situaciones de vulneración de derechos queden por fuera de este modelo de egreso.

Ya en el momento en que se determina la condición de adoptabilidad, se inicia un acompañamiento constante en el que se les explica a los niños(as) que no volverán con su familia de origen, y que comenzarán un nuevo camino con otra familia. Una vez se encuentra una familia adoptiva que se ajusta a sus necesidades, se inician los encuentros previos entre el niño o la niña y los futuros cuidadores. Estos encuentros se realizan de manera gradual, permitiendo que ambas partes se conozcan, y que el niño o niña comience a establecer vínculos con ellos. El o la profesional cumple un rol clave como mediador del relato y facilitador del vínculo emergente, ya que son quienes más conocen a los niños y niñas, gracias a ello, guían el proceso y actúa como puente entre la historia del niño(a) vivida en la institución y la nueva etapa que se avecina. Durante este proceso, buscan explicar con honestidad y sensibilidad que no podrá regresar con su familia de origen, como relatan los(as) profesionales:

Cuando el niño va a egresar, ya sea porque va a adoptabilidad u otra medida, también se vive un duelo, porque ha construido vínculos: tiene compañeritos, ha creado una relación cercana con la figura de la abuelita, y con otros adultos a su alrededor. En esos casos, se empiezan a implementar estrategias enfocadas en prepararlo para ese momento. Por ejemplo, se hacen cierres simbólicos con sus compañeros, se recogen experiencias significativas vividas en la institución y se le acompaña emocionalmente en ese tránsito. (Profesional I, comunicación personal, 28 de marzo de 2024)

Por otro lado, los(as) profesionales insisten en que el proceso está centrado en el interés superior del niño(a), por lo cual no se busca niños para las familias, sino familias para los niños, garantizando que las decisiones que se tomen respondan a sus necesidades, trayectorias y posibilidades reales. En base a lo anterior, es que al momento de presentar a un niño o niña ante el comité de adopciones, es fundamental contar con un análisis integral que permita comprender de manera amplia y profunda su historia de vida.

En la institución se aplica una metodología que organiza esta revisión en tres momentos: pasado, presente y futuro. En el análisis del pasado se exploran las experiencias previas del niño, especialmente las pérdidas y los vínculos significativos que marcaron su vida antes del ingreso institucional. Este proceso tiene como propósito comprender cómo esos vínculos han impactado al niño(a) y, al mismo tiempo, brindarle preparación emocional para afrontar la pérdida definitiva de esos lazos cuando se declara su situación de adoptabilidad.

El segundo momento se enfoca en el presente del niño o niña dentro de la institución. Aquí se consideran los aprendizajes adquiridos, los lazos afectivos que ha construido en este entorno y su manera de enfrentar los cambios y procesos vividos. Finalmente, el futuro representa el eje más relevante en el proceso de adopción, ya que se trabaja sobre las expectativas, ilusiones y deseos del niño o niña respecto a la vida que está por comenzar con una nueva familia. Este modelo permite que el informe que se presenta al comité de adopciones no sólo refleje las necesidades físicas y emocionales del niño, sino también sus capacidades, su historia personal y su visión del futuro. De esta manera, las decisiones tomadas se basan en un conocimiento profundo y respetuoso de su proceso vital.

Aunque el proceso de adopción está orientado principalmente a responder a las necesidades de los niños y niñas, y no a los deseos particulares de las familias adoptantes, existen ciertos aspectos en los que estas últimas sí pueden participar activamente. Como se expone en ICBF 2013. Se reconoce que las familias, desde su conocimiento personal, sus límites y capacidades, pueden expresar a qué condiciones médicas o psicológicas estarían en capacidad de responder de manera adecuada. Esta decisión se toma con el acompañamiento y orientación de la institución, especialmente a través del área de medicina familiar, donde se brinda información clara sobre las situaciones de salud y los posibles desafíos que pueden presentar los niños y niñas, permitiendo a las familias tomar decisiones responsables y conscientes.

Según lo indicado por las profesionales, este es el único aspecto en el que las familias tienen algún grado de elección dentro del proceso según el marco normativo del ICBF. Por esta razón, las familias no pueden seleccionar características como la edad, el sexo o la raza del niño o niña que adoptarán, pues permitir esto abriría la puerta a prácticas discriminatorias que dejarían en desventaja a muchos niños(as). La intención es asegurar que el interés superior del niño sea el eje de todo el proceso, garantizando así una adopción justa, ética y centrada verdaderamente en su bienestar.

Para cerrar, es importante destacar que el proceso de adopción, tal como se lleva a cabo en instituciones como la Fundación Chiquitines, refleja una mirada integral y humana del bienestar infantil. Desde el ingreso del niño hasta su presentación ante el comité de adopciones, se evidencia un enfoque que no sólo considera sus necesidades básicas, también su historia, emociones, vínculos y proyecciones futuras. Esta perspectiva de trabajo, basada en los tres tiempos de análisis (pasado, presente y futuro), permite que cada decisión se tome con responsabilidad, empatía y compromiso ético.

Desde un punto de vista crítico, el modelo también pone en evidencia los retos que implica garantizar una adopción centrada verdaderamente en los derechos y en el interés superior del niño. Si bien se reconoce un margen de decisión para las familias adoptantes en cuanto a las condiciones que están en capacidad de asumir, es clave que estas decisiones no vulneren el principio de equidad y no discriminación. A partir de esto, se resalta como un avance que no se permita la elección de características como edad, sexo o etnia, ya que ello evita que algunos niños y niñas sean sistemáticamente excluidos del proceso.

Este modelo de trabajo prioriza la vida, los afectos y las posibilidades reales de cada niño o niña, representa un esfuerzo por construir prácticas de adopción más justas, sensibles y coherentes con los principios de protección. La intervención profesional, desde diferentes áreas, realiza un papel fundamental como garante de estos procesos, evidenciando que la adopción no es solo una decisión legal, sino una transformación vital que debe ser cuidadosamente acompañada.

Cambio de institución

Cuando el egreso se da hacia otra institución, también se activa un proceso de preparación y cierre y un seguimiento pero no tan constante sino como una comunicación entre las instituciones sobre la adaptación del niño(a) a su nuevo entorno, y aunque la figura de la familia no está presente, el equipo profesional frente a esta modalidad de egreso, lo que busca es priorizar que toda la información emocional, histórica y vincular del niño o niña sea trasladada al nuevo equipo de acogida, de manera que se garantice una atención coherente y respetuosa de la historia emocional de este(a).

Un aspecto relevante a tener en cuenta es que el egreso hacia otro lugar de acogida también puede responder a decisiones derivadas de criterios normativos y estructurales propios del sistema de protección. En primer lugar, en el contexto específico de la Fundación Chiquitines, la edad es un factor determinante, ya que la atención brindada está dirigida exclusivamente a niños y niñas entre los 0 y 8 años; por lo tanto, una vez que el niño(a) supera esta franja etaria, debe ser trasladado a una institución que pueda continuar con su proceso de acompañamiento acorde a su etapa de desarrollo.

En segundo lugar, existen situaciones en las que, debido a condiciones específicas de salud o discapacidad que requieren una atención especializada, y que sobrepasan las capacidades técnicas o profesionales de la Fundación, es necesario remitir al niño o niña a un lugar que cuente con los recursos adecuados para su atención y cuidado. Por otro lado, cuando se trata de hermanos o hermanas que ingresan juntos y por alguna razón uno de ellos debe ser trasladado, se procura que ambos realicen el cambio de forma simultánea para no afectar el vínculo fraternal, entendiendo que la preservación de estos lazos resulta fundamental para su estabilidad emocional. Estas decisiones se toman con el objetivo de garantizar el bienestar de los niños y niñas, respetando tanto sus derechos como sus necesidades particulares.

Acompañamiento post-egreso

A lo largo de la permanencia del niño(a) en la Fundación, el equipo psicosocial no solo se propone brindar respuestas a las situaciones de vulneración que motivaron su ingreso a la institución, al tiempo promueve la creación de entornos seguros para todos los miembros de la familia. Esta mirada parte del reconocimiento de que el bienestar de los adultos cuidadores impacta directamente en el desarrollo y la estabilidad emocional de los niños(as).

Siguiendo esta línea de intervención, una vez realizado el egreso, el acompañamiento no se detiene, la Fundación cuenta con un programa propio de seguimiento post-egreso (no financiado por el ICBF) que busca garantizar la continuidad del proceso. En los casos donde la adopción se da en la misma región, una psicóloga del programa de adopciones se encarga del seguimiento. Si la familia reside en otra ciudad, el acompañamiento se hace en articulación con otros(as) profesionales de la red, quienes continúan el proceso con base en la información construida por el equipo original. En las adopciones internacionales, el seguimiento es realizado por los organismos autorizados correspondientes, quienes remiten informes periódicos sobre el ajuste y bienestar del niño o niña en su nuevo entorno familiar y por último en los casos de reintegro familiar se mantiene una supervisión constante desde el área de Trabajo Social y en apoyo con los practicantes del área, en donde se realizan llamadas, videollamadas y visitas domiciliarias con el fin de mantener un contacto en donde se revise que las condiciones de bienestar del niño o niña se mantengan en el tiempo.

Por ello, además del trabajo previo, se insiste en mantener un seguimiento posterior que permita evaluar si las condiciones de cuidado se sostienen en el tiempo. No obstante, hay situaciones en las que, pese al acompañamiento, las familias no logran asumir de manera adecuada el cuidado y protección del niño(a), ni cumplir con las tareas pactadas. Cuando esto ocurre, y tras una nueva valoración institucional, puede considerarse, junto con la decisión de la autoridad administrativa, la posibilidad de avanzar hacia un proceso de adopción.

A manera de cierre, el proceso de intervención en duelo que realizan las y los profesionales con los niños y niñas en la Fundación Chiquitines no se limita exclusivamente al momento del ingreso o del egreso, sino que atraviesa toda su permanencia en la institución, reconociendo que cada etapa está marcada por la construcción de vínculos, la contención emocional y el reconocimiento de la singularidad de cada niño o niña. Esta intervención no solo busca ofrecer un entorno seguro, sino facilitar la resignificación de las pérdidas vividas, respetando el ritmo subjetivo con el que cada niño(a) enfrenta su historia.

Asumir el duelo infantil desde el paradigma de la complejidad implica comprender que este no se desarrolla en un vacío emocional o social, sino en contextos atravesados por desigualdades estructurales, separaciones y memorias. Por ello las estrategias implementadas por el equipo profesional no se reducen a una respuesta inmediata frente a la vulneración de derechos; la intervención se sostiene en la capacidad de acompañar a los niños y niñas en este tránsito, lo cual exige a los(as) profesionales algo más que conocimiento: implica estar presentes, construir confianza y mantener la cercanía en momentos de vulnerabilidad. También requiere observar con sensibilidad para reconocer lo que no siempre puede ser puesto en palabras y a la vez explicarles de forma clara lo que ocurre, ayudándoles a comprender su realidad.

La preparación para el egreso ya sea hacia una familia adoptiva, de origen o una nueva institución, representa una etapa significativa del proceso de intervención, ya que permite a los(as) profesionales acompañar al niño (a) en la vivencia de una nueva separación, ayudándole a cerrar un ciclo y a prepararse emocionalmente para establecer nuevos vínculos afectivos en el entorno que lo recibirá.

Finalmente, más que una acción puntual, se trata de una intervención orientada a construir espacios sostenidos de cuidado, escucha y transformación, donde el juego, el lenguaje, el afecto cotidiano y las figuras significativas permiten al niño o niña

reconstruirse simbólicamente, en el marco de una escucha atenta y un reconocimiento respetuoso de su paso por la institución.

“La experiencia no consiste en el número de cosas que se han visto, sino en el número de cosas que se han reflexionado”- José María de Perea

Para dar comienzo a este apartado, empezaremos con una pregunta ¿creen ustedes que el pasado condicionada al presente? yo diría que sí, puesto que cada momento o situación por la que pasamos como seres humanos de alguna u otra manera siempre nos acompaña, algunas veces de maneras muy sutiles haciendo que veamos o percibamos el mundo de cierta manera única, lo sé porque en mi vida, mis experiencias y dolores son los que me condicionan a amar e intentar comprender el dolor, puesto que viví múltiples pérdidas y abandonos que me hicieron ser quien soy hoy en día y aunque sea un pensamiento personal siempre pensaré que no eres lo que te pasó sino lo que hiciste con eso.

José Rodolfo Gaona Reales

5.3 Voces del acompañar, cuando el hacer también transforma: las experiencias de los profesionales en la implementación del proceso de intervención

Hablar de la intervención en duelo infantil requiere considerar a quienes la llevan a cabo. En el contexto institucional, los y las profesionales desarrollan acciones orientadas al cuidado, en un espacio de interacciones que los conecta emocional y éticamente. De este modo, acompañan a niñas y niños que han atravesado experiencias de pérdida, separación o abandono al ingresar a la Fundación, la cercanía con las historias de vida de los niños(as) durante su labor cotidiana deja una huella en su ejercicio profesional. Comprender la experiencia de estos profesionales permite ampliar la mirada sobre la intervención, ya que se trata de lo que hacen, lo que viven y se transforma en ellos y ellas al participar en estos procesos.

En este apartado se presenta la comprensión de la intervención desarrollada por los y las profesionales, su actuación sobre una realidad determinada y la manera en que se ve afectado(a) por ella, en una dinámica que transforma su quehacer cotidiano y su vida

personal. Por ende, este apartado busca comprender cómo las y los profesionales de la Fundación Chiquitines viven, significan y enfrentan su práctica cotidiana en contextos marcados por diversas formas de pérdida como la separación familiar, la institucionalización, los desafíos y la vulneración de derechos de las niñas y niños.

Desde el paradigma de la complejidad, se plantea que intervenir implica habitar la incertidumbre, aceptar la contradicción y reconocer la potencialidad transformadora de la relación con el otro(a), en el sentido de lo complejo, la experiencia representa lo singular y lo diverso, según el contexto y quienes lo habitan. Cruz-Santana (2017) desde el campo de la educación comprende la experiencia, como un proceso relacional, dinámico y multidimensional, compuesto por tres dimensiones interdependientes: la cognitiva, los sentimientos y la volitiva. La dimensión cognitiva alude a los ideales, principios y saberes que orientan la acción; los sentimientos, a las vivencias subjetivas que emergen en el ejercicio profesional; y la volitiva, a la capacidad de agencia y decisión del sujeto frente a su entorno. Estas tres dimensiones permiten analizar la experiencia profesional de forma integral, reconociendo a los sujetos como actores reflexivos que construyen su intervención en diálogo con su entorno y consigo mismos.

Cabe resaltar que, en las tres dimensiones mencionadas previamente, se integran elementos conceptuales y prácticos del quehacer profesional y los desafíos que enfrentan las y los profesionales en su labor cotidiana. Estos desafíos no se presentan de manera aislada ya que están relacionados con procesos de reflexividad, toma de decisiones y resistencias frente a las condiciones institucionales y sociales que atraviesa su ejercicio profesional. Asimismo, se hacen visibles las estrategias que éstos(as) han construido para afrontar tales retos, muchas veces desde la experiencia, la reflexión crítica, el trabajo colaborativo y el compromiso de una ética del cuidado que orienta su intervención. Dicho eso, el análisis que se presenta a continuación recupera e interpreta los relatos de las y los profesionales entrevistados, con el fin de profundizar en su experiencia y comprender, desde su voz, los sentidos que configuran su intervención.

5.3.1 El rol de los profesionales en la intervención en duelo: la experiencia una oportunidad de reflexión

Los y las profesionales que intervienen en procesos de duelo con niñas y niños en la Fundación Chiquitines desempeñan un papel que va más allá del acompañamiento técnico, su ejercicio profesional también implica una constante revisión de sus propias emociones, aprendizajes y límites. Tal como lo plantea Mosquera-Rosero-Labbé (2005), la reflexividad es una herramienta clave en la intervención social, ya que permite cuestionar las propias prácticas y reconocer el impacto subjetivo que implica acompañar historias atravesadas por la pérdida.

En esta línea, Bermúdez-Peña (2011) señala que la intervención social no sólo transforma las realidades de quienes son acompañados, sino que también incide en la experiencia y perspectiva de quienes la ejercen. En el contexto institucional, los(as) profesionales se ven inmersos en un entramado de vínculos que implica a las familias, a los niños y niñas y los lineamientos y ordenamientos institucionales. El conocimiento profesional, como sostiene Mosquera-Rosero-Labbé (2005), no se limita a lo aprendido de manera formal, sino que se construye desde la experiencia cotidiana, en diálogo con los saberes que emergen de la práctica.

En el acompañamiento a niños y niñas en procesos de duelo, esta experiencia se construye del encuentro con las historias, emociones y formas de transitar la pérdida en un entorno institucional. En ese sentido, la práctica profesional se convierte en un espacio de construcción de sentido, donde el vínculo con los niños y niñas transforma tanto el hacer técnico como la dimensión ética del acompañamiento.

En este sentido, los(as) profesionales de la Fundación destacan que el trabajo con los niños(as) implica un aprendizaje constante, pues cada interacción, por mínima que sea, aporta nuevas perspectivas sobre la resiliencia, el apego y la capacidad de amor a pesar de la adversidad. Como menciona una de las entrevistadas: “Los niños están todos

los días y todo el día enseñando. Son grandes, son pequeños, pero son grandes maestros” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Esta capacidad de los niños(as) para seguir expresando afecto, aun después de experiencias de maltrato o abandono, no solo es un testimonio de su fortaleza emocional, al mismo tiempo, plantea un desafío para los(as) profesionales, quienes deben acompañar estos procesos sin minimizar el impacto emocional que tiene en ellos mismos. De este modo, el sentipensamiento se configura como una práctica de conocimiento situada que permite a los y las profesionales que intervienen una conexión con las vivencias de los niños y niñas en duelo. No se trata únicamente de empatizar, sino de comprender que el proceso de duelo es una experiencia emocional que requiere ser abordada desde un lugar comprensivo que implica apertura, resonancia y reciprocidad emocional. Esta perspectiva invita a repensar la dimensión metodológica y técnica del Trabajo Social al considerar la importancia del sentir y pensar de manera integrada.

Así pues, se reconoce que la intervención en duelo infantil no es una acción aislada, sino un proceso donde la relación entre el profesional y el niño(a) es recíproca, ambos aprenden y se transforman en el camino. La implicación emocional, la reflexividad y el acompañamiento especializado, son elementos clave para garantizar una intervención efectiva que no solo ayude a los niños(as) en su proceso de duelo, sino que se proteja la salud emocional de quienes los acompañan. Como se ha mencionado antes, la experiencia de la intervención no se limita a una función técnica o administrativa, por el contrario, se configura como una vivencia compleja, cargada de significados, aprendizajes y afectaciones.

5.3.2 La dimensión cognitiva: saberes, marcos institucionales y trayectorias profesionales

Desde la dimensión cognitiva, la experiencia profesional se configura a partir de saberes, valores y estructuras institucionales que orientan la intervención. Esta dimensión implica los conocimientos formales adquiridos en la formación académica y también

aquellos saberes situados que emergen del ejercicio profesional, los cuales se movilizan continuamente en el acompañamiento a los niños(as). En esta línea, la práctica constituye un espacio de construcción permanente de significados, donde el rol del profesional se redefine a la luz de las dinámicas institucionales y de las experiencias relacionales con los sujetos intervenidos.

En medio de esta dimensión se sitúa la trayectoria previa que cada profesional ha recorrido antes de llegar a la Fundación, varios de ellos ya venían con experiencias en ámbitos relacionados con población vulnerable, en protección de derechos, o en espacios educativos. Por lo cual, les aporta herramientas y formas de leer las situaciones que se encuentren. Sin embargo, los(as) profesionales reconocen que el ingreso a la institución en articulación con el ICBF supuso reflexionar nuevamente sobre lo que ya se conocía, lo que implicó un proceso de aprendizaje y adaptación. Un profesional menciona:

[...] Nos ceñimos a unos procesos que en la carrera ni por las curvas se veían, es decir, nosotros estamos con un sistema ICBF que marca unas pautas, marca unas formas, marca unos formatos, que en mi vida yo había visto antes de estar acá y entonces que uno se sienta preparado cuando ingresa a un programa ICBF por la carrera no, es decir, uno aprende a tropezones y creo que todos aquí desde las diferentes áreas. (Profesional I, comunicación personal, 25 de marzo de 2025).

En este contexto, los marcos institucionales como el ICBF ofrecen referentes normativos y técnicos que orientan el accionar de la Fundación y el equipo psicosocial. Estos lineamientos permiten estructurar procesos como el ingreso, la permanencia y el egreso de los niños(as), bajo principios de protección de derechos, todo según lo dicta la ley.

No obstante, en la práctica cotidiana los(as) profesionales deben articular estos marcos normativos con las realidades complejas y cambiantes de los niños y niñas que acompañan. En la Fundación Chiquitines, estos lineamientos bajo el ICBF imponen lógicas de funcionamiento que, si bien son necesarios para garantizar la legalidad, el seguimiento y control de los procesos, pueden generar tensiones en la labor del equipo

psicosocial, puesto que, la exigencia de informes, seguimientos periódicos y cumplimiento de protocolos, condicionan el tiempo disponible para el acompañamiento directo con los niños y niñas. Como señala una de las entrevistadas: “el trabajo del equipo psicosocial prácticamente está yéndose en oficina, teniendo en cuenta que estamos en función de informes [...] se olvida un poco que el tiempo a veces no alcanza para estar de lleno con los niños” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024). Esta situación revela una disyuntiva entre el cumplimiento de tareas operativas y el deseo ético de estar presentes con los niños(as) lo cual es una fuente de frustración para muchos profesionales.

5.3.3 La dimensión emocional: vínculos, desafíos y contratransferencia

Esta dimensión implica el reconocimiento y la gestión de los sentimientos que emergen en el vínculo con los niños(as), en la vivencia de sus pérdidas y en el encuentro con los límites institucionales. A partir de estas experiencias, el acompañamiento constante, la escucha activa y la presencia afectiva en momentos significativos permiten que los(as) profesionales construyan vínculos genuinos con los niños(as), marcados por el cuidado, la empatía y la responsabilidad emocional. Esta cercanía emocional, aunque necesaria para una intervención ética y humana, también expone a los(as) profesionales a experimentar emociones intensas que pueden desbordarlos. Como lo plantea Casillas-Cárdenas (2018) el trabajo con poblaciones altamente vulnerables puede generar afectaciones en los profesionales quienes absorben parte del sufrimiento de acompañar a los niños(as), esto se evidencia en lo expuesto por una de las profesionales entrevistadas quien comenta: “hay una niña que al ver sus desbordes precisamente por su entorno familiar, me ha desbordado a mí a nivel emocional, [...] eso a uno le genera frustración y eso es empezar a tramitar uno” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Este relato da cuenta de lo que Heimann (2000) denomina contratransferencia, es decir que aquellas reacciones emocionales del profesional frente al dolor del otro que, lejos de ser sólo respuestas afectivas, se convierten en indicadores de los vínculos que

se tejen en el proceso de acompañamiento. La contratransferencia no solo evidencia la implicación emocional, también exige un proceso de autorreflexión y elaboración interna para evitar que estas emociones interfieran de manera negativa en la intervención.

No obstante, llevar a cabo un proceso de comprensión integral del actuar de los niños y niñas no es sencillo, ya que cada niño o niña atraviesa situaciones distintas, con historias únicas y formas muy particulares de sentir y procesar lo que viven. Esto hace que sus reacciones frente a las emociones o experiencias puedan ser muy intensas, incluso inesperadas o difíciles de manejar, lo que puede llevar a un desborde emocional en las(os) profesionales. Como explica una de las entrevistadas: “Uno cuestiona muchas veces eso y ahí es donde dice: tengo que buscar terapia, tengo que buscar apoyo emocional, porque son situaciones que lo desbordan” (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024).

Así mismo, en el caso de las formadoras, por ejemplo, esto se hace evidente cuando deben actuar como figuras constantes de referencia emocional para los niños(as) mientras simultáneamente enfrentan el dolor que cada historia trae consigo. Esta doble tarea de acompañar y sostenerse emocionalmente les exige un trabajo interno continuo, en el que el vínculo afectivo se convierte tanto en una herramienta de intervención como en una fuente de desgaste, pero responder de manera inmediata y adecuada a todas las reacciones, no siempre es posible, sobre todo cuando no logran contener o abordar esas emociones de forma efectiva, lo que conlleva a que surjan sentimientos de frustración que van más allá de lo profesional:

El lunes yo me fui muy cargada para mi casa; cuando llegué, mi hija me decía “Mami ¿qué te pasó? yo te voy a ayudar, déjame ir a tu trabajo, yo les digo que los adultos se respetan” y yo le respondía “no, mi amor”. La verdad, yo sí me fui muy cargada y hasta ahora no he podido soltarlo, además, uno se lleva todo para la casa, y uno en la casa quiere descansar, pero también hay que atender a otros [familia]. (Profesional B, comunicación personal, 9 de octubre de 2024).

Como resultado de este vínculo cercano y continuo entre los niños(as), las formadoras y las Grannys, se hace evidente que los límites entre la relación afectiva y la función profesional tienden a volverse ambiguos, esto se visualiza al momento del egreso de un niño o niña, ya que no solo representa el cierre de un proceso institucional, sino también una vivencia de pérdida que despierta en ellas una diversidad de emociones, tales como: sentimientos de tristeza, nostalgia y preocupación. Al mismo tiempo, pueden experimentar alegría y esperanza al saber que el niño(a) regresará a su hogar o iniciará una nueva vida en el seno de una familia adoptiva. Así, su implicación emocional las lleva a experimentar, la pérdida y el duelo con el egreso de un niño(a), con quien han construido una relación sostenida en el cuidado y la comprensión.

En contraste, los vínculos, relaciones y tensiones que se generan dentro de la institución no son iguales para todos los(as) profesionales que intervienen en el proceso. Esto se debe a que, dependiendo del perfil profesional y las funciones asignadas, el grado de cercanía con los niños y niñas varía. En el caso de profesionales como trabajadores(as) sociales, psicólogos(as), gestores(as) de caso, entre otros, su rol está mayormente focalizado a requerimientos, trámites administrativos y técnicos, lo cual conlleva una relación diferente, de mayor distancia cotidiana con los niños(as). Aun así, algunos(as) profesionales reconocen que, precisamente por ser los niños(as) sujetos atravesados por historias de dolor o pérdidas, establecer vínculos demasiado estrechos o sin límites claros, puede resultar perjudicial tanto para ellos(as) como para los niños(as), como expresa una de las entrevistadas:

Desde mi rol y desde mi ser humano también trato mucho de separar y tener claro cuál es mi lugar acá, porque finalmente tanto nosotros como los niños son transitorios y cuando uno genera muchos apegos a un niño, al uno irse le genera más daño al niño, entonces siempre se piensa es en el niño, finalmente aquí quién importa es el niño, entonces sí trato como de no generar un vínculo más allá de lo laboral desde mi rol. (Profesional I, comunicación personal, 25 de marzo 2025)

Desde esta mirada, la toma de distancia emocional es vista como un mecanismo de prevención y protección, especialmente para los niños(as) en contextos marcados por la rotación constante de figuras adultas y vínculos temporales.

En esa misma línea, otro reto importante para los(as) profesionales se presenta durante el proceso de ingreso de los niños(as). En estos escenarios, el establecimiento de relaciones confiables puede verse afectado por tensiones externas, ya que algunas familias de origen manifiestan actitudes negativas hacia el equipo profesional, ya sea por desconfianza, frustración o dolor. Este tipo de relaciones tensas dificultan según los(as) profesionales la coordinación de acciones necesarias para garantizar el bienestar del niño(a) lo que a su vez puede genera estrés en los profesionales, que deben mantenerse como mediadores del vínculo sin perder de vista el bienestar del niño(a) como eje central de su intervención.

La Fundación al reconocer este impacto ha impulsado una transformación significativa en uno de sus equipos de trabajo, anteriormente conocido como el equipo de estimulación, el cual estaba orientado principalmente a la atención directa de los niños y niñas. Hoy este equipo está conformado por una terapeuta ocupacional, una fonoaudióloga y una profesional en primera infancia, el cual está transitando hacia una mirada centrada en el trabajo con los adultos de la institución, es decir, con quienes ejercen el rol de cuidadores directos. Este giro en la intervención representa un cambio sustancial en la concepción del cuidado, que deja de entenderse únicamente como una práctica dirigida al niño(a), para concebirse como una construcción relacional que se media a través de los vínculos establecidos por los adultos responsables. Desde una mirada sistémica y compleja, esta apuesta institucional reconoce que el bienestar emocional y la formación de los cuidadores inciden de manera directa en la calidad del acompañamiento brindado a los niños(as). De este modo, cuidar a quienes cuidan se convierte en una estrategia ética y técnica que fortalece los procesos de intervención.

Adicionalmente, la Fundación ha establecido convenios con entidades de salud mental para brindar apoyo psicológico a su equipo, reconociendo que el bienestar

emocional de los(as) profesionales es un componente esencial para garantizar una intervención ética y eficaz frente al duelo infantil. Esto se relaciona con la ética del cuidado propuesta por Lorente-Molina (2010) la cual adquiere relevancia, pues enfatiza en la importancia de construir relaciones basadas en la empatía, la sensibilidad y el reconocimiento del otro(a) como sujeto digno de cuidado. Esta perspectiva no solo orienta la forma en la que los(as) profesionales se relacionan con los niños(as), sino que propone un cuidado que abrace también a los cuidadores, promoviendo prácticas institucionales que reconozcan el valor emocional del trabajo y la necesidad de espacios de contención para quienes acompañan. Esta necesidad de equilibrio emocional se alinea con la propuesta del sentipensamiento de Mosquera-Rosero-Labbé (2005), en la que la razón y la emoción se integran para construir un conocimiento más humano y empático. En este contexto, la intervención no es solo un acto de apoyo a los niños(as), sino un proceso de autoconstrucción profesional, en el que los(as) profesionales aprenden a manejar sus propias emociones mientras acompañan a los niños en la intervención en sus pérdidas y duelo.

5.3.4 La dimensión volitiva: agencia, decisiones y resistencias

La voluntad, como dimensión de la experiencia, se refiere a la capacidad de agencia del profesional, es decir, a su posibilidad de actuar, decidir y resistir dentro de los marcos institucionales. Cruz-Santana (2017) plantea que los sujetos no son autómatas frente a las circunstancias, sino que siempre tienen la posibilidad de actuar sobre ellas o abstenerse. En el caso de los y las profesionales de la Fundación Chiquitines, esta agencia se expresa en las decisiones cotidianas, en las formas de vincularse con los niños(as) y en las estrategias que implementan para acompañar el duelo.

Un ejemplo de esto es la forma en cómo los(as) profesionales abordan la entrega de información a los niños y niñas sobre su situación jurídica. A pesar de las condiciones propias del lenguaje y la edad, insisten en hablarles con la verdad, evitando falsas promesas. Como lo menciona una entrevistada;

Nosotros decimos que es muy importante hablarles a los niños con la verdad independientemente de su edad. Hemos tenido casos en los que los niños de alguna manera engañados por la autoridad administrativa diciéndoles que van a estar ahí [Fundación Chiquitines] de vacaciones, pronto volverás para la casa. Creemos que eso se torna complejo porque ellos en tiempo no saben o no son conscientes de lo que eso significa y se arman unas expectativas falsas pensando que pronto van a regresar a la casa. (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre 2024)

Esta postura ética implica una decisión consciente de respetar la dignidad y la inteligencia emocional de los niños(as). Asimismo, los(as) profesionales ejercen su voluntad al identificar los límites del sistema y proponer y llevar a cabo algunos cambios. Una entrevistada plantea: "Consideraríamos importante que el profesional esté más en terreno con los niños que desde el escritorio [...] se requiere una ampliación del talento humano" (Profesional A, comunicación personal, 1 de noviembre de 2024). Esta declaración expresa una crítica estructural al modelo institucional y una apuesta por transformar las condiciones de intervención.

Ahora bien, esta distancia entre las y los profesionales del equipo psicosocial y los niños(as) no obedece a una falta de interés. Por el contrario, varias profesionales señalaron que el solo hecho de trabajar con esta población y problemáticas, despierta en ellas un compromiso con el bienestar infantil. Sin embargo, mencionan que su trabajo en lo administrativo y la tramitología propia de sus funciones limitan el contacto directo y sostenido con los niños y niñas. Ante esta dificultad, se recurre a estrategias de apoyo, como el trabajo de los y las practicantes, mediante las actividades, los talleres pedagógicos, la gestión de las videollamadas entre los niños(as) y sus familias y la elaboración de informes lo que permite a los(as) profesionales, aproximarse de forma indirecta a las vivencias y necesidades de los niños y niñas atendidos.

5.3.5 La experiencia transformativa

Como se ha desarrollado en los párrafos anteriores, la experiencia se configura como un proceso transformador atravesado por diferentes factores, los cuales no solo inciden en el ejercicio profesional sino también en las formas de percibirse y comprenderse a sí mismos. En ese sentido, Valdés *et al.* (2016) definen las experiencias transformadoras como aquellas de alto impacto emocional que inciden significativamente en la forma en que las personas se comprenden y reconocen, revelando un efecto profundo en su subjetividad y en su posicionamiento ético y profesional.

Este carácter transformativo se explica en gran parte por el tipo de vínculos que se construyen en el ejercicio profesional, la reflexión permanente sobre los propios límites, y las propias formas de relacionarse con las emociones. Desde esta perspectiva, lo transformador no radica únicamente en lo que los(as) profesionales hacen, sino en lo que la práctica les devuelve de sí mismos(as).

Varios de los relatos recogidos durante la investigación, revelan un proceso de autorregulación que se activa en el contacto con el sufrimiento, la pérdida y la capacidad de los niños(as) para reconfigurar su mundo afectivo. Es en ese intercambio donde los(as) profesionales encuentran nuevas formas de entender su sensibilidad, su humanidad y su rol fuera del espacio institucional. Como expresa una de las profesionales: “Me ha hecho un ser humano más sensible a la realidad de cada una de las personas [...] y de alguna manera también siento que ha sido en lo personal para mí muy sanador” (Profesional D, comunicación personal, 4 de octubre de 2024). Estas vivencias reflejan cómo la práctica transforma el sentir, ampliando la capacidad empática y fortaleciendo el sentido ético y emocional de su labor.

En este proceso, las fronteras entre lo personal y lo profesional se diluyen, permitiendo que las experiencias vividas en el ámbito institucional incidan en otras dimensiones de la vida, como la familiar, parental o social. Así lo señala una profesional al afirmar que:

En mi rol como mamá he tomado muchas cosas de aprendizaje en el proceso de atención con los niños y en la forma de relacionarme, y eso también me hace cuestionarme sobre el ejercicio de mi rol, si lo estoy haciendo bien, si lo estoy haciendo mal, que debo de mejorar, qué herramientas o estrategias utilizar en ese proceso de formación como mamá, pero también como profesional. (Profesional E, comunicación personal, 4 de octubre de 2024)

Otra profesional relato:

Trabajar en estos entornos me ayuda en mi crecimiento personal, porque comparo mi historia familiar, mi historia de superación, y estos niños me demuestran que definitivamente ellos pueden, yo puedo, entonces eso encierra para mí todo lo laboral y lo personal. (Profesional G, comunicación personal, 28 de marzo de 2025)

Este cruce refuerza la idea de que la experiencia transformativa se manifiesta en una revisión continua del ser y en un movimiento de aprendizaje recíproco. En esta línea, el sentido de pertenencia emerge como otro elemento constitutivo de la transformación. No se trata solo de identificarse con la institución, sino de encontrar en su propósito una resonancia personal que moviliza el compromiso ético y emocional. Lo aprendido toca la “esencia del ser”, en palabras de una de las participantes, y permite comprender de manera más profunda el sentido de la intervención, así como la importancia de reconocer la historia de vida de cada niño(a) como un relato único, digno de cuidado y escucha.

A lo largo de este apartado, ha quedado en evidencia que la intervención en duelo infantil se configura como un entramado en el que convergen saberes, emociones y decisiones que atraviesan la subjetividad de quienes acompañan. Las voces de los y las profesionales de la Fundación Chiquitines revelan que su ejercicio implica una implicación ética, emocional y reflexiva que transforma su manera de relacionarse con los otros y consigo mismos. Desde la dimensión cognitiva, emerge una práctica en constante construcción, tensionada por las exigencias institucionales y enriquecida por los saberes que se gestan en la experiencia cotidiana. En la dimensión emocional, el vínculo con los niños y niñas moviliza afectos que, lejos de ser un obstáculo, se constituyen en parte

esencial del acompañamiento. A su vez, la dimensión volitiva pone en evidencia la capacidad de agencia, resistencia y decisión con la que los(as) profesionales enfrentan los límites del sistema, proponiendo transformaciones que dignifican tanto la intervención como el cuidado. Estas experiencias, en su conjunto, configuran un campo de transformación mutua, donde el duelo infantil es acompañado, compartido y resignificado. En ese cruce, los(as) profesionales se descubren como sujetos en tránsito, cuyas trayectorias se ven reconfiguradas por las historias, los afectos y las enseñanzas que los niños y niñas les ofrecen. Así, se reafirma que intervenir es también dejarse afectar, permitirse dudar, sentir, pensar y transformarse en el hacer cotidiano.

En definitiva, las voces del acompañar nos recuerdan que en la intervención en duelo infantil y el hacer profesional se entrelazan con el ser del propio profesional, y que en ese encuentro se abre la posibilidad de construir procesos de cuidado que también sanan a quienes cuidan.

6. CONCLUSIONES

Esperamos que este trabajo de investigación sea un aporte a la formación del profesional del Trabajo Social, que comprenda que la intervención en duelo en general y con niños en particular, le implica al profesional el cruce de la formación con la dimensión relacional del cuidado y la experiencia emocional de quienes intervienen. A través del análisis del acompañamiento en procesos de duelo infantil, se visibiliza cómo el acto de cuidar no solo implica responder a las necesidades del otro(a), también implica sostenerse a sí mismo en medio de situaciones emocionalmente demandantes.

En primer lugar, se evidenció que la intervención profesional en duelo se fundamenta en una comprensión amplia del sujeto, donde las dimensiones ontológica, epistemológica, teórica y metodológica no se separan de la práctica, sino que se entrelazan con el día a día del cuidado. La intervención en la Fundación aborda el dolor desde procesos de reconstrucción simbólica a través del juego, el lenguaje, los vínculos y las rutinas, acciones que configuran un espacio de transformación personal tanto para los niños y niñas como para el profesional comprometido con su cuidado.

En segundo lugar, se comprendió que el proceso de intervención se desarrolla de manera continua y relacional durante toda la permanencia del niño o niña en la Fundación. Desde esta mirada, el proceso se compone de momentos que adquieren un carácter diferenciador y determinante: el ingreso, la adaptación, la permanencia y el egreso. Cada uno de estos representa rupturas, pero también posibilidades. Lejos de tratarse de acciones puntuales o desconectadas, la intervención busca ofrecer un entorno donde el cuidado, el respeto y la escucha sean constantes, posibilitando así una nueva comprensión de las pérdidas vividas y respetando el ritmo singular con el que cada niño(a) transita su historia.

Por otro lado, el duelo infantil adquiere sentido cuando se asume desde una mirada compleja, en la medida en que no se trata únicamente de una reacción emocional frente a una pérdida, sino entender que también se relaciona con experiencias situadas en

contextos marcados por rupturas, desigualdades, separaciones forzadas y memorias afectivas.

Desde esta mirada, comprender el duelo infantil como una experiencia atravesada por múltiples dimensiones relacionales, sociales y estructurales aporta una visión más integral al campo del Trabajo Social sobre la intervención en contextos de protección, al reconocer que el dolor de los niños y niñas, no puede separarse de estos entramados. Lo que reafirma el papel que puede desempeñar el Trabajo Social como facilitador de procesos de acompañamiento emocional, y como agente activo en los movimientos, los cambios y en la comprensión crítica de las estructuras sociales que inciden en la vivencia del duelo infantil, abriendo así la posibilidad de generar transformaciones que amplíen el reconocimiento y la garantía de derechos.

Apostar por este tipo de intervención, implica trascender a procedimientos establecidos y asumir una actitud profesional que permita leer el sufrimiento en su complejidad, sostenerlo desde el vínculo y actuar con sentido ético en escenarios donde el cuidado se convierte en formas de resistencia y reparación. en la comprensión crítica de las estructuras que inciden en la vivencia del duelo y en la posibilidad de generar transformaciones que amplíen el reconocimiento y la garantía de derechos.

En ese sentido, los hallazgos permitieron comprender que el rol del profesional va más allá de aplicar técnicas, implica estar disponible emocionalmente para las niñas y niños, acompañarlos(as), observar y leer lo que no siempre se puede nombrar. Por ello, la estrategia no es solo responder a una urgencia frente a una vulneración de derechos, sino de construir un espacio seguro, en el que sea posible significar la pérdida y construir nuevas formas de habitar su mundo.

En cuanto a la preparación para el egreso, sea este hacia su familia de origen, adoptiva o una nueva institución, se presenta como un momento simbólico que requiere tiempo, sensibilidad y disposición afectiva. Acompañar al niño o niña en este tránsito permite no solo cerrar un ciclo, también favorece la apertura a nuevas experiencias

vinculares desde una base emocional más segura. Así, la intervención se teje como una práctica prolongada de cuidado, en el que la presencia constante de figuras significativas, el lenguaje, el juego, la rutina y actúan como herramientas de reparación simbólica. Es una intervención que se teje en lo cotidiano, donde la escucha y el afecto se convierten en condiciones para que el niño o la niña pueda reconstruirse, con dignidad y en su propio ritmo.

En tercer lugar, las voces de los y las profesionales permitieron identificar que acompañar procesos de duelo infantil implica un movimiento interno en quienes intervienen. Las emociones, tensiones, aprendizajes y desafíos que emergen en la práctica cotidiana evidencian que la intervención no es neutra ni mecánica; es una experiencia que interpela, transforma y también demanda. Lejos de ser una función técnica, el rol del profesional se inscribe en una práctica relacional y sentipensante, donde el vínculo se convierte en una herramienta de cuidado y de sentido.

Los hallazgos de esta investigación permitieron visibilizar prácticas de intervención que, aunque no siempre formalizadas, contienen un saber situado sobre el acompañamiento en duelo infantil dentro de contextos de protección. Además, invita a repensar la intervención como un proceso ético que requiere tiempo, sensibilidad y reflexión constante por parte de quienes la ejercen.

Asimismo, estos hallazgos llevaron a concluir que la intervención en duelo infantil en contextos de institucionalización debe comprenderse como un proceso dinámico que reconozca la singularidad del dolor, pero también la potencia de los vínculos cotidianos como escenarios de contención, afecto y reparación simbólica. De allí que resulta valioso continuar fortaleciendo como ya se viene haciendo en la Fundación Chiquitines, espacios de formación, reflexión y acompañamiento emocional dirigidos a los y las profesionales, entendiendo que su bienestar y sostenibilidad también son condiciones esenciales para cuidar y sostener a otros(as).

Finalmente, la experiencia de llevar a cabo esta investigación implicó para nosotros(as) un proceso de transformación personal y profesional. Se enfrentaron desafíos relacionados con la organización del tiempo, el manejo emocional de los relatos escuchados y la rigurosidad del trabajo académico. Sin embargo, también encontramos en este proceso un espacio de aprendizaje profundo, donde la escucha, el respeto por la infancia y el reconocimiento del otro como sujeto de derechos nos convocaron a pensarnos como futuras trabajadoras sociales desde una práctica crítica, humana y comprometida.

El trabajo de investigación que hoy culmina representa un logro colectivo, académico y profesional. Nos brinda un profundo sentido de pertenencia al proceso formativo, al tiempo que reafirma el compromiso con el cuidado, la dignidad y el acompañamiento de la infancia. Este trabajo no solo es una meta alcanzada, también un punto de partida para continuar reflexionando y actuando con ética y sensibilidad en los escenarios donde el dolor, la pérdida y la reconstrucción conviven.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alianza por la Niñez Colombiana. (s.f.). *Aliados*.
<https://alianzaporlaninez.org.co/estructura/aliados/>
- Ardila-Serna, A. M., Bojacá-Poveda, J. Y., y Rave-Almario, L. N. (2024). *Cuidando corazones de oro y almas en crecimiento: el cuidado de niños/as institucionalizado en la Fundación Chiquitines y el cuidado de sí de las Grannys* [Trabajo de pregrado, Universidad del Valle]. Archivo digital. <https://hdl.handle.net/10893/31328>
- Artaraz-Ocerinjaúregui, B., Sierra-García, E., González-Serrano, F., García-García, J. Á., Blanco-Rubio, V., y Landa-Petralanda, V. (2017). *Guía sobre el duelo en la infancia y la adolescencia: formación para madres, padres y profesorado*. Colegio de Médicos de Bizkaia. <http://www.cop.es/uploads/PDF/GUIA-TRATAMIENTO-DUELO.pdf>
- Bejarano, A. (2022). *La vinculación con menores tutelados para la superación de los procesos de duelo* [Trabajo de grado, Universidad Ramon Llull]. Archivo digital. <https://dau.url.edu/bitstream/handle/20.500.14342/1223/BejaranoGuzm%c3%a1nAngieTFG2122.pdf?sequence=4&isAllowed=y>
- Bermúdez-Peña, C. (2011). Intervención social desde el Trabajo Social: un campo de fuerzas en pugna. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e intervención social*, (6), 83-101. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i16.1164>
- Bowlby, J. (1969). *El apego* (Vol. 1). Paidós.
- Bowlby, J. (1980). *Pérdida: tristeza y depresión* (Vol. 3). Paidós.
- Bowlby, J. (2009). *Una base segura: Aplicaciones clínicas de la teoría del apego*. Paidós. (Obra original publicada en 1988).
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano: Experimentos entornos naturales y diseñados* (A. devoto, Trad; I Villa, Supervisión). Paidós. <https://archive.org/details/bronfenbrenner-u.-la-ecologia-del-desarrollo-humano.-experimentos-en-entornos-naturales-y-disenados/page/12/mode/2up>
- Carballeda, A. (2002). *La intervención en lo social: exclusión e intervención en los nuevos escenarios sociales*. Paidós.

- Casillas-Cárdenas, L. (2018). Intervención del sufrimiento, relaciones y estrés traumático secundario en trabajadores sociales. *Trabajo Social*, 20(1), 103-130. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6541029>
- Chávez-Carapia, J. Del C. (2017). Epistemología y Trabajo social: un aporte teórico al problema. En M. Castro-Guzmán, J. Del C. Chávez-Carapia y S. Vázquez-González, *Epistemología y Trabajo Social* (pp. 5-21). Universidad Nacional Autónoma de México; CONACYT; ACANITS. https://sga.unemi.edu.ec/media/archivomateria/2023/04/23/archivomaterial_2023423161048.pdf
- Consejo Nacional de Política Económica y Social [CONPES]. (2007). *Política Pública Nacional de Primera Infancia “Colombia por la primera infancia” (CONPES 109 de 2007)*. Consejo Nacional de Política Económica Social. https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-177832_archivo_pdf_Conpes_109.pdf
- Constitución Política de Colombia [Const]. 7 de julio de 1991 (Colombia).
- Corvalán, J. (1996). *Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad*. Universidad Católica de Lovaina.
- Cotán-Fernández, A. (2016). El sentido de la investigación cualitativa. *Escuela Abierta. Revista de Investigación Educativa*, 19, 33-48. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5815704.pdf>
- Cruz-Santana, J. J. (2017). El concepto de experiencia en Victor W. Turner, E. P. Thompson y Anthony Giddens: Un diálogo entre antropología social, historia y sociología. *Sociología Histórica*, 7(1), 345-375. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6341751.pdf>
- Cyrulnik, B. (2012). *Sálvate, la vida te espera* (M. P. Irarázabel, Trad). Debate.
- Decreto 987 de 2012. Por el cual se modifica la estructura del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar “Cecilia de la Fuente de Lleras” y se determinan las funciones de sus dependencias. 14 de mayo de 2012. DO: 48430. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=66335>
- Fombuena-Valero, J. (2011). Un estudio de las familias de origen de los y las trabajadoras sociales desde el modelo contextual. *Comunitania: Revista internacional de trabajo*

- social y ciencias sociales*, 2, 23-37.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3848853>
- Freud, S. (1917). *Obras completas. Duelo y melancolía* (vol. XIV). Amorrortu.
- Fundación Chiquitines. (2024). *Informe de gestión 2024*.
<https://fundacionchiquitines.com/info-esal/>
- Fundación Chiquitines. (s.f.). *Quienes somos*. <https://fundacionchiquitines.com/>
- Garabito-Ballesteros, G. (2013). Experiencias de trabajo desde un análisis tridimensional. *Universitas Psychologica*, 12(4), 1335-1343.
<https://doi.org/10.11144/averiana.upsy12-4.etat>
- González-Calvo, V. (2006, del 17 al 19 de mayo). Trabajo social familiar e intervención en procesos de duelo con familias. En *VI Congreso de Escuelas universitarias de Trabajo Social*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, España.
<https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/ais/article/view/464/457>
- Heimann, P. (2000). Sobre la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 32(1), 43-49.
<https://pep-web.org/search/document/APM.032.0043A>
- Hernández-Sampieri, R., Fernández-Collado, C., y Baptista-Lucio, P. (2014). *Metodología de la investigación* (5ª ed.). McGraw-Hill.
- Herrero, O., y Neimeyer, R. A. (2006). Duelo, pérdida y reconstrucción narrativa. En L. Botella (Ed.), *Construcciones, narrativas y relaciones: Aportaciones constructivistas y construccionistas a la psicoterapia* (pp. 38–51). Edebé.
<https://es.scribd.com/document/292891046/Duelo-Perdida-y-Reconstruccion-Narrativa-Niemeyer-y-Herrero>
- Horno-Goicoechea, P. (2008). Desarrollo del vínculo afectivo. En AEPap (Ed.), *5º Curso de actualización en pediatría. Desarrollo del vínculo afectivo* (pp. 303–310). Exlibris.
https://www.aepap.org/sites/default/files/aepap2008_libro_299-310_vinculo.pdf
- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF]. (2013). La adopción y el derecho a la familia. <https://www.icbf.gov.co/sites/default/files/publicacion-36.pdf>
- Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF]. (2021a). *TBRI. Trust-Based Relational Intervention. Intervención relacional basada en la confianza. Herramientas para la aplicación en las modalidades y servicios de protección*.

https://www.icbf.gov.co/system/files/procesos/pu8.p_cartillatbri_intervencion_relacional_basada_en_la_confianza_v1.pdf

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF]. (2021b). *Manual operativo de modalidades y servicios para la atención de niños, niñas y adolescentes, con proceso administrativo de restablecimiento de derechos*.
https://www.icbf.gov.co/system/files/mo_modalidades_05042021.pdf

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar [ICBF]. (2024). *Boletín estadístico Dirección de Protección. Noviembre de 2024*.
https://www.icbf.gov.co/system/files/boletin_direccion_proteccion_noviembre_2024.pdf

Kübler-Ross, E., y Kessler, D. (2016). *Sobre el duelo y el dolor*. Editorial Luciérnaga.
https://www.academia.edu/75429219/Sobre_el_duelo_y_el_dolor_Elisabeth_Kubler_Ross

Lema, D., y Varela, M. (2021). Intervención en duelo desde el enfoque del Trabajo Social. *Margen. Revista de Trabajo Social y Ciencias Sociales*, (101), 8.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7995070>

Ley 1098 de 2006. Por la cual se expide el Código de la Infancia y la Adolescencia. 8 de noviembre de 2006. DO: 46446.
<https://www.icbf.gov.co/sites/default/files/codigoinfancialey1098.pdf>

Ley 12 de 1991. Convención internacional sobre los derechos del niño. "Por medio de la cual se aprueba la Convención sobre los Derechos Del Niño adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1989". 22 de enero de 1991. DO: 39640.
<https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/ley-12-de-1991.pdf>

Ley 1295 de 2009. Por la cual se reglamenta la atención integral de los niños y las niñas de la primera infancia de los sectores clasificados como 1, 2 y 3 del SISBEN. 6 de abril de 2009. DO: 47314.
<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=36048>

Ley 1804 de 2016. Por la cual se establece la política de Estado para el Desarrollo Integral de la Primera Infancia de Cero a Siempre y se dictan otras disposiciones. 2 de

agosto de 2016. DO: 49953. <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Leyes/30021778>

Ley 75 de 1968. Por la cual se dictan normas sobre filiación y se crea el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. 30 diciembre de 1968. DO: 32682. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=4828>

Lorente-Molina, B. (2010). Intervención social: ciencia, cultura profesional y ética. En C. Mosquera-Rosero-Labbé, M. J. Martínez-Moreno y B. Lorente-Molina (Coords.), *Intervención social, cultura y ética: un debate interdisciplinario* (pp. 41-62). Universidad Nacional de Colombia.

Martínez-González, C. (2008). Desarrollo del vínculo afectivo. En AEPap (Ed.), *5º Curso de actualización en pediatría. Desarrollo del vínculo afectivo* (pp. 299–301). Exlibris. https://www.aepap.org/sites/default/files/aepap2008_libro_299-310_vinculo.pdf

Mélich, J. C. (2015). La experiencia de la pérdida. *Ars Brevis*, (21), 9-18. <https://www.raco.cat/index.php/ArsBrevis/article/view/311719>

Moneta, M. (2014). Apego y pérdida: redescubriendo a John Bowlby. *Revista Chilena de Pediatría*, 85(3), 265-268. <https://doi.org/10.4067/s0370-41062014000300001>

Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa Editorial.

Morin, E. (2005). *El método V: La humanidad de la humanidad: La identidad humana*. Gedisa.

Mosquera-Rosero-Labbé, C. (2005). Pluralismos epistemológicos: hacia la valorización teórica de los saberes de acción. Una reflexión desde la intervención social a la población afrocolombiana desplazada. *Palimpsestvs*, (5), 262-276. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/palimpsestvs/article/view/8080/8724>

Mosquera-Rosero-Labbé, C. (2010). Prejuicios, incomprensiones culturales y aperturas cognoscitivas en la tensión en la atención psicosocial a personas negras y afrocolombianas desterradas por el conflicto armado interno colombiano. En C. Mosquera-Rosero-Labbé, M. J. Martínez-Moreno y B. Lorente-Molina (Coords.), *Intervención social, cultura y ética: un debate interdisciplinario* (pp. 285-292). Universidad Nacional de Colombia.

Neimeyer, R. A. (2002). *Aprender de la pérdida: una guía para afrontar el duelo* (Gómez, Y. Trad.). Ediciones Paidós Ibérica.

- Nite-Rodríguez, S., y Espinosa-Guzmán, T. (2011). *Duelo por abandono infantil en niños de 5 a 10 años* [Trabajo de pregrado, Asociación Mexicana de Tanatología, A.C.]. Archivo digital. <https://www.tanatologia-amtac.com/descargas/tesinas/60%20Duelo%20por%20abandono%20infantil.pdf>
- Ospina-Velasco, A. M. (2014). *Cuando muere un ser amado: cómo comprender y afrontar el duelo por muerte*. Editorial Universidad del Valle.
- Puyana-Villamizar, Y. (1999). Quiero para mis hijos una infancia feliz: Socialización y cambio en torno a las representaciones sociales sobre la infancia. *Nómaditas*, 11, 138-145. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53622>
- Puyana-Villamizar, Y. (2000). La entrevista: un diálogo permanente. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 10(3), 1-12.
- Quintero-Velásquez, A. M. (2014). La intervención como eje teórico-metodológico del Trabajo Social. *Revista Análisis*, 15(1), 1-20. <https://doi.org/10.54114/revanalisis.v15i1.12516>
- Ramírez, J. (2022). *Sintonía: Clave de innovación social de la Fundación Chiquitines para la atención integral a niñas y niños en el Sistema de Protección Colombiano*. [Trabajo de pregrado no publicado]. Universidad Icesi.
- Robayo-Corredor, A. (2021). Emociones y poder desde una perspectiva sentipensante. *Ciencia Política*, 16(31), 41-71. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8360831.pdf>
- Rodríguez-Sehk, P., y Bonilla-Castro, E. (2013). *Más allá del dilema de los métodos: la investigación en ciencias sociales*. Universidad de los Andes, CEDE, Ediciones Uniandes.
- Salazar-Villava, C. (2007). *Intervención y campo social denso, oscuro y complejo*. <https://www.studocu.com/es-ar/document/universidad-abierta-interamericana/psicologia/salazar-villava-intervencion-y-complejidad/72762650>
- Smith, S. (1999). *The forgotten mourners: Guidelines for working with bereaved children*. Jessica Kingsley. <https://epdf.tips/the-forgotten-mourners-guidelines-for-working-with-bereaved-children.html>
- Valdés, A., Coll, C., y Falsafi, L. (2016). Experiencias transformadoras que nos confieren identidad como aprendices: las experiencias clave de aprendizaje. *Perfiles*

<https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2016.153.57643>

Velasco, A. (2025). Susana Corral, investigadora: Los profesionales que tratan con víctimas padecen estrés traumático o fatiga por compasión. *Cadena SER*. <https://cadenaser.com/euskadi/2025/04/12/susana-corrall-investigadora-los-profesionales-que-tratan-con-victimas-padecen-estres-traumatico-o-fatiga-por-compasion-radio-bilbao/>

Worden, W. (2013). *El tratamiento del duelo: Asesoramiento psicológico y terapia* (4ª ed.). Editorial Paidós.

Yslado-Méndez, R., Villafuerte-Vicencio, M., Sánchez-Broncano, J., y Rosales-Mata, I. (2019). Vivencias en el proceso de institucionalización e inteligencia emocional en niños y adolescentes: diferencias según variables sociodemográficas. *Revista Costarricense de Psicología*, 38(2), 179-204. <https://www.scielo.sa.cr/pdf/rcp/v38n2/1659-2913-rcp-38-02-179.pdf>

ANEXOS

Anexo A. Consentimiento informado.

CONSENTIMIENTO INFORMADO PARA PARTICIPANTES

Como parte del proyecto titulado “Intervención y experiencia profesional en duelo infantil en la Fundación Chiquitines”, solicitamos su participación en una entrevista y un grupo focal. El objetivo del estudio es analizar los procesos de intervención en duelo realizados por las y los profesionales de la Fundación, así como sus experiencias en la implementación de dichos procesos con niñas y niños que han perdido el cuidado parental transitoria y/o permanentemente.

Como se mencionó, consistirá en la realización de entrevistas individuales y un grupo focal. En ambos casos, se le solicitará compartir información sobre su rol, funciones, actividades y experiencias profesionales relacionadas con la intervención en el duelo de los niños y niñas en la Fundación Chiquitines; las técnicas a realizar tendrán un tiempo de aproximadamente de una hora u hora y media. Las entrevistas serán grabadas y las preguntas serán abiertas, orientadas a comprender su experiencia y trabajo con los niños (as). Cabe resaltar que la participación dentro del proyecto es completamente voluntaria. Usted puede decidir no participar o retirarse en cualquier momento sin que esto afecte su relación con la Fundación o los estudiantes. Toda información que proporcione será tratada de manera confidencial, no se mencionarán nombres, y los registros de las entrevistas y del grupo focal serán resguardados de manera segura y sólo serán accesibles por los estudiantes y la directora del proyecto en cuestión.

Si tiene alguna duda o inquietud sobre este estudio, o si desea retirarse de él en cualquier momento, puede contactarse con los estudiantes: Andrea Fernanda Játiva al correo electrónico (andrea.jativa@correounivalle.edu.co), José Rodolfo Gaona al correo electrónico (jose.gaona@correounivalle.edu.co), y Elizabeth Barona al correo electrónico (elizabeth.barona@correounivalle.edu.co)

Al firmar este documento, usted acepta que ha leído y comprendido la información presentada en esta carta, y que consiente su participación en el proyecto.

Firma: _____

Anexo B. Guía de entrevista individual

Fecha:

Entrevistador(a):

Entrevistado(a):

Espacio: Virtual __ Presencial __

Objetivo de la entrevista:

Explorar las experiencias y prácticas de los(as) profesionales de la Fundación Chiquitines frente a la intervención con niñas y niños haciendo énfasis en los procesos de acompañamiento y duelo.

Nota: Las preguntas están organizadas por temáticas, no obstante, en función del diálogo con el o la participante y el tiempo transcurrido, se adaptó el orden y número de preguntas a realizar, igualmente el espacio permitió la formulación de preguntas adicionales.

Datos sociodemográficos

1. Nombre
2. Ocupación
3. Nivel de escolaridad
4. Fecha de vinculación a la Fundación

Trayectoria profesional y rol en la Fundación

1. ¿Cómo llegaste a trabajar en la Fundación Chiquitines?
2. ¿Cómo describirías un día típico para ti en la Fundación?
3. ¿Qué actividades haces en tu labor con los niños y niñas?

APARTADO 1. Proceso de intervención

1. ¿Cómo empieza la intervención o acompañamiento al momento en que un niño o niña ingresa a la institución?
2. ¿Podrías describir cómo es el proceso de intervención en duelo que llevas a cabo con los niños que ingresan a la Fundación Chiquitines y que posteriormente reciben una declaratoria de adoptabilidad?

3. ¿Qué señales o manifestaciones suelen observar en los niños que les permiten identificar que están atravesando un duelo?
4. ¿Cuál ha sido el mayor desafío que han enfrentado en su labor y cómo lo han superado?
5. ¿Qué cambios les gustaría implementar en el proceso de intervención ya establecido en la institución?
6. ¿Cómo se define la infancia en el contexto de su trabajo?

APARTADO 2. Fundamentos metodológicos, ontológicos y teóricos de la intervención

1. Hemos notado que ustedes se refieren a su labor como un "acompañamiento" y no como una "intervención". Desde tu experiencia, ¿qué diferencias percibes entre estos dos términos en el trabajo que realizas?
2. Para ti, ¿qué es el duelo? ¿Cómo crees que lo viven los niños(as)?
3. ¿Qué técnicas o herramientas utilizan para facilitar la expresión del duelo en los niños?
4. ¿Cómo entiendes el acompañamiento que realizas en la Fundación?

APARTADO 3. experiencia y perspectiva del profesional

1. ¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo en la Fundación?
2. ¿Qué actividades haces cotidianamente en tu labor con los niños y niñas?
3. ¿Cómo les afecta emocionalmente el trabajo con niños y niñas?
4. ¿Han experimentado momentos de frustración o desafío al trabajar con estos niños? ¿Cómo los manejan?
5. ¿Podrías compartir alguna experiencia significativa que hayas tenido durante la intervención en duelo con algún niño?
6. ¿Hay algo que te gustaría cambiar o mejorar en el proceso de acompañamiento o intervención que se realiza actualmente en la Fundación?

Anexo C. Guía de entrevista de entrevista grupal

Fecha:

Participantes:

Espacio:

Objetivo de la entrevista:

Complementar y profundizar aspectos que no han sido suficientemente abordados en las entrevistas individuales, además, observar cómo dialogan entre sí los profesionales de distintas áreas sobre su trabajo cotidiano y su manera de acompañar a los niños(as).

Experiencia de las profesionales en la intervención

1. ¿Cómo ha sido su trayectoria en Chiquitines y qué ha significado para ustedes trabajar con esta población?
2. ¿Han sentido que hay diferencias entre lo que se espera hacer y lo que realmente se necesita? ¿Cómo enfrentan esas situaciones?
3. ¿Han sentido que hay aspectos del acompañamiento que han tenido que adaptar o complementar con su propia experiencia?
4. En su labor diaria, ¿qué tensiones o retos han enfrentado al trabajar en la Fundación?
5. ¿Qué hábitos han desarrollado para soltar o procesar las emociones que les genera su trabajo?

Egreso de los niños(as) de la Fundación

1. Cuando un niño(a) egresa de la Fundación, ¿cómo es su proceso de intervención? ¿Qué sienten ustedes ante ese momento?
2. ¿Cómo acompañan el proceso de egreso de los niños(as), considerando las emociones que surgen, el cierre del vínculo y las estrategias que emplea la Fundación para facilitar su transición hacia su familia?

Pregunta de cierre: Si tuvieran que describir su trabajo con los niños en una sola palabra ¿Cuál sería y por qué?